ENTRE LAS ISLAS SHOALS

CELIA THAXTER

Obra original: *Among the Isles of Shoals* - Celia Thaxter, 1873.
Edición: Traducción y prefacio editorial por Fernando Guzmán, 2025.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons CC0 (Dominio Público).
La presente edición se ofrece como contribución editorial abierta, libre de restricciones de uso.

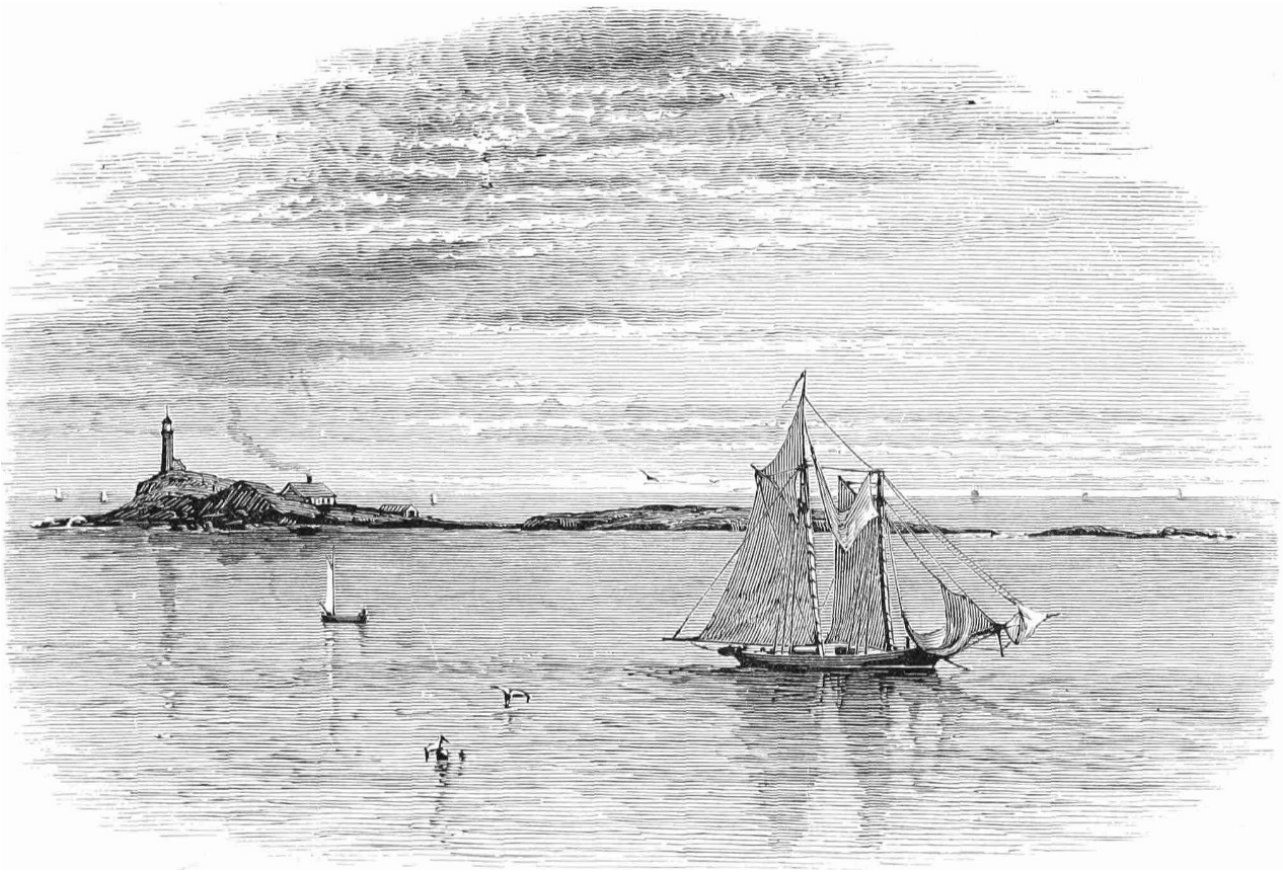
ARCHIVO
HISPÁNICO

Entre las Islas Shoals

CELIA THAXTER.

“Solo para escuchar y ver la lejana sal marina refulgente.”

Tennyson.



White Island, perspectiva hacia el suroeste desde Appledore.

Prefacio Editorial

En 1873, la escritora estadounidense Celia Thaxter publicó Among the Isles of Shoals, una obra que pronto se convirtió en su libro más reconocido. Nacida y criada en las pequeñas islas frente a la costa de Nueva Inglaterra, Thaxter convirtió sus recuerdos y observaciones en una crónica poética y entrañable de la vida isleña.

El texto, que había aparecido primero en la revista The Atlantic Monthly, fue recibido con entusiasmo por figuras de la talla de Charles Dickens, quien lo calificó de “admirable”, y por el periodista Horace Greeley, quien lo consideró “lo mejor en prosa que había leído en mucho tiempo”. Su éxito fue tal que se vendió en ediciones populares en estaciones de tren, convirtiéndose en un retrato cultural accesible para el público de la época.

Más que una guía o un tratado histórico, este libro es un canto a la naturaleza y a la vida sencilla: describe tormentas, naufragios, paisajes marinos y la cotidianidad de los pescadores con una sensibilidad poética que refleja la doble vocación de Thaxter como narradora y poeta. Sus páginas transmiten tanto la dureza como la belleza de habitar un espacio aislado, donde la naturaleza dicta el ritmo de la existencia.

Para el lector hispanohablante contemporáneo, Among the Isles of Shoals ofrece una ventana al siglo XIX norteamericano, a la vez que conserva un carácter atemporal. Es un testimonio de cómo la literatura puede convertir un rincón geográfico en un símbolo universal de resistencia, contemplación y pertenencia.

Con ciertas dudas permito que estos bocetos fragmentarios e insuficientes de las Islas Shoals aparezcan en forma de libro. Si no fuera porque la gente que acude en verano a estas islas pide sin cesar algún relato del lugar, aunque sea mínimo, difícilmente me atrevería a ofrecer al público una crónica tan imperfecta, de la cual lo único que puede decirse es que quizá sea mejor que nada.

Entre las Islas Shoals

En una serie de escritos publicados no hace muchos años, Herman Melville dio a conocer al mundo las “Encantadas”, o Islas Encantadas, que describe como situadas directamente bajo el ecuador, frente a la costa de Sudamérica, y de las cuales afirma: “Cabe dudar que algún lugar de la tierra pueda, en desolación, ofrecer un paralelo a este grupo.” Pero sus oscuros peñascos volcánicos y sus melancólicas playas apenas parecen más desolados que las bajas rocas blanqueadas de las Islas Shoals, a los ojos de quienes las contemplan por primera vez. Muy tristes se ven, severas, áridas y poco prometedoras; sin embargo, son islas encantadas en un mejor sentido de la palabra que las grandes Galápagos de las que el señor Melville discurre con tanto deleite.

Hay en ellas un extraño encanto, una influencia indescriptible en su atmósfera, difícil de explicar pero universalmente reconocida. La gente olvida el apresuramiento, las preocupaciones y el agobio de la vida después de vivir allí un tiempo, y, para una mente imaginativa, todo se vuelve tan soñador como lo fue para los comedores de loto, para quienes

“El murmullo de la ola
lejana, muy lejana, parecía lamentarse y rugir
en aquellas costas remotas.”

El eterno sonido del mar por todos lados tiende a desgastar el filo del pensamiento y la percepción humanos; los contornos nítidos se difuminan y suavizan como un boceto en carbón; nada apela a la mente con la misma claridad que en tierra firme, en medio del bullicio de la gente y las cosas, y de las excitaciones de la vida social. Esto se ilustró de manera sorprendente durante la reciente guerra, que, mientras desgarraba el corazón de todo el país y agitaba la sangre de cada hombre, mujer y niño en el continente, dejó casi intacto al puñado de seres humanos sobre estas rocas solitarias. Los ecos de dolor y terror eran tan débiles y lejanos que parecían perder su significado entre las aguas de múltiples voces que cruzaban, y llegaban al fin a los oídos indiferentes que buscaban con no más fuerza que una ola agotada.

Nueve millas del océano Atlántico median entre estas islas y el punto más cercano de la costa de New Hampshire; pero desde ese punto la línea costera se retira gradualmente, en una distancia cada vez más tenue, hasta el Cabo Ann, en Massachusetts, a veintiuna millas al suroeste, y hasta el Cabo Neddock, en Maine, a dieciséis millas al noreste (en tiempo claro se distingue débilmente otro cabo más allá), y cerca de un tercio del gran horizonte se llena con esta hermosa línea ondulante de tierra, que, bajo el toque del cambio atmosférico, es casi tan plástica como las nubes, y adquiere un nuevo aspecto con cada giro del viento y del clima.

Al zarpar del puerto de Portsmouth con un viento favorable del noroeste, las Islas Shoals se alzan directamente frente a ti, a nueve millas de distancia: formas indefinidas y nebulosas, apenas discernibles en la lejanía. Una palabra sobre el origen de este nombre, “Isles of Shoals”. Se supone que se les llamó así, no porque los arrecifes irregulares se extiendan bajo el agua en todas direcciones, listos para naufragar y destruir, sino por el “shoaling” o “schooling” de peces en torno a ellas, que en las temporadas de caballa y arenque es notable. Al acercarse, se separan y muestran cada una sus propias características peculiares,

y se percibe que son seis islas si la marea está baja; pero si está alta, son ocho, y serían nueve, de no ser porque un rompeolas conecta dos de ellas.

Appledore, llamada durante muchos años Hog Island, por su tosca semejanza con el lomo de un cerdo que surge del agua visto desde alta mar, es la mayor y más regular en forma. De lejos, parece suavemente redondeada, como una elevación de pendiente gradual, cuya mayor altura es de apenas setenta y cinco pies sobre la marca de la pleamar. Un pequeño valle, en el que se hallan los edificios de la casa de hospedaje —la única habitación— divide sus cuatrocientas acres en dos porciones desiguales.

Muy cerca, casi a tiro de piedra, está Haley's Island, o "Smutty-nose", bautizada por marineros de paso, con un sombrío sentido del humor, por una larga punta negra de roca que se extiende hacia el sureste, sobre la cual más de un barco ha dejado sus huesos. Esta isla es baja y plana, y contiene mayor profundidad de suelo que las demás. En marea baja, Cedar y Malaga se conectan con ella —esta última de manera permanente por un rompeolas—, formando en conjunto unas cien acres.

Star Island tiene ciento cincuenta acres y se encuentra a un cuarto de milla al suroeste de Smutty-nose. Hacia su extremo norte se agrupan las casas del pequeño poblado de Gosport, con una diminuta iglesia coronando la roca más alta. No del todo a una milla al suroeste de Star, White Island levanta un faro como advertencia. Esta es la más pintoresca del grupo, y forma, con Seavey's Island, en marea baja, una doble isla de unas veinte acres.

Más al oeste yace Londoner's, una roca irregular con un trozo de playa sobre la cual parecen arrojadas todas las conchas del conjunto. Dos millas al noreste de Appledore, Duck Island extiende sus traicioneros arrecifes en todas direcciones bajo el agua, uno de ellos corriendo media milla al noroeste. Esta es la más peligrosa de las islas y, por ser la más remota, la única visitada en gran medida

por las tímidas aves marinas casi desterradas por la civilización. Aun ahora, en marea baja, esos largos arrecifes negros suelen blanquearse con el deslumbrante plumaje de gaviotas cuya pureza exquisita e inmaculada rivaliza con la nieve recién caída.

Los arrecifes se extienden hacia el oeste y el norte; pero al este y al sur la costa es más abrupta, y Shag y Mingo Rocks, donde durante o después de las tormentas el mar rompe con magnífico efecto, quedan aislados por un estrecho canal del fragmento principal de granito. Una roca muy redonda al oeste de Londoner's, llamada perversamente "Square", y Anderson's Rock, frente al extremo sureste de Smutty-nose, completan el catálogo.
Smutty-nose y Appledore están casi unidas por un arrecife, descubierto en marea baja, aunque incluso entonces un gran navío puede pasar entre ellas. Frente al desembarco de White Island, la Devil's Rock hace rodar un rompiente incesante, y convierte en peligrosa cualquier tentativa de alcanzar la costa salvo en el clima más sereno. Entre Londoner's y Star hay otro arrecife, apenas descubierto en marea baja; un peligro perpetuo, pues yace directamente en la ruta de la mayoría de los veleros, y más de una goleta ha quedado "detenida en seco" por este obstáculo inesperado. Otra roca, a unas cuatro millas al este de Appledore, se regocija con el significativo título de "Old Harry." Old Harry está profundamente hundida bajo la superficie y nunca se delata salvo en grandes tormentas, cuando un espantoso rocío blanco se eleva a lo lejos, y los habitantes de Shoals saben cuán tremendos son los rompientes que lo lanzan al cielo.

Los nombres de los pueblos —Appledore, Gosport, y, a lo largo de la costa, Portsmouth, Newcastle, Rye, Ipswich, Portland, Bangor, Newbury, Amesbury, Salisbury y muchos más— están todos tomados de pueblos en, o no muy lejos de, las costas de Inglaterra y Gales, como puede verse en los mapas de esos países. Salisbury Beach se enfrenta a nuestras islas. Amesbury se halla más tierra adentro, pero la suave silueta de Po Hill, en ese pueblo, es la última eminencia de importancia en el extremo sur de la línea costera.

La línea divisoria entre Maine y New Hampshire atraviesa el grupo, dando Appledore, Smutty-nose y Duck Islands a Maine, y el resto a New Hampshire; pero su lealtad a uno u otro Estado importa poco, pues los pocos habitantes se preocupan muy poco de a cuál pertenecen. Hasta hace pocos años no se les exigían impuestos, y disfrutaban de inmunidad frente a esta y otras calamidades terrenales tan completamente como las gaviotas y los colimbos que compartían su morada.

Azotadas por todos los vientos que soplan y golpeadas por la amarga salmuera durante edades desconocidas, bien pueden las Islas Shoals ser estériles, desoladas y desnudas. A primera vista nada puede parecer más áspero e inhóspito. Las incesantes influencias del viento y el sol, la lluvia, la nieve, la escarcha y la espuma han blanqueado tanto las cimas de las rocas que parecen encanecidas por la edad, aunque en verano una amable verdura de vegetación rompe aquí y allá las severas líneas y suaviza en parte su aspecto áspero.
Tan imponentes son sus costas que apenas parece valer la pena desembarcar en ellas —meras pilas de granito desmoronado en el vasto y solitario mar— cuando todo el sonriente "anillo nupcial de la tierra, tachonado de zafiros" está listo para atraer de nuevo al viajero y recibir su proa de regreso con gratas vistas, sonidos y fragancias que los desiertos acuáticos jamás conocen. Pero al ser humano que tiene ojos para ver y oídos para escuchar, la naturaleza le apela con un encanto tan novedoso que la lujosa belleza de la tierra se olvida a medias antes de darse cuenta. Sus dulces jardines, llenos de color y perfume, sus ricos bosques y suaves colinas ondulantes, sus aguas plácidas y prados floridos ya no resultan tan queridos ni deseables; pues el maravilloso sonido del mar atenúa la memoria de todas las impresiones pasadas y parece colmar y satisfacer todas las necesidades presentes.

Al desembarcar por primera vez, el extraño queda impresionado solo por la tristeza del lugar —la vasta soledad—; pues no hay siquiera árboles que susurren

con voces familiares, nada más que cielo, mar y rocas. Pero la misma rudeza y desolación le revelan una belleza extraña. Que espere hasta que llegue la tarde,

> "Con el púrpura del ocaso suavizando todo el yermo,"

y se encontrará lentamente sucumbiendo al sutil encanto de esa atmósfera marina. Duerme con todas las olas del Atlántico murmurando en sus oídos, y despierta a la frescura de una mañana de verano; y parece como si la mañana hubiera sido creada por primera vez. El mundo es como una rosa recién abierta, y en su corazón se encuentra, con solo la música acariciante del agua rompiendo el silencio absoluto, salvo, quizá, que un gorrión cantor derrame su gozoso trino como alegría encarnada. El mar es rosado, y el cielo también; la línea de tierra resplandece; las velas dispersas brillan con el delicioso color que toca con tanta ternura las rocas desnudas y áridas. Estas son más hermosas que el cielo o el mar o las velas lejanas, o las alas gráciles de las gaviotas enrojecidas por la aurora; nada toma el color tan bellamente como el granito blanqueado; las sombras son delicadas, y los contornos firmes y duros se glorifican y suavizan bajo el fresco primer rubor del amanecer. Todo está impecable e inmaculado; no hay polvo, ni ruido, nada más que paz en el dulce aire y sobre el mar tranquilo.

El día avanza; la rosa se convierte en oro maduro, el oro en clara luz blanca, y el mar vuelve a centellear. Una brisa riza la superficie, y dondequiera que toca el color se intensifica. Pasa una barca de red, con la red castaña amontonada en la popa y las camisas escarlata de los remeros brillando contra el azul. Sus voces llegan agradablemente a través del agua, rompiendo la quietud. Los barcos pesqueros se deslizan de aquí para allá, silenciosos, con velas relucientes; las gaviotas giran perezosas; los mercantes lejanos se deslizan rápidamente a lo largo del horizonte; la ilusión óptica desciende por la línea costera y parece alejarla leguas. ¿Y qué si se deslizara por la pendiente del mundo y desapareciera por completo? Piensas, en un medio sueño, que no te importaría.

Muchos problemas, cuidados, perplejidades y fastidios acechan tras esa línea lejana y tenue para ti. ¿Por qué habrías de preocuparte más?

> "Déjanos en paz. El tiempo avanza veloz,
> y en poco nuestras bocas callarán."

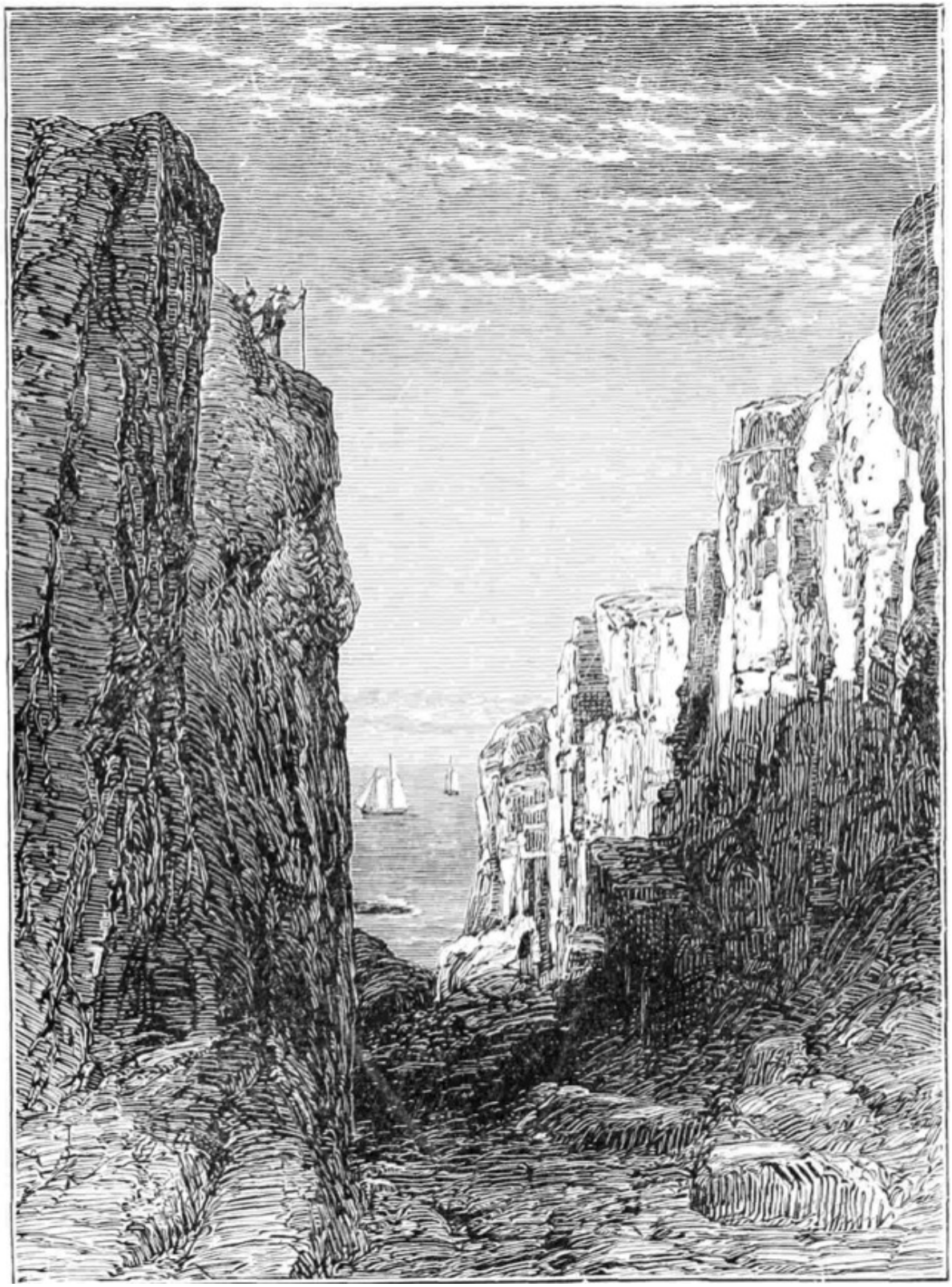
Y así las olas, con su arrullo, cumplen su labor, y quedas sosegado en reposo y olvido transitorio.

Los nativos, o personas que han crecido aquí, encuentran casi tan difícil arrancarse de las islas como los suizos de sus montañas. Desde el punto de vista de una raza civilizada, esto es un curioso ejemplo de perversidad humana, pues no es bueno que los hombres vivan toda su vida en lugares tan remotos y solitarios. Nadie oye de personas que mueran de nostalgia por Nueva York, Albany, Maine o California, o cualquier sitio del vasto continente; pero a parajes salvajes y solitarios como estas islas la humanidad se aferra con intensa y perdurable afección. Ningún otro lugar puede proporcionar a los habitantes de Shoals suficiente aire para sus amplios pulmones; nunca hay espacio bastante en otra parte; no hay horizonte; necesitan campo de mar. En tierra, para ellos, es como si todos los árboles y casas se agolparan contra las ventanas hasta la sofocación; y sé de un joven que, cuando a los trece años hizo su primera visita al continente, descendió al sótano de la casa en que se hallaba, en la no muy populosa ciudad de Portsmouth, y pasó las pocas horas de su estancia sentado abatido sobre un montón de leña, en muda protesta contra la condición de las cosas en general y la presión de la sociedad humana en particular.

Cada isla tiene sus características peculiares, como dije antes, y no hay dos iguales, aunque todas son del mismo tosco granito, mezclado con masas y vetas de cuarzo, feldespato, gneis y pizarra micácea, e intercaladas con diques de traquita que corren en todas direcciones. En Appledore, en su mayor parte, la traquita corre de norte a sur, mientras que las vetas de cuarzo y feldespato

corren de este a oeste. A veces las estrechas vetas blancas de cuarzo cruzan la traquita oscura en líneas paralelas, ora ondulantes, ora perfectamente rectas, mostrando una superficie semejante a la de una vasta obra de incrustación. Cada isla presenta su costa más audaz al este, para enfrentar toda la fuerza del gran Atlántico, que cada año acomete los acantilados y cabos de hierro con la misma furia descomunal, y sin embargo deja tan poca huella de su inmenso poder — aunque en White Island, en lo alto de una roca escarpada llamada "The Head", de casi cincuenta pies de altura, yace un peñasco de quince toneladas, arrojado allí desde abajo por los rompientes.

Las costas rara vez son muy abruptas, pero al este suelen ser muy impresionantes con sus grietas y abismos, y desfiladeros amontonados, y canteras cuadradas de piedra, y escaleras talladas como por manos humanas. La traquita, más blanda que el granito, se desgasta en muchos lugares, dejando muros perpendiculares desnudos de quince o veinte pies de altura. El mayor dique de traquita en Appledore atraviesa la isla de noreste a suroeste, desaparece en el mar y reaparece en Smutty-nose, a un cuarto de milla en línea recta. En algunos lugares, el geólogo te dirá, ciertas profundas estrías en la roca sólida significan que aquí el glaciar se abrió paso en las edades tempranas del mundo. Con frecuencia la traquita está curiosamente alveolada —llena de pequeños agujeros en la superficie, como si gotas de agua cayendo durante años en los mismos puntos hubieran desgastado estos huecos redondos y lisos. Esto ocurre siempre cerca del agua, y solo en la traquita, y parece ser resultado de la espuma volante que, en invierno y hacia la primavera, cuando los vendavales del noroeste soplan a veces tres semanas seguidas día y noche, golpea continuamente la costa.



Quebrada rocosa, Appledore.

La línea de costa varía, por supuesto, con la marea alta o baja. En bajamar las orillas resultan mucho más severas que en pleamar, pues una amplia franja de algas oscuras ciñe cada isla y confiere un aspecto sombrío a todo el grupo. Pero en los días calmos, cuando la luna está llena y las mareas son tan bajas que a veces parece como si el mar se estuviera drenando a propósito para mostrar a los ojos ansiosos lo que yace bajo el último reflujo, se descubren bancos de musgo dorado, verde y pardo, apiñados en las cornisas húmedas, y el agua se corta con los bordes rizados de los sargazos que crecen en bosques pardos y relucientes por todos lados. Al amanecer o al atardecer, el efecto de los rayos largos inclinándose sobre esas masas de rico color es muy hermoso. Pero en pleamar las orillas son más encantadoras; cada pequeña ensenada y entrada se llena con la música de las olas, con su vida, luz, color y destellos. ¿Quién podrá describir ese maravilloso ruido del mar entre las rocas, para mí el más sugestivo de todos los sonidos de la naturaleza? Cada isla, cada roca aislada, tiene su propio tono peculiar, y oídos afinados por la escucha, en grandes y frecuentes peligros, pueden distinguir la ubicación de cada una en una densa niebla. El discurso amenazante de los arrecifes de Duck Island, el vaivén de la ola sobre Halfway Rock, el roce de las ondas en la playa de Londoner's, el largo y perezoso rompiente que rueda eternamente bajo el faro de White Island: todos son familiares y distintos, e indican al isleño su paradero casi tan claramente como si el sol brillara y ninguna bruma intentara burlarlo o extraviarlo.

No hay playas de tamaño considerable a lo largo del círculo de estas costas, y salvo en dos estrechas grietas, una en Málaga y otra en Star, de apenas unos pies de ancho en su punto más amplio, no existe arena fina y limpia como la que brilla en la costa de Rye, enfrente, y se muestra, débilmente centelleante, blanca en la lejanía. El muelle de Smuttynose está lleno de arena gruesa y lodo, como la pequeña cuenca de la "Upper Cove" en Appledore; y la mayor playa de Star, de la misma naturaleza, está cubierta con una capa de huesos de pescado de varios pies de espesor, nada agradable como pavimento fragante. Guijarros toscamente

redondeados, no hermosos por la calidez de su color como los de las playas de Cohasset, sino una fría y dura combinación de granito gris y roca ígnea oscura, se amontonan en las ensenadas. Entre ellos se han hallado puntas de flecha indígenas de jaspe y pedernal. De vez en cuando aparece un fragmento más liso, compuesto de grava gruesa que, al examinarla, se descubre formada principalmente por conchas trituradas por las olas: una fascinante mezcla de mejillones azules y púrpuras, revestidos con los tonos irisados de la madreperla, fragmentos de caracoles dorados y rojizos, berberechos rayados y coloreados; aquí y allá un trozo de cuarzo transparente, blanco o rosado, o de feldespato opaco, tenuemente pajizo, o de pórfido apagado de tono púrpura, todo limpio y húmedo con la fragancia salobre. En Appledore y en los pequeños islotes no devastados por la civilización, estas diminutas calas son los lugares más encantadores del mundo, hermosos con su franja de hierbas, cardos y tallos de gordolobo recortados contra el cielo en el borde superior de la pendiente, y abajo, su mosaico de piedra, concha y algas marinas, marañas de sargazo y maderas a la deriva: una masa de cálidos tonos neutros, con musgos pardos, verdes y carmesí, y algunos caracoles dorados sobre la grava multicolor, donde las indolentes ondas se disuelven en murmullos deliciosos. Hay pocas conchas más delicadas que los caracoles y berberechos jaspeados y los robustos bígaros que escasamente salpican las playas, pero esas pocas son sumamente bellas y más valiosas por su rareza. Dos clases de conchas espirales de blanco puro, de no más de una pulgada de largo, se encuentran ocasionalmente, y hacen preguntarse cómo pueden rodar junto con los pesados guijarros bajo los rompientes sin ser aniquiladas.

Después de que las conchas de mejillón azul oscuro han yacido largo tiempo en la orilla bajo sol y lluvia, adquieren un curioso brillo satinado, hermoso de contemplar, y las de mayor tamaño, al perder su capa de barniz pardo, se colorean como el cielo oriental en los atardeceres invernales despejados: un púrpura rosado, con interiores nacarados surcados de matices irisados. La madera a la deriva siempre está llena de sugerencias: un remo roto; un trozo de

mástil con un extremo deshilachado de cuerda; una sección de palo cortada apresuradamente, contando una tragedia demasiado conocida en el terrible mar; una boya gastada por el agua, o escamas de corteza parda que han flotado pacíficamente por los ríos de Maine y hacia el mar abierto, para llegar al fin aquí y alegrar hogares tan remotos del bosque verde donde crecieron; piñas, con su fragancia especiada aún persistente; manzanas, ramitas de abeto verde, una tablilla con cálculos medio borrados de algún carpintero; un bote infantil tallado rudimentariamente; mariposas, escarabajos, aves ahogadas; ramas muertas de abetos desgreñados completamente cubiertas con la larga y brillante hierba de cinta que crece en aguas salobres cerca de las desembocaduras de los ríos. Estas últimas, tras yacer un tiempo al viento y al sol, presentan un aspecto extraño, pues las cintas estrechas se secan y blanquean tan blancas como la tiza, y tiemblan y se estremecen con cada soplo de aire. Era un gran deleite sostener tal rama en alto y ver cómo todas las largas y delicadas banderolas y cintas volaban temblorosas en la brisa. Más allá de la marca de pleamar, todas las cosas con el tiempo toman un color gris uniforme por la intemperie; madera, conchas, piedras depositadas por alguna gran marea o tormenta y dejadas sin tocar durante meses: corteza color chocolate, tablillas amarillas y piedras grises no se distinguen unas de otras, salvo por su forma. Por supuesto, todo lo blanco se vuelve más blanco, y las conchas ya incoloras se tornan tan puras como la nieve. A veces las tablas y bloques de madera que llegan a la costa han flotado tanto tiempo que están saturados de agua y cubiertos con un rico crecimiento de musgos, percebes y maravillosas criaturas marinas. A veces están completamente horadados por los pholas, y las conchas más duras son perforadas suavemente de lado a lado por estos blandos gusanos.

Pero de niño nunca estaba libre de aprensión al examinar los restos, pues temía encontrar alguna señal demasiado terrible de desastre. Después de que el vapor Bohemian naufragó (cerca de Halifax, creo) hace algunos años, fardos de su valiosa carga de sedas y ricos tejidos y piezas del naufragio fueron esparcidos a lo largo de la costa hasta Cabo Ann; y en la playa de Rye, entre otras cosas,

llegaron dos botas. No eran pareja, y cada una contenía un pie humano. Debió de ser un hallazgo espantoso para quien las recogió.

No hay muchas de estas calas tranquilas. En general reina una confusión, como si un terremoto hubiera desgarrado y partido las costas, y derrumbado las masas en montones caóticos. En Appledore y en las islas mayores el interior es algo más suave, aunque en ninguna parte encontrarás muchos tramos de camino llano. Pendientes verdes alternan con largas cornisas blancas, y aquí y allá hay trozos de terreno pantanoso y pequeños valles donde el césped es corto, donde las ovejas gustan de pacer y los hongos brotan en agosto y septiembre. No hay árboles, salvo quizá unos pocos bálsamos de Galaad en Star y un pequeño olmo en Appledore, que ha estado luchando contra la aspereza del lugar por unos veinte años. Es muy probable que las islas estuvieran arboladas hace muchos años con abetos y pinos, quizá, un crecimiento áspero. Estoy seguro de que crecieron cedros allí, pues encontré en la parte más alta de Smutty-nose Point, profundo en una grieta de las rocas, un trozo de raíz de cedro que, aunque perfectamente conservado, mostraba señales de gran antigüedad, pulido tan liso como el vidrio por las gotas de lluvia que habían penetrado hasta su escondite.

Hay algunos arbustos, ramoneados por las ovejas, con hojas de arce, álamo y abedul; y he visto los restos desmoronados del tocón de un gran árbol en la garganta principal de Appledore. Los habitantes más viejos recuerdan un huerto en Smutty-nose. En la siguiente nota (que debo al señor T. B. Fox) de Christopher Leavitt's Voyage into New England en el año 1623, parece que había árboles, aunque no del tipo que los viajeros deseaban ver. Él dice: "El primer lugar donde puse el pie en Nueva Inglaterra fue en las Isles of Shoulds. No pudimos ver ni un buen árbol de madera, ni tanto buen suelo como para hacer un jardín. Buen lugar de pesca para seis barcos", continúa diciendo, "no más por falta de buenos almacenes. Puerto medianamente bueno. Ningún salvaje en absoluto". Eso fue hace doscientos cuarenta y seis años. En el diario del reverendo Jedediah Morse, de una misión a las Shoals en agosto de 1800, se dice,

refiriéndose al miserable estado de los habitantes de Star Island en ese tiempo: “Todos los árboles, e incluso los arbustos, han sido consumidos, y han arrancado, secado y quemado muchas acres de césped, dejando solo rocas desnudas donde antes había el mejor pasto para vacas”. Los arbustos nunca volvieron a crecer en Star; pero Appledore, dondequiera que haya suelo suficiente para sostener una raíz, está cubierto de arbustos de arándano y mirto de cera, cuyas hojas verdes y brillantes desprenden una fragancia sana y aromática, que armoniza bien con los frescos y saludables olores marinos. También prosperan zarzamoras, frambuesas, grosellas silvestres y uvas espinas; hay grupos de saúco y zumaque, madreselva y hiedra venenosa, arbustos de cerezo silvestre y amelanchier, e incluso un pequeño manzano silvestre que cada año da unas pocas flores grandes y brillantes.

Es curioso notar la variedad de plantas, flores silvestres y hierbas en esta isla sola. Hay seis tipos distintos de helechos, y muchas flores delicadas florecen en primavera, cuyos rostros es una sorpresa continua encontrar mirándote desde el suelo áspero, entre las rocas. Cada flor parece dos veces más hermosa en estas circunstancias; y es un hecho que el aire salino y una peculiar riqueza en el suelo dan una exuberancia de crecimiento y una profundidad de color que no se encuentran en otro lugar. “¿Es eso sauce silvestre (o lo que sea)? ¡Nunca vi ninguno tan brillante!”, es un comentario que a menudo se escucha de los visitantes que llegan por primera vez a las islas. El geranio silvestre rosado, por ejemplo, se sonroja con un matiz casi tan profundo como una rosa damascena, y en cuanto a las rosas silvestres, oí a alguien decir que eran “tan brillantes como claveles rojos”. En primavera las anémonas se tiñen de púrpura, rosa y amarillo de una manera que hace que sus hermanas del continente parezcan pálidas en comparación; y las violetas son maravillosas: las azules, tan grandes y oscuras, y las blancas, delicadamente veteadas, ricas en fragancia cremosa.

El cáliz de la flor del amelanchier está teñido de púrpura, casi carmesí, y el color se funde en la blancura lechosa de los pétalos. La pequeña pimpinela (cuando tiene algo más que grava salina para crecer, pues se extiende casi hasta el mar) es de un bermellón claro, y la perlada eufrasia es violeta en los bordes; la

tímida celidonia brilla dorada en sus hendiduras sombrías, y la impatiens moteada es tan rica y espléndida como una flor en el famoso jardín del doctor Rappaccini. A veces parece como si el orden de la naturaleza se dejara de lado en este lugar; pues encuentras la eufrasia, la pimpinela y las violetas blancas creciendo juntas hasta que llega la helada en noviembre; a menudo octubre pasa sin señal de escarcha, y el otoño se prolonga más que en otros sitios. Incluso he visto el lirio, la rosa silvestre, la vara de oro y el áster floreciendo juntos, como si, al no tener el ejemplo del mundo ante sus ojos, siguieran su propia dulce voluntad y florecieran cuando les apeteciera. En cuanto a las flores de jardín, cuando las plantas en este suelo se desbocan en color. La gente dice: "Dame algunas semillas de estas flores maravillosas"; y las siembran en sus jardines en el continente, y brotan decorosas, comunes y pálidas, como sus hermanas en el mismo suelo. El pequeño trozo de tierra en el que crecen en la isla es como una masa de joyas. ¿Quién describirá las violetas, ricamente estriadas de oro ardiente; la coreopsis de terciopelo oscuro y la capuchina; los espuelas de caballero, azules y brillantes como lapislázuli; las "ardientes caléndulas", que flamean como soles en miniatura? Los guisantes de olor son de un profundo y brillante color rosado, y su fragancia es como vino rico, demasiado dulce casi para soportar, salvo cuando se añade la pura fragancia del mignonette, tal mignonette como nunca crece en tierra firme. ¿Por qué las amapolas arden en tan imperial escarlata? ¿Qué cualidad se oculta en este suelo delgado, que transfigura todas las flores familiares con nueva belleza? He oído decir que es la roca desmenuzada la que enriquece la tierra, pero no lo sé.

Si un rebaño de ovejas y varias vacas no pastaran continuamente sobre Appledore, sería un pequeño paraíso de flores silvestres en verano; aman el suelo y el clima, y despliegan toda su fuerza y hermosura. Y cada año o dos aparece una nueva especie, cuya semilla ha sido traída por algún ave, o quizá sacudida de un fardo de heno. El verano pasado, por primera vez, encontré la polígala púrpura creciendo en un prado en el lado sur de la isla. Columbinas y el fragante ground-nut, helianthus y varias otras plantas crecen solo en Duck Island; y es singular que la pequeña potentilla, que me dicen crece en otros

lugares solo en laderas de montaña, se encuentre aquí en todas las islas. En Smutty-nose únicamente prosperan ciertas plantas de la siniestra beleño (Hyoscyamus niger), y en Londoner's únicamente se extiende en la parte superior de la playa una gran Mertensia maritima. En Star los torcidos senderos entre las casas están bordeados de altas plantas de la venenosa cicuta (el Conium que preparó la bebida mortal de Sócrates), que prospera vigorosamente, y es la única cosa verde fuera de los pequeños recintos amurallados, salvo el pasto y las bardanas; pues las vacas y los niños devastan el suelo.

Appledore es, en conjunto, la más agradable en su aspecto de todas las islas, por ser la mayor y tener una superficie más variada que las demás. Su parte meridional está llena de interés, por las huellas de humanidad desaparecida que se contemplan a cada paso; pues el suelo, en algunos lugares, está socavado con antiguas tumbas, y las ruinas de sótanos de casas donde hombres y mujeres vivieron hace más de un siglo se hallan esparcidas aquí y allá, en número de setenta o más. Los hombres y mujeres son polvo y cenizas; pero aquí están las piedras que ellos cortaron y colocaron; aquí los umbrales sobre los que tantos pies pasaron. Los líquenes verde pálido, lilas y dorados han cubierto y borrado todas las huellas de sus pasos en las losas de las puertas; pero aquí entraban y salían: viejos y jóvenes, los pequeños pies de los niños, el pesado andar de los fornidos pescadores, el paso más ligero de las mujeres, los pasos dolorosos e inciertos de la vejez. Es grato pensar en el pescador moreno y curtido, el padre, de pie en tal umbral, y con la mirada aguda que todos los hombres de mar poseen, barriendo el amplio horizonte en busca de señales de buen o mal tiempo; o la madre, sentada al sol en el escalón, amamantando quizá a su bebé, o remendando una red, o hilando,—pues las mujeres aquí eran famosas hilanderas, y en Star Island aún hay mujeres que no han olvidado el arte. Más grato aún pensar en alguna muchacha esbelta al crepúsculo, demorándose con pies renuentes y ojos anhelantes que buscan en el mar sombrío una vela que regresa, cuyo destello es más dulce para su vista que la luz de la luna o de las estrellas,—demorándose todavía, aunque su madre la llame desde dentro y el rocío caiga con la noche que desciende. Amo habitar de nuevo estas soledades, y pensar que

quienes vivieron aquí siglos atrás fueron gente decente y temerosa de Dios, la mayoría,—pues así lo dice la tradición; aunque en años posteriores cayeron en malos caminos, bebieron "agua de fuego" y encontraron la desgracia. Y todas las imágenes sobre las que sueño están enmarcadas en este mar, que centelleaba y cantaba, o fruncía el ceño y amenazaba, en las edades pasadas como lo hace hoy, y seguirá sonriendo y amenazando cuando nosotros, que ahora lo escuchamos y lo amamos y lo tememos, seamos polvo y cenizas a nuestro turno.

> "El carácter y las costumbres de los primeros colonos, por su industria, inteligencia y pureza moral, les han valido gran respeto a ojos de las generaciones venideras."— *Williamson's History of Maine*

Algunos de los sótanos son dobles, como si dos familias hubieran construido juntas; algunos están claramente delineados; en otros las piedras se han desplomado en parte; todos están más o menos cubiertos de líquenes, y un césped espeso y corto se extiende por todas partes dentro y alrededor de ellos. A veces guirnaldas de madreselva cubren los muros, y la hiedra venenosa se enlaza y anuda alrededor de las rocas; grupos de saúco dulce en flor se agrupan en las esquinas, o elegantes zumaques de astas de ciervo, o zarzas de frambuesa con frutos rojizos. Se extienden cardos silvestres espinosos, y altos tallos de gordolobo se alzan como centinelas vigilando la desolación. Hermoso es ver las delicadas flores rosadas del geranio silvestre entre los ásperos montones de rocas, como un tierno pensamiento añadido donde todo es duro y severo.

Forma parte de la creencia religiosa de los habitantes de las Shoals que el cairn ruinoso en la cima de Appledore fue construido por el famoso John Smith y sus hombres cuando descubrieron las islas en el año 1614; y no seré tan herético como para dudar del hecho, aunque parece igualmente probable que lo levantaran pescadores y marineros como señal. En cualquier caso, nadie sabe cuándo no estuvo allí, y es perfectamente seguro imaginar cualquier origen para él. Nunca pude estar del todo seguro del sitio de la primera casa de reunión en esta isla, "construida (de ladrillo) en un período muy temprano, posiblemente la

primera en la provincia", dice Williamson en su History of Maine.
Probablemente no tenía sótano debajo, y el ligero cimiento ha sido dispersado y borrado por el tiempo,—un destino que muchas de las casas debieron compartir de igual manera. Cuando el hombre ha desaparecido, la Naturaleza se esfuerza por restaurar su orden original de las cosas, y borra gradualmente todas las huellas de su obra con las amplias manos de sus estaciones cambiantes. Los hombres que construyeron las Pirámides lo sintieron; pero ¿no girará el mundo lo suficiente como para nivelar su mampostería con las arenas desoladas? Tampoco queda señal de la fundación de aquella "Academia" a la que "incluso caballeros de algunas de las principales ciudades de la costa enviaban a sus hijos para instrucción literaria",—cito de nuevo a Williamson. ¡Qué sueño parece, mirando ahora estas rocas desiertas, que tanto haya sucedido aquí en los años idos! La conexión de España con estas islas siempre me ha fascinado; es curioso que la tierra más brillante y alegre, toda resplandeciente de sol y tan rica en belleza meridional, esté de algún modo vinculada con este lugar, tan remoto y desolado. "En 1730, y después, tres o cuatro barcos solían cargar en las Shoals pescado mercantil de invierno y primavera para Bilbao, en España." ¡Qué naves tan maravillosas debieron navegar estas aguas,—viejos barcos perezosos y pesados, con figuras de proa talladas con gracia, y popas y proas altas, y pesadas velas curtidas por el clima, pintorescos y encantadores de contemplar, y bastante adecuados para el Mediterráneo centelleante, pero no del tipo de construcción para luchar contra los rompientes del Atlántico, como lo atestiguan varios naufragios de barcos atrapados en las terribles galernas y arrojados contra los implacables arrecifes! Se dice que el barco Sagunto encontró su destrucción aquí tan tarde como en el año 1813; y hay ecos débiles de otros desastres de ese tipo, pero los nombres de otros barcos no han llegado hasta nosotros. Uno naufragado en Appledore dejó solo una cantidad de piezas de plata anchas esparcidas por las rocas para contar la calamidad. Un pescador de Star, remando en su dory para explorar las calas y grietas en busca de leña a la deriva (pues la isla estaba deshabitada en ese momento), se topó de repente con las monedas relucientes. Su asombro fue ilimitado. Tras llenar sus bolsillos, un súbito terror lo poseyó;

comenzó a sospechar que algo extraño se ocultaba en el fondo de tal buena fortuna (pues la superstición de los nativos es muy grande), y huyó a casa para contar a sus vecinos, quienes acudieron en grupo e hicieron breve trabajo en recoger el resto del tesoro. De vez en cuando, desde entonces, se han encontrado monedas en la punta sureste, donde la nave desconocida encalló y fue completamente destruida. Por supuesto, se supone que el Capitán Kidd, "mientras navegaba", hizo de este lugar uno de sus muchos escondites. Recuerdo haber sentido temor de niño con la historia de cómo cierta vieja Dinah negra, habitante de Portsmouth, vino a Appledore, entonces enteramente desprovista de moradas humanas, y sola, con solo una vara adivinatoria como compañía, pasó varios días y noches vagando por la isla, murmurando para sí misma, con su vara cuidadosamente equilibrada en sus manos huesudas. El tesoro enterrado de Robert Kidd, si existió, nunca dio señal desde abajo a esa vara mística, y la anciana regresó con las manos vacías; pero ¡qué cuadro debió de ofrecer vagando allí en la soledad, bajo la luz del sol, de la luna o de las estrellas, con su figura extraña, su rostro oscuro, sus ropas ondeando al viento, y la terrible vara en su mano!

En Star Island, me han contado, hace no muchos años se desenterró una pequeña olla negra de tres patas llena de piezas de oro y plata; y es ciertamente verdad que el señor Samuel Haley, quien vivió y fue dueño de Smutty-nose, al construir un muro, levantó una gran piedra plana bajo la cual yacían cuatro barras de plata maciza. Debió de ser un buen y enérgico anciano, aquel Samuel Haley. Con este tesoro, dice la tradición, construyó, con gran esfuerzo y gasto, el malecón que conecta Smutty-nose con Málaga y que ofrece un puerto seguro a los marineros afligidos en tiempos de tormenta. (Este nombre, Málaga, por cierto, es una señal muy clara de los españoles). No solo edificó Haley el malecón, sino que levantó salinas que "fabricaban excelente sal para la curación del pescado", tendió un pasillo de cordelería sobre el terreno desigual de unos doscientos setenta pies, y erigió molinos de viento para atrapar con sus anchas aspas todos los vientos que soplaban, de modo que pudiera moler su propio maíz

y trigo, y vivir lo más independientemente posible de sus semejantes; pues esa es una de las primeras cosas que un colono en las Isles of Shoals aprende que es necesario. Plantó un pequeño huerto donde el suelo era más profundo, y con mucho cuidado logró que sus cerezos dieran abundante fruto, y en todo sentido sacó el mayor provecho de las pocas ventajas del lugar.

La vieja casa cuadrada que construyó en su isla, y que aún se mantiene en pie, tenía, hace mucho, un amplio balcón que corría a lo largo de toda la fachada bajo las ventanas del segundo piso. Al hallarse en ruinas, nunca me atreví a salir sobre él; pero un gran mirador cuadrado, con una sólida baranda, que él construyó en lo alto de la casa, permaneció hasta hace pocos años; y lo encontré un lugar encantador para demorarse en los días tranquilos, y contemplar el cielo, el mar y los barcos, y el juego de colores sobre el brillante rostro del mundo. Mirando desde aquella estación aérea, pensaba cuántas veces se habría sentado allí con su catalejo, escudriñando el horizonte y todo lo que contenía, mientras el viento agitaba sus cabellos grises y el sol brillaba agradablemente sobre su sereno rostro anciano. Muchos años de su útil y feliz vida los vivió allí, y dejó tras de sí un nombre querido y honorable. Sus descendientes, que aún viven en Star, están entre la mejor gente del poblado. Una joven que llevaba su apellido se casó recientemente con uno de los pescadores jóvenes. Star Island bien podía enorgullecerse de tal muchacha, tan modesta y dulce, y también hermosa, esbelta y recta, de cabello oscuro y ojos castaños,—una criatura tan pintoresca como cualquiera desearía ver, con una delicada rosa en la mejilla y una clara luz de inteligencia en los ojos. Considerándola, y recordando a su antiguo antepasado, pensé que había heredado con justicia su expresión gentil y confiada, y su porte distinguido, lleno de inconsciente dignidad y gracia.

El curioso epitafio del anciano habla de su humanidad al "recibir en su recinto a muchos pobres marineros y pescadores afligidos por el mal tiempo". ¡"Afligidos por el mal tiempo"! Uno debe vivir en un lugar así para comprender plenamente el significado de esas palabras. Era su costumbre cada noche colocar en la ventana de su dormitorio, sobre el amplio balcón orientado al sureste, una luz que ardía toda la noche,—un pequeño acto de consideración que dice mucho.

Creo que el faro no se encendía en ese tiempo, aunque no estoy seguro. Hay mucha incertidumbre respecto a fechas y registros de aquellos tiempos antiguos. Se dice que el señor Haley murió en 1811, pero siempre he oído que aún vivía cuando el Sagunto naufragó en su isla, lo cual ocurrió, según los registros de Gosport, en 1813. Esta es la anotación: "El barco Sagunto encalló en Smotinose Isle el 14 de enero de 1813. El 15 de enero se halló un hombre, el 16 de enero se hallaron 6 hombres, 21—7 el número de hombres hallados pertenecientes a dicho barco doce." Me inclino a pensar que el escritor cometió un error en la fecha, así como en la ortografía y la aritmética, pues es tradición aceptada que el señor Haley halló y enterró a la tripulación muerta de ese barco, y siempre lo he oído mencionado como un hecho simple.

En aquella tormentosa noche de enero, cuenta la historia, colocó la luz como de costumbre en la ventana de su habitación, y me atrevo a decir que rezó en su buen corazón para que ninguna nave vagara cerca de aquel lugar peligroso, arrojada sin remedio sobre el mar embravecido en la densa oscuridad, el frío amargo y la cegadora nieve. Pero esa noche el gran barco Sagunto se estrelló, de lleno, contra el fatal extremo sureste, a la vista de la diminuta chispa que ardía pacíficamente, inmutable, en aquella tranquila estancia. Sus valiosas maderas de caoba y cedro se hicieron astillas en los agudos dientes de esas inexorables rocas; su cargamento de frutos secos, nueces, fardos de paño y oro y plata fue arrojado por la costa, y parte de su tripulación fue lanzada viva sobre ella. Algunos vieron la luz, y se arrastraron hacia ella entumecidos de frío y agotados de fatiga y terror. El rugido de la tormenta ahogó sus débiles gritos de socorro; el anciano dormía tranquilamente, con su familia a su lado, protegido, seguro; mientras, a un tiro de piedra de su puerta, aquellos marineros luchaban y agonizaban por alcanzar aquella luz amiga. Dos de ellos llegaron al muro de piedra frente a la casa, pero sus fuerzas menguantes no les permitieron trepar; se arrojaron sobre él y perecieron miserablemente, ¡con la seguridad, el calor y el consuelo tan cerca!

Por la mañana, cuando el tumulto se había calmado un poco, y bajo el cielo sombrío rodaba el mar más sombrío en largas olas deliberadas, el anciano miró

en la primera luz sobre el páramo nevado, y en el muro yacía—algo que rompía la silueta familiar, aunque todo estaba cubierto de nieve pura y suave. Debía ponerse abrigo y gorro, y salir a descubrir qué era aquella extraña cosa. ¡Ah, qué visión para sus ojos compasivos bajo la fría y plomiza luz de aquella mañana implacable! Llamó a sus hijos y a sus hombres. Rápidamente se dio la alarma, y hubo confusión y agitación mientras los isleños, reuniéndose apresuradamente, intentaban si aún era posible salvar alguna vida entre los restos. Pero era demasiado tarde; toda alma se había perdido. Se encontraron catorce cuerpos en ese momento, esparcidos entre el muro y el extremo sureste donde la nave se había hecho pedazos. El verano siguiente se descubrió el esqueleto de otro entre unos arbustos cerca de la costa.

La imaginación se detiene en aquellos pobres marineros ahogados; intenta figurarse cómo era cada uno, cuál podría haber sido el musical nombre de cada uno (pues todos los nombres en español deberían ser musicales, con reminiscencia de flauta y guitarra); se detiene en los rostros de oliva oscura y cabellos negros como el azabache, la elegante vestimenta extranjera,—quizá chaquetas cortas curiosas, con trozos de bordado brillante que manos amorosas habían trabajado para ellos, todo manchado y deslucido por la sal. Sin duda algunos llevaban al cuello una cruz o un amuleto, con una imagen de la "Santísima Virgen" o del "Hijo de Dios", para salvarse de un destino como este; y quizá alguno de estos marineros llevaba contra su corazón un mechón de cabello, oscuro y lustroso antes de que el lavado de las frías olas apagase el brillo de su hermosura. Catorce tumbas poco profundas se cavaron para los muertos desconocidos en la tierra dura, y allí yacen, con aquel que los enterró un poco más arriba en la misma ladera cubierta de hierba.

Aquí está su epitafio:

"En memoria del Sr. Samuel Haley
Quien murió en el año 1811
A los 84 años
Fue un hombre de gran ingenio,

industria, honor y honestidad, fiel a su
patria, y un hombre que hizo un gran
bien público al construir un
muelle y recibir en su
recinto a muchos pobres
marineros y pescadores
afligidos por el mal tiempo."

A pocos pasos de su lugar de reposo, el muro bajo donde se hallaron congelados los dos infortunados se derrumba en ruinas. Las hojas verdes y brillantes de los arbustos de mirto de cera se apiñan aquí y allá a su alrededor, en filas fragantes a ambos lados, y dulcemente el cálido rubor de la rosa silvestre resplandece contra sus frías piedras grises. Apoyado en él en las tardes de verano, cuando el viento está quieto y se eleva una fragancia y un murmullo fresco de la marea entrante, cuando la luz lentamente dorada reposa tranquila sobre el mar plácido, enriqueciendo todo lo que toca con infinita belleza,—olas y rocas que matan y destruyen, rosas florecientes y tumbas solitarias,—una melancolía nostálgica tiñe todos los pensamientos. A lo lejos las aguas perezosas cantan y sonríen alrededor de aquel punto blanco, centelleando en la brillante atmósfera. ¡Qué pacífico es! ¡Qué inocente e inconsciente es el rostro entero de esta naturaleza terrible y hermosa! Pero, escuchando el dichoso murmullo de la marea, uno no puede dejar de pensar con qué otra voz habló esa marea cuando trituró el barco en átomos y rugió con sombrío trueno alrededor de aquellos hombres moribundos.

No hay inscripción en los toscos peñascos a la cabecera y pie de estas tumbas. Unos pocos años más, y toda huella de ellas será borrada. Ya las piedras se inclinan de un lado y otro, y están medio enterradas en la hierba espesa. Pronto serán completamente olvidadas; el viejo, viejo mundo olvida tanto. Y está sembrado densamente de tumbas de polo a polo.

"Estas islas llevaron algunas de las primeras huellas del cristianismo y la civilización de Nueva Inglaterra. Fueron durante mucho tiempo morada de

inteligencia, refinamiento y virtud, pero después fueron abandonadas a un estado de semi-barbarie." La primera noticia del lugar nos llega del año 1614, cuando se supone que John Smith las descubrió. La siguiente fecha es la llegada de Christopher Leavitt, en 1623. En 1645, tres hermanos, Robert, John y Richard Cutts, emigraron de Gales, y en su camino al continente se detuvieron en las Isles of Shoals y, encontrándolas tan agradables, establecieron allí su asentamiento. Williamson menciona particularmente a Richard Gibson, de Topsham, Inglaterra, y a varios otros hombres de Inglaterra y Gales. Pronto muchas personas se unieron a la pequeña colonia, que creció cada año más próspera. En 1650, el reverendo John Brock vino a vivir entre los isleños, y permaneció con ellos doce años. Todo lo que se oye de este hombre es tan noble: se lo representa como fiel, celoso, inteligente y humano, que no es de extrañar que la comunidad floreciera mientras él estaba al timón. Se decía de él: "Habita tan cerca del Cielo como cualquier hombre sobre la tierra." Cotton Mather lo elogia así con gracia: "Fue un buen gramático, principalmente en esto, que siempre habló la verdad desde su corazón. Fue un buen lógico, principalmente en esto, que se presentó ante Dios con un servicio razonable. Fue un buen aritmético, principalmente en esto, que contó sus días de tal manera que aplicó su corazón a la sabiduría. Fue un buen astrónomo, principalmente en esto, que su conversación estaba en el Cielo… Tanto pertenecía a este buen hombre, que una vida tan erudita bien puede juzgarse digna de ser escrita." Después de él vino una larga procesión de clérigos, buenos, malos e indiferentes, hasta el presente, cuando el "servicio divino", así llamado, ha parecido una mera burla tal como a menudo se ha llevado a cabo en la pequeña iglesia de Star.

El verano pasado me mostraron un curioso librito titulado "The Fisherman's Calling. A brief essay to Serve the Great Interests of Religion among our Fishermen. By Cotton Mather, D. D. Boston in New England. Printed: Sold by T. Green. 1712", y encontré el siguiente incidente relacionado con el ministerio del señor Brock en las Shoals: "Para ilustrar y demostrar la Providencia de Dios nuestro Salvador sobre el oficio de los pescadores, los entretendré con dos breves historias modernas." Luego sigue un relato de algunos sacerdotes

romanos en unas islas de Escocia, que intentaron atraer a los pobres pescadores al papismo. La otra es esta: "Cuando nuestro señor Brock vivía en las Isles of Shoals, llevó a los pescadores a un acuerdo de que, además del Día del Señor, dedicarían un día de cada mes juntos al culto del Señor Glorioso. Llegado cierto día que por su acuerdo correspondía a los Ejercicios de Religión, vinieron al señor Brock y le pidieron que pospusieran su reunión y fueran a pescar, porque habían perdido muchos días por lo inclemente del tiempo. Él, viendo que sin y contra su consentimiento estaban resueltos a hacer lo que le pedían, respondió: 'Si se van, les digo: ¡Atrapen peces si pueden! Pero en cuanto a ustedes que se quedarán y adorarán a nuestro Señor Jesucristo este día, oraré a Él por ustedes para que después pesquen hasta cansarse.' Treinta hombres se fueron de la reunión y cinco se quedaron. Los treinta que se fueron con toda su pericia apenas pudieron atrapar cuatro peces. Los cinco que se quedaron salieron después y atraparon quinientos. Los pescadores estuvieron después más dispuestos a escuchar la voz de su maestro."

Si la virtud fuera a menudo su propia recompensa de esta manera, ¡en qué mundo tan bien conducido viviríamos! Sin duda los isleños imprudentes necesitaban toda la fuerza de la persuasión moral que el buen señor Brock podía ejercer sobre ellos; demasiada ley y orden no podían tener. Pero me gusta más esta historia del recio viejo pescador que en la iglesia respondió tan inesperadamente a la vibrante exhortación de su pastor: "Suponiendo, hermanos míos, que alguno de ustedes fuera sorprendido en la bahía por una tormenta del noreste, con sus corazones temblando de miedo, y nada más que la muerte delante, ¿hacia dónde se volverían sus pensamientos? ¿Qué harían?"—con la inspiración instantánea del sentido común: "Izaría la vela de proa y correría hacia Squam."

La primera iglesia en Star fue construida principalmente con maderas provenientes de naufragios de barcos españoles, pero ha sido parcialmente incendiada y reconstruida dos veces. Diversos personajes rudos, entregados a la bebida y, en consecuencia, a una vida sin ley, se han unido a la colonia en los últimos diez años y han convertido el lugar en escenario de incendios

recurrentes. Al bajar a Appledore una primavera me sorprendió el repicar diario y nocturno de la apagada campana en Star,—un sonido disonante llevado con furia por el viento tormentoso hasta nuestra morada. "¿Por qué suena la campana de Star Island?", preguntaba una y otra vez, y siempre me respondían: "Oh, es solo Sam Blake incendiando su casa",—el objeto era obtener el seguro correspondiente.

En los registros de Massachusetts hay un párrafo que dice que, en el año 1653, Philip Babb, de Hog Island, fue nombrado alguacil para todas las islas de Shoals, excepto Star Island. A Philip Babb habremos de referirnos nuevamente. "En mayo de 1661", dice Williamson, "siendo lugares de nota y gran concurrencia, la Corte General incorporó las islas en un pueblo llamado Appledore, y le otorgó los poderes y privilegios de otros pueblos." Entonces había unas cuarenta familias en Hog Island, pero entre ese tiempo y el año 1670 se trasladaron a Star Island y se unieron al asentamiento allí. Fueron inducidos a hacerlo en parte por temor a los indios, que frecuentaban Duck Island y desde allí hacían incursiones de saqueo, llevándose a sus mujeres mientras ellos estaban ausentes pescando, y causando diversos daños; pero, como se afirma expresamente que la gente del continente enviaba a sus hijos a la escuela en Appledore para que estuvieran seguros de los indios, la declaración de sus depredaciones en las Shoals resulta desconcertante. Probablemente los salvajes acampaban en Duck para dedicarse a la pesca de marsopas, que hasta hoy practican entre las islas de la costa oriental de Maine. Star Island parecía un lugar de mayor seguridad; y probablemente las mayores ventajas de desembarco y la conveniencia de una amplia ensenada en la entrada del poblado, con un pequeño puerto donde las embarcaciones pesqueras podían anclar con cierta seguridad, también fueron incentivos.

William Pepperell, nativo de Cornwall, Inglaterra, emigró al lugar en el año 1676, vivió allí más de veinte años y desarrolló una gran pesquería. "Fue el padre de Sir William Pepperell, el hombre más famoso que Maine haya producido." Durante más de un siglo antes de la Guerra de Independencia hubo en las Shoals entre trescientos y seiscientos habitantes, y el pequeño asentamiento prosperó de manera constante. Tenían su iglesia y su escuela, y un tribunal; y los oficiales

municipales habituales eran elegidos cada año, y los registros del pueblo se llevaban regularmente. Entre tres y cuatro mil quintales de pescado eran capturados y curados cada año por los isleños; y, además de su comercio con España, grandes cantidades de pescado se llevaban también a Portsmouth, para el mercado de las Indias Occidentales.

En 1671 las islas pertenecían a John Mason y a Sir Ferdinando Gorges. Este hombre siempre me interesó mucho. Debió ser una persona de gran fuerza de carácter, fuerte, de mente clara, lleno de fuego y energía. Fue nombrado gobernador general de Nueva Inglaterra en 1637. Williamson tiene mucho que decir de él: "Él y Sir Walter Raleigh, cuya amistad era cercana, poseyendo mentes igualmente elásticas y aventureras, dirigieron sus pensamientos bastante pronto hacia el continente americano." Y el historiador continúa lamentándose de él: "La fama y la riqueza, tan a menudo ídolos de intelectos superiores, fueron los objetivos principales de este hombre ambicioso. Constante y sincero en sus amistades, pudo haber tenido ampliamente la aprobación de otros, de no haber sido el egoísmo el centro de todos sus esfuerzos. Su vida y su nombre, aunque no libres de defectos, tienen justos reclamos a los agradecidos recuerdos de los americanos del Este y su posteridad."

De 1640 a 1775, dice un informe a la "Society for Propagating the Gospel among the Indians and Others in North America", la iglesia en las Shoals estaba en condiciones florecientes, y tuvo una sucesión de ministros,—los señores Hull, Brock, Belcher, Moody, Tucke y Shaw, todos ellos hombres buenos y fieles; dos, Brock y Tucke, hombres de saber y capacidad, con peculiaridades de talento y carácter admirablemente adecuados para su labor en estas islas. Tucke fue el único que cerró su vida y ministerio en las Shoals. Se graduó en Harvard College en la clase de 1723, fue ordenado en las Shoals el 20 de julio de 1732, y murió allí el 12 de agosto de 1773,—su ministerio cubriendo así más de cuarenta años. Su salario en 1771 se pagaba en pescado mercantil, un quintal por hombre, cuando había en las Shoals entre noventa y cien hombres, y un quintal de pescado valía una guinea. Su tumba fue descubierta accidentalmente en 1800, y el Honorable Dudley Atkins Tyng, quien se interesó con gran caridad e incansablemente por

el bien de estas islas, colocó sobre ella una losa de piedra, con una inscripción que aún permanece para contar las cualidades del hombre cuyos restos cubre; pero año tras año las gotas de lluvia con delicados toques desgastan las letras profundamente talladas, pues la piedra yace horizontal; incluso ahora apenas son legibles, y pronto las palabras de elogio y aprecio existirán solo en la memoria de unos pocos de los habitantes más viejos.

En el momento de la muerte del señor Tucke la prosperidad de las Shoals estaba en su apogeo. Pero menos de treinta años después de su muerte se inauguraron varias circunstancias lamentables.

El asentamiento prosperó hasta el estallido de la guerra, cuando se halló completamente a merced de los ingleses, y obligado a proporcionarles reclutas y suministros. Los habitantes fueron entonces ordenados por el gobierno a abandonar las islas; y como su comercio probablemente se había roto y sus propiedades estaban expuestas, la mayoría cumplió con la orden y se estableció en los puertos vecinos, donde sus descendientes pueden encontrarse hasta hoy. Algunos se establecieron en Salem, y el señor White, asesinado misteriosamente allí hace muchos años, nació en Appledore. Los que permanecieron, con pocas excepciones, estaban entre los más ignorantes y degradados del pueblo, y descendieron rápidamente a profundidades indescriptibles de miseria. "Quemaron la iglesia, y se entregaron a disputas, blasfemias y embriaguez, hasta volverse casi bárbaros"; o, como lo expresa el señor Morse, "se entregaron a hacer toda clase de maldad con avidez." En ningún lugar de ese tamaño ha habido mayor absorción de "ron" desde que el mundo fue creado. El señor Reuben Moody, estudiante de teología, vivió en las Shoals durante unos meses en el año 1822, y su descripción de la situación en ese tiempo es espantosa. No tenía lugar para abrir una escuela; uno de los isleños le proporcionó una habitación, fuego, etc., dando como razón para su entusiasta apoyo a los planes del señor Moody que sus hijos hacían tal alboroto en casa que no podía dormir de día. Un extracto del diario del señor Moody da una idea de la moral de los habitantes en aquel período.

> *"**1 de mayo**. Continúo siendo testigo de las impiedades temerarias de este pueblo. Ayer mi corazón se estremeció al ver a un hombre de unos setenta años, tan carente de razón como un maníaco, entregado a sus pasiones; esforzándose por expresarse en un lenguaje más blasfemo del que tenía capacidad de pronunciar; y, al no poder expresar la malicia de su corazón en palabras, corría contra todo aquel que veía. Todo era tumulto y confusión: hombres y mujeres con brochas de alquitrán, puños cerrados y piedras; una mujer que tenía un bebé de apenas ocho días, con una piedra en la mano y una blasfemia en la lengua, amenazaba con destrozar los sesos de sus antagonistas... Después de que llegué entre ellos, algunos se dispersaron, algunos llevaron a sus esposas a la casa, otros las echaron, y sobrevino la calma."*

En otra parte del diario se cuenta de un anciano que vivía solo y bebió cuarenta galones de ron en doce meses,—algún horrible viejo Calibán, sin duda. Esta espantosa locura de embriaguez fue el gran problema en las Shoals; y aunque el tiempo la ha modificado, no ha eliminado el aparente mal hereditario cuyo antídoto aún no se ha descubierto. El abuso de las bebidas fuertes sigue siendo un remolino más terrible que los peores horrores del océano despiadado que rodea a los isleños.

Como puede verse en el diario del señor Moody, el clero lo pasó muy mal entre los paganos de las Isles of Shoals; pero perseveraron, y muchas valientes mujeres en distintos momentos fueron entre la gente para enseñar en la escuela y rescatar a los pequeños niños de la miseria y la ignorancia. La señorita Peabody, de Newburyport, que vino a vivir con ellos en 1823, hizo maravillas durante los tres años de su estancia. Enseñó en la escuela, visitó a las familias, y los domingos leía a las audiencias que podía reunir; llevó a siete de las niñas más pobres a vivir con ella en la casa parroquial, instruyó a todos los que quisieran aprender en las artes de cardar, hilar, tejer, hacer calceta, coser, trenzar esteras, etc. Verdaderamente recordaba aquello de que "Satanás encuentra qué hacer para las manos ociosas", y mantuvo a todos sus pupilos ocupados y, en

consecuencia, felices. ¡Honor a su memoria! Fue una sierva sabia y fiel. Todavía hay un recuerdo afectuoso de ella entre los habitantes actuales, cuyas madres ayudó a salir de la degradación hacia una vida mejor. Vi en una de las casas, no hace mucho, un bordado ennegrecido por la edad, pero cuidadosamente conservado en un marco; y me dijeron que la difunta abuela de la familia lo había hecho cuando era niña, bajo la supervisión de la señorita Peabody.

En 1835 el reverendo Origen Smith fue a vivir a Star, y permaneció quizá diez años, haciendo mucho bien entre la gente. Casi logró desterrar al gran corruptor, el licor, y restauró la ley y el orden. Es recordado con reverencia por los isleños. En 1855 un excelente hombre de apellido Mason ocupó el puesto de ministro para los isleños, y de su informe a la "Society for Propagating the Gospel among the Indians and Others in North America" extraigo algunos pasajes. Dice: "El tipo de ocupación que la gente ejerce, y de la cual subsiste, afecta desfavorablemente sus hábitos físicos, sociales y religiosos. La disciplina familiar se descuida, las disposiciones domésticas son muy imperfectas, mucho tiempo, aparentemente desperdiciado, se pasa esperando indicaciones favorables para dedicarse a su oficio... Una mala influencia moral es excitada por una parte de los visitantes transitorios a las Shoals durante los meses de verano." Esto es muy cierto. Habla de la apreciación de la gente por los esfuerzos hechos en su favor; y dice que levantaron suscripciones entre ellos mismos para iluminar la casa parroquial y para combustible de la escuela de canto (que, por cierto, fue una institución excelente), y menciona su sorpresa al encontrar en la cocina trasera de la casa parroquial un barril de harina fina, un balde de azúcar, una pierna de tocino, etc. "Su profunda pobreza abundó en las riquezas de su generosidad", dice; y este pequeño acto muestra que estaban lejos de ser indiferentes o ingratos. Estaban realmente apegados al señor Mason, y es una lástima que no pudiera haber permanecido con ellos.

En los últimos años han estado intentando valientemente ayudarse a sí mismos, y perseveran con su feria anual para obtener dinero con que pagar al maestro que salva a sus pequeños niños de la ignorancia absoluta; y muchos muestran una creciente ambición en arreglar sus casas y hacer más cómodas a

sus familias. Últimamente, los incendios antes mencionados, encendidos en locura de embriaguez por los propios isleños, o por los pocos temerarios que se han unido al asentamiento, han arrasado casi todas las casas antiguas, que han sido reemplazadas por edificios nuevos y elegantes, pintados de blanco, con persianas verdes y con mejoras modernas, de modo que cada año el pueblo se vuelve menos pintoresco,—lo cual es un encanto que se puede perder, cuando la pulcritud exterior indica una mejor vida entre la gente. Hace veinte años la ensenada de Star Island era encantadora, con sus desvencijadas casas de pescado y antiguas cabañas con techos bajos e inclinados, y porches cubiertos con el liquen dorado que tanto gusta bordar la madera vieja y desgastada por el clima. Ahora no queda vestigio de aquellos edificios ruinosos; casi todo es blanco, cuadrado y nuevo; e incluso han limpiado la ensenada y removido la gran acumulación de huesos de pescado que hacía tan curiosa la playa.

Los viejos registros del pueblo son pintorescos e interesantes, y la ortografía y modos de expresión tan peculiares que he copiado algunos. El señor John Muchamore fue el moderador de una reunión convocada "el 7 de marzo de 1748. Por una reunión legal del pueblo de los propietarios libres y habitantes de Gosport, debidamente calificados para votar por inspectores de pescado, cortadores de leña. Adición al salario del ministro, señor John Tucke, 100 libras en viejo tenor."

En 1755, se "acordó en reunión del pueblo que si alguna persona divide algún pescado por encima de la marca de marea alta y deja allí sus cabezas y huesos sonoros, pagará diez libras en nuevo tenor al pueblo, y cualquiera que tenga allí los suyos, deberá tenerlos por debajo de la marca de marea alta en el lapso de quince días o pagar lo mismo." En otro lugar "se acordó en reunión del pueblo que toda persona que tenga una vaca deberá sacarla el 15 de mayo, mantenerla allí hasta el 15 de octubre o pagar 20 chelines en dinero legal." Y "si alguna persona que tenga cerdos, si hacen algún daño, aquel a quien hagan el daño conservará el cerdo como satisfacción."

Las vacas parecen haber dado muchos problemas. Aquí hay otro extracto sobre el tema:—

"Este es un voto legal de la reunión del pueblo, que si alguna persona o personas dejan sus vacas afuera después del día quince de mayo y hacen algún daño, serán recogidas y el dueño de la vaca pagará diez chelines en viejo tenor al alguacil de las vacas, y la mitad será para él y la otra se dará a los pobres del lugar."

Sr. Dainel Randel ("Kow Constabel.")

"El 11 de marzo de 1762. Se pasó un voto general libre entre los habitantes de que cada otoño, cuando el reverendo Sr. John Tucke tenga su leña para llevar a casa, todo hombre que no venga, siendo capaz de hacerlo, deberá pagar cuarenta chelines en viejo tenor."

Pero la anotación más deliciosamente absurda es esta:—

"12 de marzo de 1769. Se pasó un voto general libre entre los habitantes para causar que dos hombres fueran al reverendo Sr. John Tucke a escuchar si estaba dispuesto a aceptar un quintal de pescado de cada hombre, o aceptar el precio del quintal en viejo tenor; a lo cual respondió que pensaba que era más fácil pagar con pescado que con dinero, y consintió en tomar el pescado para el año siguiente."

"El 25 de marzo de 1771. Entonces se convocó una reunión y fue aplazada hasta el día 23 de abril."

Sr. Diácono Willam Muchmore

"Moderador."

Entre los "oficiales" de "Gospored" estaban, además del "Moderador" y el "Secretario del pueblo", los "Hombres selectos", el "Alguacil", los "Tidon meen" (inspectores de diezmos), los "Clasificadores de pescado" (Coulear, es decir,

persona designada para seleccionar pescado), y los “Selladores de leña”, más comúnmente llamados cortadores de leña.
En 1845 leemos que Asa Caswell fue elegido “supervisor” de caminos.
Una tradición muy antigua dice que el método de cortejo en las Isles of Shoals era de esta manera: si un joven se enamoraba de una doncella, la acechaba hasta que pasaba, y entonces la apedreaba, al modo de nuestros amigos de Marblehead; de modo que si una bella isleña se encontraba en el centro de una andanada de proyectiles, podía estar segura de que un ardiente admirador se expresaba con decisión, ciertamente, aunque no con tacto. Si ella se volvía y mostraba curiosidad por el punto de la brújula de donde procedía el bombardeo, sus dudas eran disipadas por otra lluvia; pero si seguía su camino en meditación virginal, entonces su galán caía en la desesperación, y la vida, como suele suceder en tales casos, se convertía en una carga para él.

En mis recuerdos, una ocasional “fiesta de col” aportaba una agradable variedad a la vida de los aldeanos. Nunca vi una, pero las he oído describir. En lugar de agasajar a los invitados con vino y helados, cerdo y col eran los principales refrigerios ofrecidos; y si la col provenía del huerto de un vecino, el condimento de la travesura añadía sabor al entretenimiento,—pues la fruta robada siempre es la más dulce.

Parecería extraño que, viviendo en un lugar tan saludable, donde la atmósfera es absolutamente perfecta en su pureza, hayan sufrido tanto de mala salud, y que tantos hayan muerto de tisis,—la misma enfermedad para cuya cura los médicos envían inválidos allí. Las razones se cuentan pronto. La primera y más importante es esta: que, en la medida de lo posible, en años pasados han sellado herméticamente sus casas, para que el aire del cielo no penetrara dentro. Una ventana abierta, especialmente de noche, la habrían considerado una locura,—una tentación de la Providencia; y durante el invierno se han envenenado deliberadamente con cada respiración, como dos tercios del resto del mundo.

He visto una pequeña habitación que contenía a toda una familia, botas de pesca incluidas, cama, muebles, estufa de cocina a todo fuego, y una lámpara de aceite con la mecha tan alta que el humo mortal se elevaba constantemente, llenando el aire con lo que Browning podría llamar "la más sucia penumbra", y mezclándose con el incienso de viejas pipas de tabaco fumadas por ambos sexos (pues casi todas las ancianas solían fumar); cada rendija y grieta estaba tapada; y si, por casualidad, la puerta se abría un instante, salía un humo en comparación con el cual los soplos del lago del Tártaro podrían imaginarse dulces. Encerrados en ese aire mortal, parte de la familia dormía, a veces todos. ¡Qué maravilla que sus pechos fueran huecos, sus rostros demacrados, y que la apatía se asentara sobre ellos!
Luego su comida apenas se seleccionaba con referencia a la salud, siendo el saleratus (bicarbonato) y el cerdo dos de los principales ingredientes de su dieta diaria. En los últimos años probablemente han mejorado en estos aspectos.

Hace quince años pasaba frente a una ventana una mañana, en la cual un niño de dos años estaba sentado, atado en una silla alta ante una mesa pegada a la ventana, comiendo su desayuno solo y orgulloso. En su robusto puño sostenía una gran cuchara de hierro, y se alimentaba de un plato de frijoles nadando en grasa, con el cerdo cortado en cuadritos para su mayor comodidad. Al lado del plato estaba un jarro de hojalata con café negro, amargo y fuerte, endulzado con melaza. Hablé con su madre dentro: "¿No teme que ese café tan fuerte mate a su bebé?" "Oh no", respondió, y se lo acercó a los labios. "Toma, bebe eso", dijo, "¡eso hará que mantengas la cabeza erguida!" El pobre niño murió antes de llegar a ser hombre, y toda la familia ha caído víctima de la tisis.

Muy pocos de los ancianos quedan en la actualidad, y el pueblo se parece mucho a otros pueblos pesqueros a lo largo de la costa. La mayoría de las características peculiares de la raza se han perdido en la generación presente de jóvenes mujeres, aficionadas al uso de miriñaques y peinados altos, y de jóvenes hombres, que se rebajan a estropear su buena apariencia tiñendo sus hermosas

barbas rubias con la mezcla de moda que inevitablemente produce un brillo semejante al del betún de estufa. Pero hay muchachos sensatos entre ellos, magníficos ejemplares del recio pescador de Nueva Inglaterra, de barba sajona, hombros anchos, pecho profundo y curtidos con matices sobre matices de un moreno rojizo. Los azules y grises neutros del agua salada forman fondos perfectos para los cuadros que estos hombres muestran continuamente en su vida alrededor de las embarcaciones. Nada puede ser más satisfactorio que las mezclas y contrastes de color y el efecto pintoresco del aspecto general de los nativos en su elemento.

El ojo se sorprende a menudo con la riqueza del color de alguna mano áspera, resplandeciente en rojos, marrones y naranjas mezclados, contra el agua gris-azulada, al asir un remo, quizá, o tirar de una cuerda. Es extraño que el sol y el viento, que dan tan bellos tonos a las complexiones de los señores de la creación, dejen huellas tan horribles en los rostros de las mujeres. Cuando ellas están expuestas al mismo viento salado y al claro sol, toman el tono de pescado seco, y se convierten en objetos por los que hombres y ángeles podrían llorar. Ver a un auténtico isleño de Shoals "llevar un bote" (cuando la embarcación es un verdadero bote y no una tina) es toda una experiencia. La nave obedece su mano en el timón como un caballo entrenado al toque de la rienda, y parece inclinarse al destello de su mirada, girando sobre su quilla y corriendo contra el viento, "orçando" para apoyarse de nuevo en la otra amura,—obediente, graciosa, perfectamente hermosa, cediendo a la brisa y a la ola, y sin embargo dominada en todo por una ley más fuerte e imperiosa.

Los hombres se apegan fuertemente a sus barcos, que parecen tener para ellos un interés casi humano,—y no es de extrañar. Llevan una vida de las mayores penurias y exposiciones, especialmente en invierno, colocando sus palangres a quince o veinte millas al este de las islas, recogiéndolos al día siguiente si los vientos y olas tormentosos lo permiten, y llevando el pescado a Portsmouth para venderlo. Es un trabajo desesperadamente duro, palangrear en esta estación, con el viento helado soplando en sus rostros, y la espuma voladora congelándose

sobre todo lo que toca,—barcos, mástiles, velas, cubiertas, ropas completamente cubiertas de hielo, y peces congelados sólidos apenas sacados del agua.
La cortesía innata de estos pescadores hacia mujeres desconocidas es algo encantador de presenciar. Recuerdo una vez al desembarcar en Portsmouth, y verme obligada a cruzar tres o cuatro goletas recién llegadas (con su carga de pescado congelado, abierto de boca en una masa sólida sobre la cubierta) para alcanzar el muelle. Ningún caballero cortesano podría haber mostrado un comportamiento más hermoso que el de estos rudos hombres, todos adelantándose, con verdadera gracia,—porque el sentimiento que los impulsaba era genuino y elevado,—para ayudarme a atravesar el enredo de cuerdas, velas y anclas hasta un pie seguro en tierra.

Hay un banco a cuarenta y cinco millas al este de las islas, llamado Jeffrey's Ledge, donde los isleños van a pescar en primavera. Durante una tormenta del noreste en mayo, parte de la pequeña flota llegó tambaleándose ante el vendaval; y, sin atreverse a confiarse a entrar en el puerto (un pobre refugio en el mejor de los casos), rodeando los arrecifes y escollos rocosos, los pescadores fondearon bajo la protección de Appledore, y allí resistieron la tormenta. Estaban en peligro continuo; pues, si sus cables se hubieran desgastado con el choque y la tensión de las olas en que se hundían, o si sus anclas hubieran garreado (lo cual podía esperarse, siendo el fondo del mar entre las islas y el continente de barro, mientras que todo lo demás es áspero y rocoso), habrían sido inevitablemente arrastrados a su destrucción en la costa opuesta.

No era agradable verlos mientras el crepúsculo temprano caía sobre la vasta y agitada desolación del mar, ver los delgados mástiles ondeando impotentes de un lado a otro,—a veces casi horizontales, mientras los cascos se balanceaban pesadamente de un lado a otro, y los largos rompientes rodaban en sucesión interminable contra ellos. Ellos veían las luces en nuestras ventanas a media milla de distancia; y nosotros, en la cálida, brillante y tranquila habitación, sentados junto a un fuego que danzaba y brillaba, alimentado con trozos de naufragio como los que podían esparcirse en Rye Beach antes de la mañana, apenas podíamos pensar en otra cosa que en la miseria de aquellos pobres

hombres, mojados, fríos, hambrientos, desvelados, llenos de ansiedad hasta que amaneciera y el viento amainara. Ningún bote podía alcanzarlos a través de la terrible agitación de las olas. Pero resistieron la noche con seguridad, y la mañana trajo alivio.

Una valiente pequeña goleta "aguantó" en el banco distante, y su capitán me dijo que nadie podía mantenerse en pie a bordo; la presión del viento sobre sus cubiertas era tan grande que temblaba de proa a popa, y temía que se deshiciera, pues era vieja y no muy marinera. Algunos de los hombres tenían esposas e hijos que los miraban desde ventanas iluminadas en Star. ¡Qué noche tan terrible para ellos! No podían saber de hora en hora, en la espesa oscuridad, si aún los cables resistían; no podían ver hasta el amanecer si el mar había devorado sus tesoros. Me sorprende que las esposas no quedaran de cabellos blancos cuando salió el sol y les mostró aquellos pequeños puntos aún rodando en los rompientes.

Las mujeres son excesivamente tímidas respecto al agua, más que las mujeres de tierra adentro. Teniendo el terror y la fuerza del océano rodeándolas continuamente, se impresionan más con él y desconfían, conociéndolo tan bien. Sin embargo, ocurren muy pocos accidentes: los isleños son gente cauta. Hace años, cuando las velas blancas de su pequeña flota de balleneras solían desplegarse desde la ensenada protegida y dirigirse a los caladeros en la bahía, ¡cuántos ojos las seguían en la primera luz, y las observaban a lo lejos durante el día, hasta que, hacia el atardecer, desplegaban sus alas para volver con el viento vespertino! ¡Qué patético el agrupamiento de mujeres en los promontorios, cuando del cielo descendía el chubasco que hacía tambalear las pequeñas embarcaciones, y cegaba los ojos, ya ahogados en lágrimas, con la lluvia repentina que ocultaba cielo, mar y barcos de su ansiosa mirada! ¡Qué retorcer de manos, qué gritos desesperados, que el viento salvaje se llevaba mientras agitaba las sencillas ropas y soltaba los cabellos de doncella y madre, para revolotear sobre sus pálidos rostros y ojos ansiosos!

Ahora la pequeña flota ya no sale; pues la mayor parte de los isleños tienen sólidas goletas, y van a palangrear con provecho, si no con placer. Unos pocos solitarios pescan en pequeñas dories y ganan así un escaso sustento.

El mar ayuda a estas pobres gentes trayendo combustible hasta sus propias puertas; las olas depositan continuamente leña arrastrada en cada grieta de las rocas. Pero vidas tristes y ansiosas han llevado, especialmente las mujeres, muchas de las cuales han envejecido antes de tiempo con el duro trabajo y las amargas preocupaciones: cortar leña y acarrear agua, voltear el pescado en los tendederos para secarlo al sol, interminables faenas domésticas y las cargas de la maternidad, mientras sus señores descansaban sobre las rocas con sus camisas escarlata al sol, o "sostenían las paredes de la iglesia", como dijo uno, con sus fornidos hombros. Nunca vi tales ruinas de humanidad como algunas de las ancianas de Star Island, que hace tiempo descansan en paz. En mi niñez las vislumbré ocasionalmente, sus formas delgadas y morenas encorvadas sobre el fuego, con pipas negras en sus bocas hundidas, y ojos vacíos, "ya sin otro uso que recoger salmuera", y ásperos cabellos grises y desordenados: visiones despojadas y sin esperanza, parecía como si la juventud y la alegría nunca hubieran sido suyas.

Una mujer de Star Island

Isles of Shoals, 1844
Sobre las brasas se sienta,
cerca del borde de la tumba,
con sus ojos huecos como pozos,
y su boca como una cueva hundida.

Su corta pipa negra sujeta
entre sus labios marchitos,
se mece en la luz titilante
su figura encorvada y enjuta.
Ya no voltea el pescado
que se seca al sol en los tendederos;
no arrastra leña a la puerta,
ni agua,—su labor ha terminado.
No le importan juramentos ni golpes,
ha pasado toda esperanza y temor;
nada quiere saber,
nada odia ni ama.
Profundo daño han obrado los años amargos
en su cuerpo y en su alma.
La vida ha sido sazonada con lágrimas;
¿pero acaso Dios no lo ha visto todo?
¡Oh ruina con forma de mujer!
¿Fuiste alguna vez graciosa y dulce?
¿Cubrió el encanto de la juventud
este horror, de pies a cabeza?
¿Hubo ojos húmedos que miraran
desde estas fosas desoladas?
¿Jugaron sonrisas alrededor de la boca
de un tímido y callado arrebato?
Sí, alguna vez. Pero hace mucho
el mal desgastó
toda belleza. Los vientos salinos soplan
sobre ninguna visión más triste hoy.
Pisoteada por completo
está toda chispa de esperanza.
Solo le queda una duda,

un gesto, medio consciente, un tanteo
en la terrible oscuridad por un Toque
que nunca ha fallado a un alma.
¿No es Dios tierno con tales?
¿No ha visto Él todo?

La pronunciación local de los isleños de Shoals es muy peculiar, y un agudo sentido del humor es una de sus características principales. Si De Quincey hubiera vivido entre ellos, creo que habría estado tentado de escribir un ensayo sobre el arte de maldecir como una bella arte, pues aquí ha alcanzado un grado apenas inferior a la sublimidad. Parecían tener un genio para ello, y algunos realmente dedicaban sus mejores facultades a cultivarlo. El idioma era forzado a proporcionarles formas prodigiosas de expresión para manifestar la más mínima emoción de dolor, ira o diversión; y aunque la sangre del oyente a veces se helaba en sus venas al escuchar su profanidad sin titubeos, el sentimiento predominante solía ser de asombro mezclado con intensa diversión,—todo era tan grotesco y monstruoso, y su elección de palabras tan cómica, y en general tan acertada.

La verdadera fraseología de las Shoals en años pasados era algo indescriptible; es imposible por cualquier proceso conocido transmitir una idea de las entonaciones de su habla, muy diferente del arrastre yanqui o del habla marinera, y perfectamente única en sí misma. Por qué llamaban a una golondrina “swallick” y a un gorrión “sparrick” nunca lo pude entender; o qué querían decir al llamar a un gran vendaval o tempestad “Tan toaster”. Todo lo que termina en y o e lo pronuncian todavía ay con gran amplitud; por ejemplo, “Benny” es Bennaye; “Billy” Billay, y así sucesivamente. Un hombre de apellido Beebe, el moderno “misionero”, siempre era llamado Beebay, cuando no se le llamaba con un título menos respetuoso.

Su sentido de la diversión se mostraba en los apodos con que designaban a cualquier persona con la más mínima peculiaridad. Por ejemplo, hace veinte años un ministro metodista vino a vivir entre ellos; su esposa era

desmesuradamente alta y delgada. Con la mayor prontitud y decisión, los irreverentes la bautizaron como “Piernas”, y nunca la llamaron por otro nombre. “Piernas ha ido a Portsmouth”, o “Piernas tiene un vestido nuevo”, etc. Una soltera de tez muy oscura fue llamada “Scip”, abreviatura de Scipio, nombre que se suponía pertenecía particularmente a la raza negra. Otra fue llamada “Squint” (Bizca), por un defecto en la visión; y no solo se las mencionaba con esos nombres, sino que se les llamaba así en la cara habitualmente. Un hombre se ganó el título de “Brag” (Fanfarrón), de modo que nadie pensaba en llamarlo por su verdadero nombre; su esposa era la señora Brag; y el uso constante despojó a estos nombres de su ofensa, de modo que los portadores no solo los escuchaban con ecuanimidad, sino que apenas se habrían reconocido por sus verdaderos nombres.

Un digno noruego se estableció por breve tiempo entre ellos hace algunos años. Su nombre era Ingebertsen. Pretender que algún isleño se molestara en pronunciar semejante nombre era absurdo. De inmediato lo llamaron “Carpenter” (Carpintero), sin relación alguna, pues nunca lo había sido. Pero el nombre fue el primero que se les ocurrió, y suficientemente fácil de pronunciar. Era “Carpenter”, y “Mis’ Carpenter”, y “los niños Carpenter”, y el nombre aún se adhiere al buen viejo Ingebertsen y su familia.

Los abuelos son llamados Grans y Gwammaye, siendo Grans abreviatura de grandsire. “Dile a tu abuelo que la cena está lista”, grita alguna mujer desde la puerta de una cabaña. Un anciano, demasiado perezoso casi para vivir, era llamado “Hing”; uno de dos hermanos “Bunker”, el otro “Shothead”; una vieja regañona era llamada “Zeke”, otra “Sir Polly”, y así indefinidamente. En buen tiempo, a veces las mujeres jóvenes remaban de una isla a otra “haciendo visitas”. Si algún viejo Grans las veía, holgazaneando en su puerta al sol, exclamaba: “¡Va a llover! ¡Las mujeres empiezan a revolotear!”, como si fueran una bandada de patos.

Una mujer, describiendo lo endeble de su casa, dijo: “Señor, nunca fue construida, solo fue arrojada junta.” “No sé si es mejor o no ir a pescar por la mañana”, dice algún rudo, meditando sobre el estado de los vientos y las aguas.

De su bote otro dice con orgullo: “¡Es un bonito pedazo de madera!” y otro: “Golpea una ola y baja como una almohada”, describiendo su suave navegación. Alguien, relatando cómo las autoridades civiles solían manejar los asuntos políticos, dijo que “si un hombre no votaba como ellos querían, lo tomaban y lo arrojaban contra la iglesia”, para hacerlo entrar en razón. Dos muchachos en amarga disputa se han llamado mutuamente “cabezas de sopa de pescado con cara sucia”, como si el poder del lenguaje no pudiera ir más allá. “Estoy más seco que una imagen tallada”, dice un hombre cuando tiene sed. Pero es imposible dar una idea de su habla común dejando fuera la profanidad que la hace tan sorprendente.

Se cuentan algunas historias cómicas sobre el comportamiento de los oficiales de la ley en ciertas emergencias. En una ocasión dos hombres se atacaron en la ensenada que servía de Plaza, la gran plaza del pueblo, el lugar de reunión general. Un camarada, excitado, corrió a informar al único policía, quien inmediatamente acudió al lugar de la batalla. Allí estaban los combatientes, enfurecidos como bestias salvajes, mientras toda la comunidad miraba horrorizada. ¿Qué hacer? Evidentemente algo, y de inmediato. El policía miró alrededor, considerando. Interferir con aquellos dos era imposible. Su mirada cayó sobre un pobre anciano que se apoyaba contra una casa de pescado disfrutando de la escena. ¡Una feliz idea lo golpeó! Se lanzó sobre el viejo e inocente espectador, y lo arrojó al suelo con tal fuerza que le rompió la clavícula. Luego, supongo, se retiró, sereno en la orgullosa conciencia de haber cumplido con su deber, y de haber estado plenamente a la altura de la ocasión.

Dos de los principales magistrados del lugar tenían una enemistad mortal, enteramente personal, que había ardido entre ellos durante años. Un día el más fuerte de los dos “arrestó” tranquilamente al más débil, lo ató de pies y manos con cuerdas, lo arrojó en su ballenera, y se fue con él triunfante a tierra. Llegado a la ciudad de Portsmouth, lo condujo a la cárcel, lo entregó al carcelero con gran satisfacción, gritando: “¡Ahí está! ¡Tómenlo y enciérrenlo! ¡Es un pobre prisionero! ¡No le den nada de comer!”, y regresó gozoso al seno de su familia. Como era Día de Acción de Gracias, se dice que el carcelero llevó al prisionero

de inmediato a su casa, y en lugar de encerrarlo, le dio, según su propio relato, "una de las mejores cenas de Acción de Gracias que jamás comió."
Casi todos los isleños tienen un andar singular, adquirido del esfuerzo por mantener el equilibrio mientras están de pie en los botes, y de la gimnasia inevitable que cualquier intento de locomoción entre las rocas hace necesario. Algunos ancianos de articulaciones rígidas han sido vistos saltando torpemente de piedra en piedra en los pavimentos lisos y planos de Portsmouth, encontrando imposible caminar recta y decorosamente por el camino fácil y llano. Esto no es fábula. Tal es la fuerza de la costumbre. La mayoría de los hombres son más o menos encorvados, y rara vez reman erguidos, con la cabeza alta y los hombros hacia atrás. Se inclinan tanto sobre las mesas de pescado—limpiando, abriendo, salando, empacando—que adquieren un hábito permanente de encorvarse.

Hace veinte años, un anciano llamado Peter aún vivía en Star Island. Se decía que tenía cien años; y nada más macabro, en forma de humanidad, me ha tocado contemplar jamás; tan enjuto, moreno y antiguo, podría haber sido Matusalén, pues nadie sabía cuánto tiempo había vivido en este planeta rodante. Años antes de morir solía remar hasta nuestro faro, en plácidos días de verano, y, observándolo con la curiosidad de un niño, me preguntaba cómo seguía con vida. Unos pocos cabellos blancos se aferraban a su amarilla coronilla, y sus ojos pálidos, "donde lo azul se había vuelto blanco", miraban vacíos y cansados, como intentando apenas ver el final de las cosas de este mundo. Alguien, probablemente la vieja Nabbaye, en cuya cabaña vivía, siempre lo restregaba con jabón suave antes de que emprendiera su travesía, y como consecuencia un brillo casi sobrenatural cubría su frente desnuda. Su mandíbula inferior tenía la desagradable costumbre de caer, tan débil y anciano era, ¡pobre desdichado! Sin embargo, se iluminaba con un débil intento de sonrisa cuando le ponían pan y carne en las manos, y repetía una y otra vez: "Usted es cristiana, señora; gracias, señora, gracias", metiendo todo lo que le daban, fuera lo que fuera, entre su

única prenda superior—una camisa a cuadros—y su piel desnuda, y luego, como expresión de gratitud, entonaba un quejumbroso temblor de:

"Sobre las aguas y por la pradera,
voy donde Charlie se encuentra."

con una voz tan quejosa como una gaita escocesa.

La vieja Nabbaye, y Bennaye, su esposo, con quienes vivía Peter, eran una pareja extraña. Nabbaye tenía un ralo y desigual crecimiento de cabellos grises en la barbilla, lo que le daba un aspecto muy severo y terrible, tal como la recuerdo, con los mechones canosos sobresaliendo alrededor de su cabeza como una de las Furias. Sin embargo, era una mujer lo bastante buena, amable con Peter y Bennaye, y mantenía su pequeña cabaña tan ordenada como podía. Recuerdo bien el crujido de la arena brillante en su piso restregado bajo mis pasos infantiles. La familia subía de noche por una escalera a un altillo, que compartían con su pequeño rebaño de aves, para dormir. Pasando por la casa una tarde, alguien oyó a Nabbaye gritar a Bennaye allá arriba: "¡Ven, Bennaye, tráeme esos huevos de las gallinas!" A lo que Bennaye respondió: "¡No encuentro ningún huevo! ¡He buscado en la cama y debajo de la cama, y no encuentro ningún huevo!"

Hasta que Bennaye se volvió muy débil, cada noche de verano salía en su dory a pescar merluza, y solitario se veía, balanceándose entre las olas, cuando nuestra barca se acercaba y lo pasaba con un saludo que él apenas devolvía, mientras nosotros avanzábamos ligeros por la estela de la luz de la luna, jóvenes y felices, gozando de la belleza de la noche, mientras el pobre Bennaye solo contaba sus ganancias en las lúgubres merluzas que atrapaba, sin reparar en los rubíes que el faro esparcía sobre las olas, ni en cómo la luna derramaba plata ante él. No le importaba el toque del viento balsámico que soplaba sobre su rostro curtido con el mismo dulce saludo que tanto nos alegraba, sino que pescaba y pescaba, vigilando su línea durante la corta noche de verano, y, cuando un rubor de amanecer se alzaba en el este entre las estrellas, recogía sus

aparejos, tomaba los remos y remaba de regreso a Nabbaye con su botín,—su "carga de pescado", como dicen los nativos. La pesca de merluza de esta pintoresca y tediosa manera ya ha desaparecido; las islas están rodeadas de palangres, que atrapan más peces en una sola noche de los que se podían obtener en una semana de arduo trabajo manual.

Cuando el polvo de Bennaye y Nabbaye se mezcló en la delgada tierra que apenas puede cubrir la multitud de muertos en Star Island, una joven pareja, en la que tuve gran interés, ocupó su pequeña casa. La mujer era notablemente hermosa, con una bella cabeza y abundantes cabellos negros, un rostro regular como el de una estatua griega, con ojos chispeantes y mejillas encendidas,—una belleza que pronto cambió por un aspecto demacrado y hundido. A medida que nacían sus hijos me pedían consejo sobre el bautizo de cada uno, y, siendo joven y romántico, sugerí Frederick como un título sonoro para el primogénito. Taylor siendo el presidente reinante, su nombre fue añadido de inmediato, y el niño siempre fue llamado por su nombre completo. Pasando por la casa un día, mis oídos fueron asaltados por un grito agudo: "¡Frederick Taylor, si no entras a la casa en este instante, te voy a reventar la cabeza!" La tierna madre tomó su expresión de los pescadores, que desprenden la caballa y otros peces de agallas delicadas "sacudiéndolos" del anzuelo.

Toda esta familia se ha ido, y la casa en la que vivieron ha caído en ruinas; solo queda el sótano, apenas una ruda cavidad como las que se encuentran esparcidas por Appledore.

La gente de la costa suele mirar por encima del hombro a los isleños de Shoals, como si estuvieran más allá de los límites de la civilización. Un joven isleño expresaba su opinión sobre cierto asunto a un nativo de Rye, quien le respondió con gran desdén: "¡Tú no sabes nada de eso! ¿Qué sabes tú? Nunca has visto un manzano todo florecido." Un isleño, caminando con algunos amigos por un camino en Rye, provocó carcajadas inextinguibles al aferrarse a la manga de su compañero cuando un sapo saltó inocentemente por el sendero, y exclamar: "¡Señor Berraye, qué clase de bicho llama usted a eso? ¡Maldita sea si alguna vez he visto un bicho como ese, señor Berraye!", en un terror cómico. En las Shoals

no hay ni ranas ni sapos. “Siéntense y sírvanse ustedes mismos”, dijo un viejo en cuya puerta aparecieron algunos invitados de las Shoals a la hora de la cena. “Coman todo lo que puedan. Yo no tengo modales; la muchacha es la que tiene los modales, y no está en casa.”

Un viejo isleño, hace tiempo ido a otro mundo, fue un personaje risible y curioso. Nunca vi a un hombre que cumpliera tan maravillosamente con la palabra homely en el sentido yanqui. Tenía los pómulos más grandes y deformes que jamás se hayan construido, un labio superior interminable, dientes que mejor no mencionar, y pequeños ojos acuosos. Piel, cabello, ojos y boca eran del mismo amarillo pastoso, y aquella grotesca cabeza estaba puesta sobre un cuerpo pequeño, delgado y vacilante. Solía ser el cantante principal en la iglesia, y “entonaba la melodía” silbando cuando el pastor había leído el himno. Entonces todos los que podían se unían al canto, lo cual debía ser notable, por decir lo menos. Tan gran poder de fanfarronería rara vez se encuentra en un ser humano como el que lo impregnaba de pies a cabeza, y que encontraba salida en historias de proezas personales y valentía sin igual en la historia. Solía contar una historia de su encuentro con trece “grandees españoles” en Nueva Orleans, habiendo sido marinero gran parte de su vida. Estaba inocentemente mirando dentro de un teatro, cuando los “grandees” cayeron sobre él por el excesivo orgullo de sus corazones. “Pues, señor, me volví, y tumbé a seis de esos grandees a la derecha y siete a la izquierda, y luego me lancé hacia el viejo bergantín, ¡y no volví a oír nada de ellos!”

Se consideraba a sí mismo inigualable como músico, y podía cantar balada tras balada, sentado inclinado hacia adelante con los brazos sobre las rodillas, y los párpados arrugados fuertemente apretados, sacando la melodía con una tranquila firmeza de propósito que parecía anunciar que no había fin para sus capacidades. Baladas de amor y de guerra cantaba,—las hazañas de “Brave Wolf”, o, como él lo pronunciaba, “Brahn Wolf”, y una famosa canción de una batalla naval, de la cual solo dos versos permanecen en mi memoria:

“Con dieciséis cañones de bronce de diecinueve el León rugió,

con diecinueve cañones de bronce de veinte el Tigre bramó."

Al final de cada verso invariablemente bajaba la voz, y decía, en lugar de cantar, la última palabra, lo cual producía un efecto abrupto y sorprendente, al que un oyente nunca podía acostumbrarse. La inmortal balada de Lord Bateman la había remodelado con hermosas variaciones propias. El nombre de la doncella esquiva, la única hija del turco, Sophia, era Susan Fryan según su versión, y Lord Bateman se metamorfoseaba en Lord Bakum. Cuando Susan Fryan cruza el mar hasta el castillo de Lord Bakum y golpea tan fuerte que las puertas resuenan, él hace que el joven y valiente portero, tan dispuesto a dejarla entrar, vaya a su señor, que está banqueteando con una nueva esposa, y diga:

"Siete largos años he cuidado su puerta, señor,
siete largos años de veintitrés,
pero tan bella criatura como la que ahora espera
nunca antes mis ojos vieron.
"Oh, tiene anillos en cada dedo,
y alrededor de su cintura si tiene uno, tiene tres;
oh, estoy seguro de que lleva más buen oro consigo
que compraría a su esposa y a su compañía."

El deleite con que interpretaba esta canción era encantador de presenciar. De las muchas que solía cantar, una era una triste historia de cómo un joven de alto rango se enamoró de la hermosa doncella de su madre, Betsy, quien en consecuencia fue inmediatamente transportada a tierras extranjeras. Pero ¡ay de su amante!:

"Entonces cayó enfermo y casi murió;
su madre lloraba junto a su lecho,
pero todo su llanto fue en vano,
pues Betsy estaba arando el embravecido mar."

La palabra main (mar) la pronunciaba con un efecto sorprendente. Otra canción sobre un molinero y sus hijos apenas la recuerdo:

"El molinero llamó a su hijo mayor,
diciendo: 'Ahora mi reloj de arena casi se ha agotado,
si a ti te confío el molino,
¿qué parte de la molienda aceptas tomar?'
"El hijo respondió: 'Mi nombre es Jack,
y de un bushel tomaré un celemín.'
'¡Vete, vete, necio!', gritó el viejo,
y llamó al siguiente a su lecho.
"El segundo dijo: 'Mi nombre es Ralph,
y de un bushel tomaré la mitad.'
'¡Vete, vete, necio!', gritó el viejo,
y llamó al siguiente a su lecho.
"El más joven dijo: 'Mi nombre es Paul,
y de un bushel lo tomaré todo.'
'¡Tú eres mi hijo!', gritó el viejo,
y cerró los ojos y murió en paz."

La manera en que este último verso era interpretado era inimitable, el "murió en paz" dicho con gran satisfacción. El cantante tenía un violín antiguo, que solía abrazar bajo su barbilla arrugada, y del cual sacaba tonos tan lúgubres como nunca antes se habían oído en mar o tierra. No tenía más idea de tocar que uno de los bacalaos que diariamente abría y salaba, y sin embargo bautizaba con orgullo todos los chillidos y lamentos que arrancaba del desdichado instrumento con diversos títulos rimbombantes. Después de haber entretenido a su audiencia un rato con esos sonidos sin rumbo, solía decir: "Bueno, ahora les daré la Marcha del Príncipe

Esterházy", y acto seguido comenzaba de nuevo exactamente el mismo chirrido intolerable.

Después de que murió, otras estrellas en el mundo musical aparecieron en el horizonte, pero ninguna lo igualó. Todos parecían pensar que era necesario cerrar los ojos y retorcerse como nada humano durante el proceso de cantar una canción, y "entonaban la melodía" tan alto que ninguna voz humana podía esperar alcanzarla con seguridad. "Demasiado alto, Bill, demasiado alto", decía uno al cantante, con lenta solemnidad; así que Bill lo intentaba de nuevo. "Otra vez demasiado alto, Bill, demasiado alto." "Bueno, inténtalo tú, Obed", decía Bill desesperado; y Obed lo intentaba, alcanzando exactamente la misma altitud imposible, ante lo cual Bill se golpeaba la rodilla y exclamaba con alegre sorpresa: "¡Maldita sea si no lo logró!" Y entonces Obed se lanzaba en su arriesgado vuelo, enrojeciendo el rostro con el enorme esfuerzo de subir hasta allí y permanecer en esa altura a través de las intrincadas variaciones de la melodía. Uno no podía sino preguntarse de dónde venían esas extrañas tonadas, —cómo se habían creado; algunas recordaban el crujido y gemido de cabrestantes y mástiles, el traqueteo de los toletes, el silbido del viento entre los cordajes, aunque con menos música que esos sonidos naturales. Las canciones de los marineros alzar el ancla son realmente hermosas a menudo, el canto salvaje que a veces se eleva en un gran coro, todas las voces fuertes llevadas por el viento en el grito de:

"¡Yo ho, el rugiente río!"

Pero estas interpretaciones de las Shoals carecen de encanto, salvo el de la diversión más burda.

El proceso de secado especial (dunning), que hizo tan famoso al pescado de las Shoals hace un siglo, es casi un arte perdido, aunque el pescador principal de Star todavía "seca" algunos cada año. Un verdadero dunfish es hermoso, cortado en tiras transparentes, del color del vino jerez marrón. El proceso es tedioso: los peces se apilan en el almacén y pasan por un período de "sudado" después del primer secado, luego se sacan al sol y al viento, se secan de nuevo ligeramente, y se vuelven a apilar en el almacén, y así hasta que el proceso se completa. Secar

pescado de la manera común es más difícil de lo que se imagina: es necesario vigilarlos y atenderlos continuamente mientras yacen en los pintorescos tendederos (flakes), y si se exponen demasiado pronto a un sol demasiado fuerte se queman tan seguramente como un pan en un horno descontrolado, solo que la quemadura no los crispa, sino que licúa su sustancia.

Durante los últimos diez años los peces se han capturado en las Shoals con palangre y red de cerco en tales cantidades que se están agotando rápidamente, y el comercio promete ser mucho menos lucrativo antes de que pasen muchos años. El proceso de recoger el palangre es muy pintoresco e interesante, visto desde las rocas o desde la propia embarcación. Se recoge la boya, y luego siguen los anzuelos cebados uno tras otro. Primero, quizá, un rockling muestra su brillante cabeza sobre el agua; un tirón, y entra aleteando, con brillantes aletas rojas extendidas, boca abierta, ojos color índigo y piel ricamente moteada: unos cuantos saltos inútiles, y se desploma en viscosa derrota. Luego, quizá, un gran caracol marino es lanzado al bote; después un eglefino gris plomizo, con su franja oscura a cada lado; luego, quizá, algunos anzuelos vacíos; luego una merluza, con horrenda boca cavernosa; luego una gran estrella de mar púrpura, o un cangrejo ruidoso; luego un ling, una pieza de fealdad amarillo-marrón y de boca ancha, nunca comida aquí, pero muy apreciada en la costa de Escocia; luego más bacalao o eglefino, o quizá una langosta, erizada de indignación por la nueva situación en que se encuentra; luego un cusk, largo, liso, compacto y oscuro; luego un pez gato. ¡De todos los demonios encomiéndenme al pez gato como el más demoníaco! Negro como la noche, con piel gruesa y horrible, que bajo el agua parece verde mohoso apagado, una cabeza tan parecida a la de un gato como la de un pez puede serlo, en la cual los propios ojos del diablo parecen brillar con un apagado fulgor malicioso,—¡y qué boca! Qué terribles expresiones llevan estas criaturas frías de un lado a otro en los vastos y sombríos espacios del mar. Todos los peces tienen un aspecto más o menos imbécil y desdichado; pero este parece absolutamente maligno, y Schiller bien podría decir de él que “ríe a través de la reja de sus dientes puntiagudos”, y son agudos y mortales; todos se cuidan las botas cuando un pez gato cae dentro,

pues muerden cuero, carne y huesos. Sujetan una piedra de lastre entre sus mandíbulas, y sus dientes chasquean y vuelan en todas direcciones. Los he visto morder la hoja larga de un cuchillo afilado tan ferozmente que, al levantarlo y sostenerlo en alto, mantenían su furioso agarre, colgando y aleteando con todo su torpe peso, suspendidos por los dientes de la hoja.

Los sculpins abundan, y son una molestia en los palangres. Feos y grotescos como son los adultos, no hay nada entre la tribu de aletas más delicado y encantador que el sculpin bebé. A veces, en una poza de agua cristalina, uno se encuentra con él inesperadamente,—una criatura de hadas, del color de una rosa sonrojada, rayada y moteada con plata y verde brillante, suspendida en el agua casi invisible como un ave en el aire, con amplias aletas transparentes teñidas de un leve rosa, extendidas como alas para sostener la forma flexible. La curiosa cabeza es solo extraña, no aún horrible, y uno contempla maravillado toda la belleza prodigada en un ser de tan poco valor.

El pez lobo, primo del pez gato, también se encuentra en los palangres; y los tiburones perro, con hocicos puntiagudos y pieles como papel de lija, abundan tanto que a veces ahuyentan todo lo demás. Los sand-dabs, una especie de lenguado, fijan sus cuerpos perezosos a los anzuelos, y algunos hermosos peces rojos, llamados besugos, se encuentran ocasionalmente; también algunos peces azules y tiburones; con frecuencia halibuts,—aunque estos últimos se capturan generalmente en palangres hechos especialmente para ellos. A veces se atrapa en un palangre una criatura monstruosa de aspecto horrible, llamada pez nodriza,—un pez inmenso de quinientos kilos, con piel como un rallador de nuez moscada y sin dientes,—una especie de chupador, de ahí su nombre. Pregunté a un isleño cómo era el pez nodriza, y respondió de inmediato: “¡Como el Diablo!” Uno de quinientos kilos tiene “dos barriles de hígado”, como dicen los nativos, muy valioso por el aceite que contiene.

Un pescador describió una criatura que llaman anguila de barro,—de medio metro de largo, con boca como de rata y dos dientes. La mordida de esta serpiente de agua es venenosa, aseguran los isleños, y cuentan la historia de un hombre mordido por una en Mount Desert el año pasado, “que no vivió lo

suficiente para llegar al médico." Muerden los anzuelos del palangre, y son sacadas en un bulto de barro, y los hombres cortan las cuerdas y destrozan sus líneas para librarse de ellas. Los enormes peces luna a veces son arponeados, flotando en la superficie,—un bulto de carne como pulpa de coco envuelto en una piel como tela de caucho, con una vaga y miserable insinuación de rostro, absurdamente desproporcionado al tamaño del cuerpo, burdamente delineado en el borde. Los peces espada también son arponeados, de más de 360 kilos; son un alimento muy delicado. Un pez espada nadando deja una estela de un kilómetro en un día calmo, y confunde la imaginación haciéndola creer en serpientes marinas. Hay una leyenda de que alguna vez se atrapó un torpedo aquí; y el thrasher, tiburón zorro o zorro marino, ocasionalmente alarma al pescador con su tremenda cola flexible, que alcanza "desde la borda hasta la punta del palo mayor" cuando la criatura sale a la superficie. También cuentan de skip-jacks que saltaron a bordo de sus barcos de noche mientras pescaban merluza, —"cositas del tamaño de ratones, largas y delgadas, con picos como de aves."

A veces una enorme caballa de caballo se revuelca y encalla en un arrecife, para que las gaviotas griten sobre ella durante semanas. Las caballas, arenques, porgies y shiners solían abundar antes de que las redes de cerco los diezmaran tanto. El bonito, el pez azul y el tiburón perro ayudan a ahuyentar las variedades más valiosas. Es una vista encantadora ver cómo se recoge una red de arenques, especialmente a la luz de la luna, cuando cada pez cuelga como una larga gota de plata de las mallas cerradas. Las percas se encuentran en cantidades inagotables alrededor de las rocas, y a veces se atrapan peces mantequilla o lumpfish; los pollock son muy abundantes,—criaturas suaves, gráciles y esbeltas. Fascina verlos dar volteretas en el agua cerca de la orilla en las mareas llenas, o seguir una barca al atardecer, rompiendo el oro fundido de la superficie del mar con aletas y colas centelleantes de plata. El pez timón se encuentra a veces, así como alewives y menhaden. Los ballenas son más o menos abundantes en verano, "lanzando sus fuentes de espuma en el mar." Hermosa es la columna brillante de agua que se eleva de repente a lo lejos y cae silenciosamente de nuevo. No hace mucho, una ballena enredó su cola en el cable de la goleta

Vesper, que estaba al este de las Shoals, y remolcó la nave varias millas, a razón de veinte nudos por hora, con el agua hirviendo sobre ella de proa a popa.
El invierno pasado algunos isleños estaban recogiendo un palangre entre las Shoals y Boone Island, a quince millas al este. Al ir sacando la línea y liberando cada anzuelo de su carga, ¡he aquí! un horror se levantó medio sobre la superficie,—parte de un cuerpo humano, que se desprendió de los anzuelos y desapareció, mientras ellos se estremecían y se miraban unos a otros, horrorizados ante la espantosa visión.
Los marsopas se ven en todas las estaciones. Nunca vi una lo bastante cerca como para conocer su expresión, pero siempre me pareció que estos peces llevaban una vida más alegre que la mayor parte de su raza, y creo que deben mostrar rostros menos abatidos que la mayoría de los habitantes del mar. Juegan tan deliciosamente en la superficie, y se zambullen pesadamente una y otra vez con tal aparente alegría y satisfacción. Recuerdo haber salido una noche de verano sin luna más allá de la isla del faro, en un pequeño bote lleno de jóvenes alegres. El mar estaba como aceite, el aire espeso y cálido, ninguna estrella rompía la oscuridad superior, solo de vez en cuando el faro arrojaba su senda enjoyada sobre el agua, y a través del aire denso sus largos rayos se extendían arriba, girando solemnemente, como los radios luminosos de una rueda gigantesca, mientras las lámparas giraban lentamente. Había habido mucha charla y canto y risas, mucho jugar con las cálidas olas (o más bien suaves ondulaciones del mar, pues no había un soplo de viento que hiciera una rizada), que se rompían al toque en un fuego fosforescente verde pálido. Hermosos brazos, desnudos hasta el hombro, se hundían en la oscuridad líquida, brillando en plata y oro llameante; de los dedos que jugaban debajo parecía brotar fuego; chispas esmeralda se adherían a las telas húmedas; y una pala de remo salpicante revelaba a medias dulces rostros y brillantes ojos juveniles. De repente llegó una pausa en la charla y el canto y la risa, y en el silencio inusual parecía que esperábamos algo. De pronto, de la oscuridad vino un lento y tremendo suspiro que nos hizo estremecer en el aire suave, como si toda la pena y el terror del mar se condensaran en ese inmenso y terrible aliento; y tomamos

nuestros remos y nos dirigimos a casa, con los fuegos extraños destellando desde la proa y las palas. “Solo una marsopa soplando”, dijeron los entendidos cuando contamos nuestra historia. Puede haber sido “solo una marsopa soplando”; pero el propio leviatán difícilmente habría producido un sonido más prodigioso.

Dentro de los encantadores límites del verano es hermoso vivir casi en cualquier lugar; más hermoso donde el océano se encuentra con la tierra; y aquí particularmente, donde todo el esplendor cambiante del mar rodea el sitio, y el incesante vaivén de las mareas trae un continuo frescor a la vida de cada día. Pero el verano llega tarde y despacio; y mucho después de que el continente ha comenzado a florecer y sonreír bajo la influencia de la primavera, los amargos vientos del noroeste aún barren el agua fría y verde alrededor de estas rocas, y desgarran su superficie en largas y relucientes olas desde la mañana hasta la noche, y de la noche a la mañana, durante muchas semanas. Ninguna hoja rompe el suelo helado, y ningún brote se hincha en los arbustos ásperos que cubren las laderas. Pero si el verano es tardío en su llegada, compensa con la hermosura de su permanencia hasta el otoño; pues cuando el orgullo de los árboles y las flores es despojado por la escarcha en tierra firme, los pequeños jardines aquí resplandecen en su mayor brillo, y día tras día de esplendor suave cae como una bendición de la mano de Dios.

En las primeras mañanas de septiembre las brumas se apartan de las profundidades de los valles interiores, y ascienden al cielo occidental diáfano,—altas columnas y torres de nube, sólidas, compactas, soberbias; sus puras y blancas cabezas brillantes elevadas en el éter, solemnes, majestuosas y quietas, hasta que alguna brisa errante perturba su contorno perfecto, y se disuelven por los cielos en fragmentos dispersos a medida que avanza el día. Luego hay mañanas cuando “todo en el azul, sin nubes” la línea costera aparece tan distinta que casas, árboles, trozos de playa blanca, son claramente visibles, y con un catalejo se distinguen formas en movimiento de carruajes y ganado a nueve millas de distancia. En el aire transparente los picos de los montes Madison, Washington y Jefferson se ven claramente a cien millas de distancia. En la

primera luz incluso el color verde de los árboles es perceptible en la costa de Rye.

Durante estos días tranquilos el aire está lleno de vilanos errantes, la vara de oro del interior ondea sus plumas, y junto al borde del agua, en grietas rocosas, su hermana marina florece en colores magníficos; los escaramujos enrojecen, el iris abre sus brillantes cofres y esparce sus semillas apretadas, las bayas grises se agrupan en los arbustos de mirto, la siempreviva dulce envía su maravilloso y delicioso aroma, y los pálidos ásteres extienden sus flores en racimos multicolores.

A lo largo de octubre y hasta noviembre dura el tiempo apacible y suave. Al primer soplo de octubre, la ladera en Appledore se enciende con el carmesí vivo de los arbustos de arándano, como si se hubiera aplicado una antorcha encendida; la luz inclinada al amanecer y al atardecer proyecta una gloria maravillosa sobre ella. El cielo profundiza su azul; bajo él el brillante mar resplandece en violeta, y destella en espléndido púrpura donde el "tide-rip", o vientos arremolinados, trazan largas franjas sobre su superficie (los poetas no se equivocan al hablar de "mares púrpura"); el aire es claro y chispeante, la encantadora neblina veraniega se retira, todo toma un contorno nítido y delicado, y el grito del zarapito y el chorlito es doblemente dulce en el aire puro y fresco. Luego los atardeceres arden en cielos claros y tranquilos, o flamean en magníficas acumulaciones de nubes. Alguna noche una larga barra yace, como una brasa humeante, a lo largo del horizonte, carmesí profundo donde el sol la ha tocado; y de esa barra estalla un repentino vendaval antes del amanecer, y comienza a rugir una furia y tumulto espléndidos.

Entonces llega el tiempo variable,—vientos salvajes y olas apresuradas, nubes bajas y veloces, lluvias tremendas que lo ocultan todo; y las rocas yacen agitadas entre el mar y el cielo, con el breve fuego de las hojas apagado y arrastrado en la ladera,—solo viento impetuoso y agua torrencial por todas partes, como si un segundo diluvio inundara el mundo.

Después de tal lluvia viene un vendaval del sureste para despejar el cielo,—un vendaval tan furioso que arranca las velas de las costuras, si alguna nave tiene la

desgracia de ser atrapada con un jirón de lona arriba; y la costa queda sembrada de los restos de tales embarcaciones atrapadas en la costa de sotavento, pues

"Las anclas arrastran, y los palos mayores se doblan,"

y nada puede resistir esta terrible y ciega furia. Es sobrecogedor escuchar el chillido de tal viento, aun estando seguro sobre una roca que no puede moverse; y más terrible es ver la destrucción que uno no puede evitar.

A medida que el aire se enfría, curiosos efectos atmosféricos se hacen visibles. Al primer frío mordiente la distante tierra firme parece levantada de sus pies,—la línea encogida y distorsionada, separada del agua en ambos extremos: es como si uno mirara debajo de ella y viera el cielo más allá. Luego, en brillantes mañanas con viento vivo, pequeñas ráfagas de neblina se elevan entre las rápidas y cortas olas, y se disipan antes del mediodía. En algunos períodos de frío intenso estas neblinas, que nunca forman bancos como la niebla, se elevan en columnas irregulares y arremolinadas que alcanzan las nubes,—fantasmas sombríos, desgarrados y salvajes, que pasan como los espectros de Ossian, solemnes y silenciosos durante el día amargo. Cuando el sol desciende detrás de estas extrañas procesiones, con una luz rojo oscura y lúgubre, es como una vasta conflagración, maravillosa y terrible de ver. Las columnas, que golpean y caen a través de la isla, barren contra las ventanas con un sonido como de arena, y yacen en el suelo en crestas, como granizo fino y agudo; sin embargo los cielos están claros, el mar pesadamente agitado verde oscuro y blanco, y, entre las crestas rompientes, las columnas brumosas se elevan hacia el cielo.

A veces un vapor totalmente distinto, como humo frío y negro, se derrama desde la tierra, y fluye sobre el mar hasta una distancia desconocida, tragándose las islas en su camino. Su aproximación es horrible de presenciar. "Está todo espeso de vapor negro", anuncia algún isleño al entrar desde afuera; así como dicen, "Está todo espeso de espuma blanca", cuando el repentino chubasco desgarra el mar en flecos de rocío.

En diciembre los colores parecen desvanecerse del mundo, y prevalece una absoluta aspereza. El gran mar fresco, susurrante, delicioso, que nos rodeó con mil caricias durante el hermoso verano, se convierte lentamente en nuestro

hosco e inveterado enemigo; plomizo yace bajo un cielo como de estaño, y arroja su "espuma blanca, fría, pesada y arrolladora" contra una costa de hierro. Cada isla viste su cinturón blanco de hielo entre las mareas crecientes y decrecientes (ribeteado de negro en bajamar, donde se expone el alga más baja), haciendo que las severas rocas desnudas arriba sean más imponentes por su contraste con esa blancura rígida,—y la blancura del hielo de agua salada es espantosa. Nada se mueve afuera, salvo quizá

"Un ave marina solitaria cruza,
con un solo batir de ala,"

ante tu vista, mientras miras desde alguna ventana incrustada de rocío; o contemplas las goletas curtidas por el clima arrastrándose a lo largo de la difusa línea costera desde el Cabo Elizabeth y los puertos del norte de Maine hacia el Cabo Ann, cargadas de madera o cal, y a veces, raramente, de heno o provisiones.

Una vez que el invierno se ha establecido por completo, los solitarios habitantes de las Isles of Shoals encuentran la vida tan exigente como pueden soportar, estando tan completamente entregados a sus propios recursos que se requiere toda la filosofía de que disponen para responder a la demanda. En el poblado, donde varias familias forman una pequeña comunidad, debería haber diversos intereses humanos más allá de cada hogar; pero de su modo de vida sé poco. En tres de las islas viven familias aisladas, separadas por el "profundo siempre obediente al viento" unas de otras y del continente, a veces durante semanas enteras, cuando los vendavales son más feroces, sin cartas ni contacto con ningún ser vivo. Algún día sombrío de diciembre comienza a caer la nieve, y el último toque de desolación se posa sobre la escena; no queda nada más que nieve blanca y agua oscura, cercadas por un horizonte turbio; y nada se mueve ni suena dentro de ese círculo salvo el mar golpeando ásperamente la costa, y el viento helado que barre el lugar.

Hacia la noche el viento comienza a levantarse, la nieve gira y se acumula, y se aferra dondequiera que encuentra reposo; y aunque mucho se arrastra con el viento, queda lo suficiente para sepultar la roca y hacer casi imposible moverse

sobre ella. A veces los montones son muy profundos en las hondonadas; un invierno, dieciséis ovejas quedaron enterradas en un ventisquero, donde permanecieron una semana, y, extraño decirlo, solo una estaba muerta cuando fueron descubiertas. Uno se acuesta con el rugido amortiguado de la tormenta, y despierta para encontrarla aún rugiendo con furia insensata; todo el día continúa; hacia la noche la cortina de copos que caen se retira, una luz tenue aparece al oeste; lentamente las nubes se agrupan, el cielo se ilumina con un azul pálido y claro sobre la tierra, el viento ha girado al noroeste, y la tormenta ha terminado. Cuando las nubes son barridas por la escoba del implacable noroeste, ¡cómo brillan las estrellas en el cielo helado! ¡Qué maravillosos resplandores de auroras boreales iluminan la oscuridad invernal! He visto el cielo a medianoche carmesí, esmeralda, naranja y azul en láminas palpitantes a lo largo de todo el hemisferio norte, o rosado hasta el cénit, o ceñido con una barra de luz amarilla sólida de este a oeste, como si el mundo fuera una cesta y aquella la dorada asa.

El clima se vuelve de primera importancia para los habitantes de la roca; los cambios del cielo y del mar, el ir y venir de los pequeños barcos costeros, las visitas de las aves marinas, el amanecer y el ocaso, la luna cambiante, las auroras boreales, las constelaciones que giran en esplendor a través de la noche invernal, —todo se observa con un amor y una atención cuidadosa que rara vez se da entre quienes viven en lugares populosos. Uno se acostumbra al aspecto de las constelaciones, y parecen los rostros de viejos amigos mirando desde la imponente negrura; y cuando en verano desaparece el gran Orión, ¡cuánto se extraña en el cielo! Recuerdo el deleite con que atrapamos un vistazo del planeta Mercurio, en marzo de 1868, siguiendo de cerca al sol poniente, brillando rojizo en el horizonte enrojecido,—un extraño misterioso y completamente desconocido hasta entonces.

Estas cosas forman nuestro mundo: no hay conferencias, óperas, conciertos, teatros, ni música de ningún tipo, salvo lo que las olas puedan susurrar en raros momentos de suavidad; no hay galerías de maravillas como las salas de Historia Natural, en las que es tan fascinante vagar; no hay calles, tiendas, carruajes, ni

cartero, ni vecinos, ni un timbre de puerta en todo el lugar. Nunca la vida estuvo tan libre de interrupciones. Las ocho o diez pequeñas goletas que realizan la pesca invernal, volando de un lado a otro entre espuma y chubascos para colocar y recoger sus palangres, en raros intervalos traen correo,—una acumulación de cartas, revistas y periódicos que requiere mucho tiempo para leer. Esta es la mayor emoción de los largos inviernos; y nadie puede apreciar verdaderamente el deleite de las cartas hasta que ha vivido donde solo puede oír de sus amigos una vez al mes.

Pero incluso la mente humana mejor equilibrada tiende a perder su elasticidad y estancarse en tal aislamiento. Uno aprende de inmediato el valor del trabajo para mantener la mente clara, alegre y firme; tanto trabajo físico como pueda soportar sin fatiga es siempre beneficioso, pero aquí indispensable. Y en este asunto las mujeres tienen ventaja sobre los hombres, condenados a cruzarse de brazos cuando sus tareas terminan. Ninguna mujer necesita jamás tener un minuto vacío,—hay tantas cosas agradables y útiles que puede, y debería, hacer. ¡Bendito sea el hombre que inventó el tejido! (Nunca oí que una mujer inventara esto ni ningún otro arte.) Es la más encantadora y pintoresca de las ocupaciones tranquilas, dejando a la tejedora libre para leer en voz alta, conversar o pensar, mientras constante y seguramente bajo los dedos veloces crece la cómoda media.

Nadie puede imaginar el encanto que hay en cuidar mascotas, aves cantoras, plantas, etc., con tales ventajas de soledad; cómo cada hoja y brote y flor se examina, se admira y se ama. Un invernadero entero, lleno de azaleas y brillante con bosques de camelias y cada exótico precioso que florece, no podría impartir tanto deleite como el que he conocido en una sola rosa, desplegándose en la amarga crudeza de un día de febrero, cuando este lado del planeta parecía haber llegado a su culminación de desesperanza, con las Isles of Shoals como la mota más desesperanzada sobre su superficie. Uno se acerca al corazón de estas cosas; son casi tan preciosas como Picciola para el prisionero, y brindan un gozo fresco y constante, tal como los habitantes buscadores de placer de las ciudades no podrían hallar en toda su ronda de diversiones cambiantes.

Con un interior luminoso y alegre, fuegos encendidos, libros y cuadros, ventanas llenas de plantas florecientes y enredaderas trepadoras, una familia de aves cantoras, abundante trabajo, y una mente clara y una conciencia tranquila, sería difícil no ser feliz incluso en tal soledad. Los libros, por supuesto, son inestimables. En ningún lugar se sigue una obra de Shakespeare con mayor entusiasmo, pues trae consigo el mundo entero, que tanto necesitas; doblemente preciosos los profundos pensamientos que los sabios nos han dado para ayudarnos,—doblemente dulces las canciones de todos los poetas; pues nada se interpone para distraerte.

Uno comprende lo difícil que fue para Robinson Crusoe llevar el registro de sus días solitarios; pues incluso en una familia de ocho o nueve personas la sucesión se mantiene con dificultad. Recuerdo que, después de un sábado inusualmente ocupado, cuando el trabajo doméstico estaba hecho, las lecciones dichas, y la familia esperaba el domingo y el merecido descanso, al atardecer llegó un joven de Star Island con algún recado a nuestra puerta. Alguien le dijo: "Bueno, Jud, ¿cuántos peces han atrapado hoy en Star?" Jud miró de reojo y respondió, como quien no quiere que lo tomen a la ligera: "¡Nosotros no pescamos los domingos!" Así perdimos nuestro domingo, creyendo que era sábado; y al día siguiente comenzó el trabajo habitual, sin pausa de refrescante descanso entre medio. Aunque el termómetro dice que aquí es doce grados más cálido en invierno que en el continente, la diferencia apenas se percibe,—la situación es tan desolada, mientras los vientos del norte y del oeste muerden como demonios, con todo el aliento amargo del continente nevado condensado en su mortal frío. Los vendavales del este y del sur son más suaves; no tenemos vientos del este como los que entristecen a la humanidad en tierra firme; aquí se templan en dulzura por algún misterioso medio. A veces hay períodos de frío que, aunque no intenso (el mercurio rara vez baja de −11 ℃), son de tan larga duración que los peces mueren en el mar. Esto ocurre con frecuencia con las percas, cuyos cuerpos muertos cubren las orillas y flotan en el agua en masas. A veces se forma hielo en la boca del río Piscataqua, que, continuamente roto en bloques

desiguales por la marea impetuosa y la inmensa presión del océano exterior, llena el espacio entre las islas y la costa, de modo que es muy difícil forzar un bote a través. Las pocas goletas amarradas alrededor de las islas se cargan tanto de hielo que a veces se hunden; cada zambullida en las olas agresoras añade una nueva costra, infinitamente delgada; pero en veinticuatro horas se acumula lo suficiente para hundir la nave; y es parte del trabajo diario en el clima más frío golpear el hielo,—y duro trabajo es. Cada vez que el bauprés se sumerge, el hombre que se sienta a horcajadas sobre él queda empapado hasta la cintura en el agua helada, mientras golpea la proa para liberar la embarcación fatigada. No puedo imaginar una vida más dura que la que llevan los marineros en invierno en las embarcaciones costeras que van y vienen en interminables procesiones a lo largo de la costa; y parecen ser la gente más ruda bajo el sol,—tan ásperos e imprudentes que no resultan agradables ni siquiera a distancia. A veces desembarcan aquí. Una tripulación de trece o catorce llegó a tierra el invierno pasado; podrían haber sido los fantasmas de los hombres que tripulaban los picaroons que solían infestar estos mares. No se podría imaginar un grupo de aspecto más pirata. Vagaban por ahí, y miraban por las ventanas con rostros brutales curtidos por el clima, y ojos que mostraban rastros de whisky, feos e inconfundibles.

Ningún otro visitante rompe la soledad de Appledore, salvo vecinos de Star de vez en cuando; si alguien está enfermo, envían quizá por medicina o leche; o traen algún pez raro; o si alguien muere y no pueden llegar al continente, vienen a encargar un ataúd. Nunca olvidaré una larga y triste tormenta del noreste, lluviosa y gris, cuando dos hombres remaron desde Star hasta Appledore con este encargo. Un niño pequeño había muerto, y no podían navegar al continente, y no tenían medios para construir un ataúd por sí mismos. Todo el día observé la fabricación de esa pequeña crisálida; y por la noche se clavó el último clavo, y yacía sobre un banco en medio de la viruta del taller, y una curiosa quietud parecía emanar de aquellas tablas inertes. Volví a la casa y recogí un puñado de geranios escarlata, y regresé con ellos bajo la lluvia. Las brillantes flores estaban salpicadas de gotas relucientes. Las coloqué en el pequeño ataúd, mientras el

viento gemía tan tristemente afuera, y la lluvia golpeaba contra las ventanas. Dos hombres llegaron a través de la niebla y la tormenta, y uno cargó la ligera cajita sobre su hombro, y se la llevaron, y la oscuridad creciente descendió y los ocultó mientras se mecían entre las olas. Nunca vi a la pequeña niña, pero sé dónde la enterraron: el faro brilla cerca, y cada noche el rayo tranquilo y constante se desliza hasta su tumba y la toca suavemente, como si dijera, con una caricia: "¡Duerme bien! Sé agradecida de estar a salvo de tanto que veo sufrir a la humanidad, fija aquí para siempre donde yo estoy."

Es estimulante, a pesar del intenso frío, despertar con el brillo que siempre trae el vendaval del noroeste, después del sofocante manto de una prolongada tormenta de nieve. El mar es de un profundo índigo, blanqueado con olas centelleantes por toda la superficie; el cielo está impecable; ninguna nube lo cruza en todo el día; y el sol se pone rojo y claro, sin disminuir el viento. El rocío que vuela en la costa occidental por un momento es rosado cuando el sol poniente brilla a través, pero solo por un instante,—y de nuevo no queda más que la espantosa blancura del hielo de agua salada, la roca fría y gris, la espuma hosca y brava, los cielos implacables, y el viento afilado cortando como un cuchillo. Toda la noche ruge bajo el cielo hueco,—ruge aún al amanecer. De nuevo el día transcurre exactamente igual que el anterior; el sol yace en un resplandor de azogue sobre el agua occidental, se hunde otra vez en el rojo poniente para levantarse en otro día igual; y así continúa, durante semanas a veces, con una pertinacia exasperante que pondría a prueba la paciencia más filosófica. Llega un momento en que ese resplandor de azogue sobre el agua no puede soportarse ni un minuto más. Durante este período ningún bote va ni viene del continente, y los prisioneros en la roca están aislados de todo contacto con sus semejantes. Afuera, solo el ganado se mueve, apiñándose en los rincones más soleados, y rumiando estúpidamente; y las gallinas y patos, que charlan y cacarean y cantan alegremente a pesar del destino y del vendaval del noroeste. Las intrépidas y gráciles gaviotas se elevan en sus fuertes alas sobre los montones de nieve arrojados en las caletas. A veces bandadas de escribanos nivales giran alrededor de la casa y atraviesan la fuerte respiración del viento

con dulces y salvajes gritos. Y a menudo puede verse al espectral búho ártico en una altura, sentado erguido, como una columna de nieve, su gran cabeza redonda girando lentamente de izquierda a derecha, siempre alerta, vigilando las ratas que plagan el asentamiento casi tan gravemente como lo hicieron en Hamelin, en Brunswick, hace quinientos años.

No se sabe cómo llegaron primero las ratas aquí; probablemente algún viejo barco las importó. Viven en parte de mejillones, cuyas conchas yacen en montones alrededor de sus madrigueras, como las conchas de agua dulce con interior violeta que se encuentran alrededor de los nidos de las ratas almizcleras en el continente. Excavan entre las rocas cerca de la orilla, en lugares favorables, y, algo como los topos, hacen galerías subterráneas, de donde salen en la marea baja y, escabulléndose hacia las grietas de las rocas cubiertas de algas, caen sobre los cangrejos desafortunados que encuentran, los matan y devoran. Más de una rata ha encontrado su castigo en esta peligrosa caza, arrastrada al mar y muerta, —ahogada en las garras del cangrejo que intentaba devorar; pues la fuerza de estos crustáceos es realmente asombrosa.

Varias lechuzas nivales rondan las islas durante todo el invierno. Nunca las he oído gritar como otras lechuzas; cuando se alteran o enojan, hacen un sonido como el de una matraca de vigilante, muy fuerte y áspero, o silban con una agudeza intensa, como un ser humano. Su silencio habitual aumenta su aire fantasmal; y cuando al mediodía se sientan, blancas como la nieve sobre los ventisqueros, parpadeando sus ojos amarillos pálidos al sol, son realmente extrañas. Una noche de marzo vi una posada sobre una roca entre mí y los "últimos restos de la puesta de sol ardiendo tenuemente" en el oeste, su curiosa silueta dibujada en negro contra el rojo del cielo, su gran cabeza inclinada hacia adelante, y todo el aspecto meditativo y casi humano en su expresión. Anhelé salir y sentarme a su lado y hablarle en el crepúsculo, preguntarle la historia de su vida, o, si lo hubiera permitido, observarlo sin decir palabra. El plumaje de esta criatura es maravillosamente hermoso,—blanco, con manchas dispersas como pequeñas motas de nube leonada,—y su pico y garras negras son

poderosos y afilados como hierro; literalmente podría atrapar a su amigo, o a su enemigo, con ganchos de acero. Como está vestido con una masa de plumón, sus contornos son tan suaves que parece un enorme copo de nieve al volar; y es un espectáculo digno de ver cuando extiende sus amplias alas y se lanza sobre su presa, silencioso y veloz, con puntería infalible, y la lleva a la roca más alta que encuentra, para devorarla. En verano se encuentra con frecuencia en las alturas una pequeña bola sólida de pelaje plateado y huesos blancos puros, lavados y blanqueados por la lluvia y el sol; es la piel y el esqueleto del ratón en un paquete compacto, que el búho rechaza después de haberlo tragado.

Algún día más tranquilo, quizá con viento del sur, las barcas salen sobre el agua gris y triste tras las aves marinas,—los murres que nadan en pequeños grupos, manteniéndose justo fuera del alcance del disparo, y son tan agresivos que golpean la barca con sus picos, cuando están heridos, en rabia impotente, hasta que son despachados con un remo o con otro disparo; o los kittiwakes,—criaturas exquisitas como formas vivientes de nieve y nube en color, con picos y patas de oro apagado,—que vienen cuando se agita un pañuelo blanco, y revolotean casi al alcance de la mano; o las oldwives, llamadas por los nativos scoldenores, con limpias capuchas blancas; o los torpes patos eider, o las fochas, o los serretas, o lo que encuentren. Los patos negros, por supuesto, se cazan a menudo. Su plumaje negro azabache, brillante, es espléndidamente hermoso, realzado con el ancho pico color llama. Abundan los auks pequeños, los petreles de tormenta, los loons, los zambullidores, los lords-and-ladies, las palomas marinas, los loros marinos, varios guillemots, y toda clase de gaviotas. A veces un águila sobrevuela; los alcatraces hacen visitas ocasionales; la gran garza azul se ve a menudo en otoño y primavera. Una de las aves más impresionantes es el cormorán, llamado aquí shag; de él toma su nombre la roca en Duck Island. Solía ser para mí un objeto de casi temible interés cuando lo veía posado en White Island Head,—una figura solemne, alta y oscura contra las nubes.

Una vez, viviendo en esa isla, en medio de una gran tormenta de otoño, cuando parecía que estábamos entre dos ejércitos contendientes, ensordecidos por el continuo cañoneo de los rompientes, y azotados y golpeados por vientos y

aguas hasta que era casi imposible oírnos hablar, nos dimos cuenta de otro sonido, que penetró en nuestros oídos, trayendo un súbito terror de que fueran voces humanas. Al abrir un poco la ventana, ¡qué salvaje combinación de sonidos entró chillando! Una gran bandada de gansos salvajes se había posado en la roca para ponerse a salvo, y nos rodeaba por completo,—agitados, clamorosos, exhaustos. Podríamos haber capturado a muchos, pero habría sido una vergüenza. Nos alegró, en verdad, que compartieran nuestro pequeño refugio en aquel caos, y volaron indemnes cuando la tempestad amainó. Yo era muy niño cuando esto ocurrió, pero nunca podré olvidar aquella noche de otoño,—parecía tan maravilloso y conmovedor que esas aves azotadas por la tormenta vinieran clamando a nuestra roca; y el extraño, salvaje coro que entró cuando la ventana se abrió un poco se grabó tan fuertemente en mi imaginación que lo escucharé mientras viva.

El faro, tan benéfico para la humanidad, es el destructor de aves,—especialmente de aves terrestres, aunque en tiempo brumoso las aves marinas ocasionalmente se confunden y se rompen la cabeza contra el vidrio, lanzándose de frente hacia la luz, igual que la frágil polilla de las noches de verano busca locamente su muerte en la llama de la vela. A veces en otoño, siempre en primavera, cuando las aves migran, son destruidas en tal cantidad por este medio que resulta doloroso pensarlo. El guardián que vivía en la isla hace tres años me dijo que recogió trescientas setenta y cinco en una sola mañana al pie del faro, todas muertas. Vuelan con tal fuerza contra el vidrio que sus picos a menudo se astillan. El guardián dijo que encontraba la destrucción mayor en tiempo brumoso, y pensaba que “golpeaban un rayo a gran distancia y lo seguían.” Muchas mañanas de mayo he vagado por la roca al pie de la torre lamentando un pequeño delantal lleno de gorriones, golondrinas, zorzales, petirrojos, mirlos de alas rojas, reinitas multicolores y atrapamoscas, hermosos jilgueros, trepadores, gatos, incluso el pinzón púrpura, el tangara escarlata y el oropéndola dorado, y muchos más,—suficiente para romper el corazón de un niño al pensarlo. Una vez un gran águila voló contra la linterna y quebró el

vidrio. Eso fue antes de que yo viviera allí; pero después de que llegamos, dos gaviotas rompieron uno de los grandes paneles claros, una noche tormentosa.

Las aves marinas son relativamente pocas y tímidas en esta época; pero recuerdo cuando eran lo bastante abundantes, cuando en Duck Island, en verano, las "medrakes", o charranes, hacían nidos rudos en la playa, y las pequeñas gaviotas amarillas, recién salidas del cascarón, corrían tambaleándose entre las piedras, escondiendo sus tontas cabezas en cada grieta y resquicio, e imaginando, como el avestruz, que estaban seguras mientras no vieran el peligro. Y aún ahora los correlimos anidan en número en las islas, y los pajarillos, que parecen diminutos copos de niebla, corren entre los arbustos de mirto, con dulces y asustados pitidos. Son exquisitamente hermosos y delicados, cubiertos de un plumón como niebla gris, con brillantes ojos negros, y patas esbeltas y gráciles que hacen pensar en tallos de hierba.

Y aquí los loons se congregan en primavera y otoño. Estas aves me parecen las más humanas y al mismo tiempo las más demoníacas de su especie. Aprendí a imitar sus diferentes gritos; ¡son maravillosos! En un tiempo el lenguaje de los loons me era tan familiar que casi siempre podía convocar a una bandada considerable bajando al agua y adoptando el tono amistoso y conversacional que ellos suelen usar: después de llamar unos minutos, primero respondía una voz lejana, luego otras voces le contestaban, y cuando esto se mantenía un rato, media docena de aves llegaban navegando. Era la reunión más encantadora imaginable; tan cómicos eran, tan entretenidos, que era imposible no reír en voz alta,—y ellos también podían reír, de una manera que helaba la médula de los huesos. Siempre ríen, cuando se les dispara y se falla; como dicen los Shoalers, "Ríen como un guerrero." Pero su largo, salvaje y melancólico grito antes de una tormenta es la nota más terrible que jamás oí de un ave. Es tan triste, tan desesperanzado,—un chillido claro y agudo, sacudido, que al caer en el silencio se rompe en notas quebradas que hacen pensar en el ondear de un estandarte al viento,—un estremecimiento de sonido. Invariablemente emiten este grito antes de una tormenta.

Entre los vendavales de todos los puntos cardinales, que

“entre el mar verde y la bóveda azul
desatan guerra rugiente,”
algún día sobreviene una calma muerta; toda la extensión del océano es como un espejo; no hay un susurro de ola, ni un suspiro de viento en el mundo,—prevalece una pausa terrible, sin aliento. Entonces, si un loon nada en las pequeñas ensenadas inmóviles alrededor de la isla, y lanza su extraño grito, las rocas silenciosas re-ecoan el tono sobrenatural, y parece como si la criatura estuviera aliada con las fuerzas misteriosas que pronto convertirán esa quietud mortal en confusión y espanto. Todo el día dura la ominosa calma; por la tarde, mientras el mar aún es vidrioso, se percibe un curioso trasfondo de sonido lúgubre,—no intermitente,—un gemido constante como el que hace el viento sobre la boca de un jarro vacío. Entonces los isleños dicen: “¿Oyes a Hog Island llorar? ¡Ahora prepárate para la tormenta!” Nadie sabe cómo se produce ese bajo gemido, o por qué Appledore, de todas las islas, es la única que lamenta antes del temporal. Quizá a través de sus gargantas algún soplo de viento suspira con ese grito hueco. Sin embargo, el mar difícilmente podría mantener su superficie intacta si hubiera viento suficiente para producir ese sonido funesto. Tal calma precedió la tormenta que destruyó el faro de Minot’s Ledge en 1849. Nunca conocí tal silencio. Aunque el sol ardía sin una nube, el cielo y el mar estaban completamente pálidos y sin color, y antes del atardecer el misterioso tono comenzó a vibrar en el aire sin brisa. “¡Hog Island está llorando!”, dijeron los isleños. Uno no podía sino pensar en el Ancient Mariner, mientras el sol enojado descendía en un resplandor cobrizo, y aún ninguna onda rompía la calma. Pero con el crepúsculo se reunió el viento esperado, lenta y firmemente; y antes del amanecer el choque de los rompientes era como el incesante trueno de cañones pesados; la roca sólida temblaba perceptiblemente; las ventanas se sacudían, y el vidrio y la loza resonaban en la casa.

Es imposible describir la confusión, el tumulto, el ímpetu y el rugido y trueno de olas y viento abrumando esas rocas,—todo el Atlántico precipitándose para lanzarse sobre ellas. Fue muy emocionante: los más tímidos entre nosotros perdieron todo sentido de miedo. Antes de la siguiente noche el mar había

abierto una brecha a través del valle en Appledore, donde se alzan las casas,—algo que nunca había ocurrido en la memoria del habitante más viejo. Las olas se amontonaban desde el este (donde Old Harry lanzaba los rompientes al cielo), —una tropa enloquecida de gigantes, arrasando todo a su paso,—y se seguían unas a otras, blancas como la leche, a través del valle de este a oeste, sembrando el espacio con rocas de un muro sólido de casi dos metros de alto y de espesor, que corría a lo largo de la playa, y que una ola tremenda derribó como una cerca de bloques infantiles. El alga y las algas marinas se amontonaron en bancos altos a lo largo de la costa, y cubrieron los umbrales; y miles de las horribles criaturas conocidas entre los Shoalers como ratones de mar, una holoturia (una masa lívida, informe y torpe de vida), fueron esparcidas en todas direcciones. Mientras la tormenta estaba en su apogeo, era imposible hacer otra cosa que observarla a través de ventanas golpeadas por la cegadora espuma que estallaba en nubes voladoras por toda la isla, empapando cada centímetro del suelo en salmuera espumosa. En las caletas los "fermentados oleajes" se batían en masas amarillas de espuma, que volaban en copos temblorosos, y se adherían donde caían, dejando una costra blanquecina de sal al secarse, que permanecía hasta que el agua dulce y clara caía de las nubes para lavarlo todo. Pasó mucho tiempo antes de que el mar se calmara; y, días después de que el sol comenzó a brillar, el borde de la espuma aún saltaba hacia el cielo desde la costa oriental, y Shag y Mingo Rocks en Duck Island lanzaban sus distantes nubes de nieve contra el azul.

Después de que el viento amainó, fue curioso examinar los efectos de los rompientes en la costa oriental, donde enormes masas de roca fueron arrancadas de los acantilados, y arrojadas entre los montones salvajes de rocas dispersas, para añadir a la ya desesperada confusión de las gargantas. Los aspectos orientales de las islas cambian cada año o dos por esta causa; y, en verdad, sobre todas sus superficies el cambio continuo avanza por la acción del clima. Bajo el martillo y el cincel del frío y el calor, masas de piedra se desprenden y caen de los bordes de los acantilados, cornisas enteras se desintegran, la roca se agrieta en láminas lisas y delgadas, y, una vez suelta, toda la masa puede extraerse, lámina por lámina. Hace veinte años esas sutiles e

irresistibles herramientas del clima habían desprendido una gran masa de roca de una cornisa en la pendiente de una suave ladera. Entonces apenas podía poner mi mano en el espacio: ahora tres hombres pueden caminar juntos entre la cornisa y la masa desprendida; y nada la ha tocado salvo el calor y el frío. Todo el aspecto de las rocas es infinitamente envejecido. Nunca puedo ver el hermoso saludo del amanecer sobre sus frentes canosas, sin pensar cuántos millones de veces han respondido a ese delicado toque. En Boone Island,—una roca baja y peligrosa a quince millas al este de las Shoals,—el mar tiene aún mayores oportunidades de destrucción, la isla es tan baja. Una vez, después de una noche tormentosa, el guardián del faro me dijo que la familia encontró una gran piedra, de más de dos quintales, en la entrada trasera, que el Padre Neptuno había depositado allí,—su tarjeta, con sus cumplidos.

A menudo enormes rompientes rodean las islas cuando la superficie del mar está perfectamente calma y el clima sereno y quieto,—resultado de grandes tormentas muy lejos en alta mar. Un "largo oleaje" se balancea indolente, y las pesadas olas ruedan como cansadas y medio dormidas, para estallar en nubes de esplendor contra los acantilados. Muy diferente es su rompimiento apresurado y ansioso cuando el hombro de un vendaval las obliga. No hay sonido más suave, más adormecedor, que el rodar distante de esas olas,—
"El mar rodando resonando suavemente,"
como lo expresa Spenser. El ímpetu de una ola plenamente viva y perseguida de cerca es, a la distancia, exactamente como el que hace un cohete al barrer de cabeza hacia arriba por el aire; pero la otra es un largo y pacífico suspiro, un sonido soñador, adormecedor, hermoso, que produce un olvido letárgico de las preocupaciones y el dolor, hace que todo mal terrenal parezca irreal, y es como si uno vagara
"En páramos de ensueño, donde moran fantasías sin pie."
Se requiere un gran esfuerzo para salir de este estado de ánimo de "comedor de loto". ¡Oh, qué encantador es, en las tardes soleadas, sentarse alto en una grieta de la roca y mirar hacia abajo la magnificencia viva de los rompientes que

hacían música a nuestro alrededor después de la tormenta de Minot's Ledge,—verlos reunirse, uno tras otro,—
"Acantilados de esmeralda coronados de nieve,
que se alzan y alzan, y sueltan luego
una gran avalancha blanca de truenos,"
que hace temblar la tierra sólida, y a ti, aferrado a la roca húmeda, te hace sentir como una pequeña concha. Si estás fuera del alcance de la pesada caída de la espuma, la fina neblina salada aún fluirá a tu alrededor, saludará tu mejilla con la frescura saludable de la salmuera, humedecerá tu cabello y cubrirá tus cejas de sal. Mientras contemplas el esplendor cambiante, se alza de pronto una nube más alta de lo habitual; y a través de ella brota un arco iris repentino, como un hermoso pensamiento más allá del alcance de la expresión humana.

Muy arriba de tu cabeza las gaviotas blancas se elevan, recogiendo la luz del sol en los huecos nevados de sus alas. Al mirarlas flotar en el azul insondable, hay algo sobrecogedor en la pureza de ese arco bajo sus alas, en luz o sombra, mientras las amplias plumas se mueven con majestuosa gracia. No hay ave tan blanca,—ni cisne, ni paloma, ni mítico ibis: en los márgenes del océano no hay polvo que manche su perfecta nieve, y ningún viento tormentoso puede agitar sus delicadas plumas,—¡las hermosas, felices criaturas! Uno nunca se cansa de contemplarlas. Una y otra vez aparece el arco iris con hermosos colores fundiéndose unos en otros y desvaneciéndose, para aparecer de nuevo en el siguiente salto de la espuma. En el horizonte brillan las velas blancas; y por todas partes se extiende el azul del mar, sin nada entre tú y el continente oriental a través de su vasta y serena llanura.

Recuerdo bien mi primera visión de White Island, donde nos establecimos al dejar el continente. Apenas tenía cinco años; pero desde las ventanas superiores de nuestra casa en Portsmouth me habían mostrado los mástiles agrupados de los barcos atracados en los muelles a lo largo del río Piscataqua, apenas delineados contra el cielo, y, siendo aún un niño, ya entonces me atraía, con un anhelo vago, hacia el mar.

¡Qué delicioso fue aquel primer y largo viaje a las Isles of Shoals! ¡Qué agradable el sonido desacostumbrado del incesante murmullo contra el costado de la barca, la visión del agua extensa y el cielo sin límites, la calidez del amplio sol que nos hacía parpadear como pequeños correlimos mientras nos sentábamos triunfantes, encaramados entre los enseres domésticos con que estaba cargada la pequeña embarcación! Fue al atardecer de otoño cuando nos desembarcaron en aquella roca solitaria y hermosa, donde el faro nos miraba desde lo alto como un gigante de negra capucha, llenándome de asombro y maravilla.

A su base, unas pocas cabras se agrupaban sobre la roca, destacándose oscuras contra el cielo rojo mientras yo las miraba hacia arriba. Las estrellas comenzaban a titilar; el viento soplaba frío, cargado con la dulzura del mar; el sonido de muchas aguas me dejaba medio aturdido. Alguien comenzó a encender las lámparas en la torre. Rojas y doradas, giraban en el aire; todo era extraño, fascinante y nuevo. Entramos en la pintoresca y pequeña cabaña de piedra que fue nuestro hogar durante seis años. ¡Qué curiosa parecía, con su techo bajo blanqueado y sus profundos asientos de ventana, mostrando el gran grosor de los muros hechos para resistir los rompientes, cuya fuerza pronto conocimos!

Un hogar dichoso se convirtió aquella casita para los niños que entraron en ella aquella tranquila tarde y durmieron por primera vez arrullados por el murmullo del mar que los rodeaba. No creo que haya existido jamás un trío más feliz que nosotros, viviendo en aquel profundo aislamiento. Se necesita tan poco para hacer feliz a un niño sano; y nunca nos cansamos de nuestros escasos recursos. Es cierto que los inviernos parecían tan largos como un año entero a nuestras pequeñas mentes, pero eran agradables, no obstante.

Nos trepábamos a los profundos asientos de ventana, y con monedas (para las cuales no teníamos otro uso) hacíamos agujeros redondos en la gruesa escarcha, soplando sobre ellos hasta que se calentaban, y mirábamos hacia afuera el clima brillante, feroz y ventoso, observando las embarcaciones que corrían sobre el intensamente azul oscuro del mar, todo “blanco como plumas” donde las cortas olas rompían silbando en el frío, y las aves marinas elevándose en lo alto o

balanceándose en el agua; o, en días más calmados, veíamos cómo el sigiloso isleño de Star remaba entre los arrecifes, o permanecía por horas tendido sobre las algas húmedas, con su escopeta, esperando a las aves silvestres. A veces la redonda cabeza de una foca se movía entre las rocas cubiertas de algas. Se ven algunas cada invierno, y ocasionalmente son cazadas; pero son más tímidas y alertas aún que las aves.
Nos veíamos obligados a almacenar provisiones de todo tipo en otoño, como si estuviéramos preparando un barco para una expedición ártica. El piso inferior del faro estaba colgado con cordero y carne de res, y el almacén lleno de víveres.

En el largo pasillo cubierto que unía la garganta entre el faro y la casa jugábamos en los días de tormenta; y cada tarde era una nueva emoción observar el encendido de las lámparas y pensar hasta dónde enviaba el faro sus rayos, y cuántos corazones alegraba con la certeza de seguridad. A medida que fui creciendo se me permitió encender las lámparas yo mismo algunas veces. Eso era en verdad un placer. ¡Una criatura tan pequeña como yo podía hacer algo por el gran mundo!
Pero junto al fuego estaba nuestro mayor deleite,—con plantas y aves cantoras y libros y juguetes y el cuidado y cariño amoroso, la estación fría y tormentosa se consumía al fin y moría en la calma del verano. Apenas veíamos un rostro humano aparte del nuestro en todo el invierno; pero con la primavera llegaba la vida múltiple a nuestra morada solitaria,—vida humana entre otras formas. Nuestros vecinos de Star remaban hasta nosotros; la lancha piloto de Portsmouth se acercaba y nos traía cartas, periódicos, revistas, y nos contaba las noticias de meses. Los ecos lejanos del mundo apenas nos tocaban a los pequeños. Escuchábamos la conversación de los mayores. “¡Winfield Scott y Santa Anna!” “¡La guerra en México!” “¡La hambruna en Irlanda!” Todo eso no significaba nada para nosotros. Oíamos la lectura en voz alta de los detalles de la hambruna, y veíamos lágrimas en los ojos del lector, y sentíamos una vaga pena; pero el destino de Caperucita Roja nos resultaba mucho más cercano y terrible.

Esperábamos la primavera con ansioso anhelo; la llegada de la hierba creciente, las aves y flores y la vida de los insectos, los cielos suaves y los vientos más suaves, la belleza eterna de los mil tonos delicados que vestían el mundo,—estas cosas nos traían una dicha indescriptible. Al corazón de la Naturaleza uno necesariamente se siente atraído en una vida así; y muy pronto aprendí cuán generosamente recompensa con profundo frescor el amor reverente de su adorador.

Con los primeros días cálidos construíamos nuestras pequeñas montañas de grava húmeda en la playa, y corríamos tras los correlimos al borde de la espuma, gritábamos a las charlatanas gaviotas kittiwakes que revoloteaban arriba, o mirábamos las travesuras de la gaviota burgomaster, o respondíamos a los gritos de los loons. Las largas alas blancas del alcatraz se extendían sobre nosotros, quizá, o el oscuro cormorán proyectaba una sombra súbita en el aire, o sorprendíamos en algún solitario arrecife a la gran garza azul que volaba, arrastrando patas y alas, como una cigüeña contra las nubes.

O, bajo el sol en las rocas desnudas, cortábamos de las anchas hojas marrones de los resbaladizos kelps barnizados grotescas formas de hombre, ave y bestia que se marchitaban al viento y volaban; o fabricábamos toscos botes con trozos de madera flotante, tripulados por una extraña cuadrilla de duendes marinos, y los dejábamos a la deriva en la inmensidad, sin importar adónde fueran.

Jugábamos con las conchas vacías de los limpets; estaban moteadas de gris y marrón, como el pecho del gorrión cantor. Lanzábamos flotas de conchas de mejillón púrpura en las pozas tranquilas de las rocas, dejadas por la marea,—pozas que eran como fragmentos de arco iris caído con la riqueza del mar, con tonos de delicadas algas marinas, carmesí y verde y marrón rojizo y violeta; donde vagaba el nacarado eolis con espinas rosadas y cuernos de hada; y los grandes erizos de mar redondos, como un broche sobre un escudo, estaban sujetos aquí y allá en la roca del fondo, sacando de sus verdes púas espinosas tentáculos transparentes para buscar su invisible alimento. Estrellas de mar rosadas y lilas se aferraban a los lados; en algún rincón oscuro, quizá, una holoturia desplegaba sus perfectos helechos, de un hermoso color cálido beige,

delicados como filigrana de escarcha; pequeños bosques de musgo coralino crecían en silencio, conchas doradas se arrastraban, y de vez en cuando destellaban las aletas plateadas de pececillos esbeltos.
Los rincones más sombríos eran morada de anémonas marinas que abrían de par en par sus flores estrelladas a la marea creciente, o se recogían, y colgaban en grandes gotas semitransparentes, como racimos de alguna extraña fruta color ámbar, a lo largo de las grietas cuando el agua se retiraba.

A veces éramos lo bastante crueles para capturar una langosta hembra escondida en una profunda hendidura, con sus millones de huevos moteados; o reíamos al ver a los cangrejos ermitaños desafiarse unos a otros, y salir a luchar una batalla mortal hasta que el más fuerte vencía, y, volteando al más débil, se adueñaba de su más amplia concha de caracol, y se escabullía triunfante con ella. O, tirando todos juntos, arrancábamos los largos kelps, o "delantales del diablo"; sus raíces casi siempre estaban sujetas a grandes mejillones vivos; los desprendíamos, llevando los mejillones a casa para cocinarlos; fritos en migas o en rebozado, eran tan buenos como las ostras.

Sacábamos de las raíces del kelp una especie de estrella de mar que llamábamos araña de mar; en el momento en que la tocábamos comenzaba un proceso extraordinario. Una a una desarticulaba todas sus secciones,—si por miedo o por ira no lo sabíamos; pero se deshacía a sí misma, parte por parte, hasta que no quedaba nada de ella salvo el pequeño cuerpo redondo de donde habían brotado las patas.

Con cangrejo y lapa, con saltamontes y grillo, éramos amigos y vecinos, y nunca nos cansábamos de observar las arañas terrestres que poseían el lugar. Sus telas cubrían cada cristal de ventana hasta la cima del faro, y las reconstruían tan rápido como eran barridas. Una variedad vivía entre las piedras redondas y grises de la playa, justo por encima de la marca de pleamar, y no tejía telas en absoluto. Grandes y negras, moteaban las piedras claras, pululando bajo el sol ardiente; al primer paso desaparecían bajo los guijarros.

Todas las grietas de las rocas estaban cubiertas con velos oscilantes como los cristales de las ventanas. ¡Cuántas veces nos maravillamos de ellos, después de

una niebla o de una fuerte caída de rocío, en la madrugada, cuando cada hilo delgado estaba engarzado con gotas relucientes,—toda la simétrica telaraña un prodigio de joyas brillantes temblando en la brisa! Los versos de Tennyson,

"La telaraña tejida a través de la garganta del cañón
ya no sacudirá sus lágrimas hiladas en el viento,"

siempre me traen a la memoria aquellas delicadas cortinas centelleantes, más hermosas que cualquier telar humano pudiera tejer, que cubrían las rocas en White Island y "sacudían sus lágrimas hiladas" en cada viento.

A veces veíamos a los murciélagos girar en el crepúsculo veraniego, y en noches profundamente silenciosas escuchábamos, desde lo alto del faro, sus agudos y pequeños chillidos, voces más finas y cortantes que puntas de aguja. Un día encontré uno aferrado al reverso de una contraventana,—un bulto suave, de color pardo grisáceo, cubierto de pelusa. Lo tomé en mi mano, y en un instante se transformó en un pequeño demonio horrible, y sus feroces dientes blancos se clavaron en la palma de mi mano. Nunca encontré tanta furia en una criatura tan pequeña, y me alegré bastante de devolverle la libertad sin más demora.

Un tipo de saltador de arena de unos dos centímetros, que infestaba la playa, era gran fuente de diversión. Al levantar las algas varadas que marcaban la línea de pleamar, siempre sobresaltábamos una nube gris y marrón de ellos, saltando como diminutos canguros, fuera de la vista. En las tormentas eran arrastrados dentro de la casa, abriéndose paso por cada grieta y resquicio hasta cubrir los pisos,—¡el mar nos rodeaba tanto! Al morir inmediatamente al dejar el agua de la que huían, cambiaban de un marrón claro, o lo que Kingsley llamaría un "gris translúcido", a un brillante color ladrillo, como una langosta hervida, y muchas veces los barrí en montones rojizos; parecían trozos de coral.

Recuerdo en primavera arrodillarme en el suelo para buscar las primeras briznas de hierba que asomaban en la tierra, y llevarlas a la casa para estudiarlas y maravillarme. ¡Me eran mejores que una tienda llena de juguetes! ¿De dónde venía su color? ¿Cómo extraían su dulce y refrescante tono de la tierra marrón, o del aire límpido, o de la luz blanca? La química no estaba a mano para

responderme, y toda su sabiduría no habría disipado el misterio. Más tarde la pequeña pimpinela escarlata me encantó. Parecía más que una flor; era como un ser humano. La conocía por su nombre popular de "barómetro del pobre". Era mucho más sabia que yo, pues, cuando el cielo aún estaba sin nubes, suavemente cerraba sus pequeños pétalos rojos, guardando su corazón dorado a salvo de la lluvia que seguro vendría. ¿Cómo podía saber tanto? Aquí hay una pregunta que la ciencia no puede responder. La pimpinela crece por todas partes en las islas, en cada grieta y resquicio donde pueda alojarse un mínimo sustento para su delgada raíz; y es una de las flores más exquisitas, tan rica en color, tan pintoresca y delicada en su modo de crecer. Nunca conocí que fallara su silenciosa advertencia.

Me preguntaba mucho cómo cada flor sabía qué hacer y qué ser; por qué la campanilla no olvidaba a veces y producía un racimo de flores de saúco, o el saúco no desplegaba estandartes de oro y púrpura como el iris, o la vara de oro no estallaba de repente en una pluma escarlata, del color de la pimpinela,—era un misterio para mi pensamiento infantil. Y por qué la dulce prímula silvestre esperaba hasta después del atardecer para abrir sus pálidos botones amarillos; por qué liberaba su tesoro de rico perfume solo a la noche. Pocas flores florecían para mí en la roca solitaria; pero aprovechaba al máximo todas las que tenía, y no conocía ni deseaba más. ¡Ah, qué hermosas eran! Estrellas diminutas de acedera carmesí ensartadas en sus largos tallos marrones; las flores de zarzamora en blanco nupcial; la sorpresa del pasto de ojos azules; las flores de ranúnculo, como gotas de oro amarillo esparcidas entre la hierba corta y sobre el musgo; la rica arveja de playa azul-púrpura; la dulce germandra espigada; y la sencilla y encantadora milenrama que crece abundantemente en todas las islas. A veces sus amplios racimos de flores blancas apagadas se teñían de un hermoso púrpura rojizo, como si fuera con la luz del atardecer. Nunca la vi coloreada así en otro lugar. Cantidades de arbustos de mostaza delgados y extendidos crecían alrededor de la casa; sus delicadas flores eran como fragantes nubes doradas.

No nos faltaban los dientes de león, ranúnculos y tréboles; aunque no teníamos margaritas ni violetas ni rosas silvestres, ni ásteres, sí magníficas espigas de vara

de oro, y maravillosas campanillas silvestres, cuyos largos botones marfil pálido solía encontrar en el crepúsculo, brillando entre las hojas oscuras, esperando el toque del amanecer para desplegarse y convertirse cada uno en un exquisito rubor encarnado,—el color perfecto de una concha del Mar del Sur. Crecían silvestres, anudándose y retorciéndose alrededor de las rocas, y cubriendo los bloques sueltos en las gargantas con exuberantes hojas verdes y flores rosadas. Muchas mañanas de verano me escabullía de la casa silenciosa antes de que nadie estuviera despierto, y, envolviéndome bien contra el viento frío del amanecer, subía a la cima del alto acantilado llamado the Head para contemplar la salida del sol. Pálida se volvía la llama del faro ante el día que se ensanchaba, mientras, acurrucado en una grieta al borde del acantilado, observaba cómo se retiraban las sombras y amanecía. De cara al este y al sur, con todo el Atlántico ante mí, ¡qué felicidad era mía cuando el profundo color rosado teñía las delicadas nubes que moteaban el cielo, donde las gaviotas se elevaban, también rosadas, mientras el mar tranquilo se sonrojaba debajo! O quizá era un amanecer sin nubes, con un cielo rojo anaranjado, y la línea del mar azul plateado contra él, pacífico como el cielo. Una infinita variedad de belleza siempre me aguardaba, y me llenaba de un gozo absorbente e irracional, como el que hace cantar al gorrión,—una sensación de dicha perfecta.
Al volver bajo el sol, las campanillas levantaban sus rostros, todas despiertas, a mi mirada adoradora. A veces pensaba que eran incontables trompetas rosadas, esparcidas por todas partes sobre las rocas, alzadas hacia el cielo, o inclinadas hacia el suelo, o mirando al este, oeste, norte, sur, en silenciosa hermosura. Parecía como si hubieran recogido la paz de la dorada mañana en sus profundidades quietas, así como mi corazón la había recogido.

En algunas de esas incomparables mañanas de verano, cuando salía a ordeñar a la pequeña vaca parda, apenas era posible ir más allá del umbral, por el puro asombro, al contemplar el mar tendido en calma, como un vasto espejo redondo, la marea retirada de las ricas rocas marrones, una o dos velas dormidas en la quietud, sin otro sonido que algunas voces de aves; el rocío tendido como polvo

de joyas sobre todo,—diamante y rubí, zafiro, topacio y amatista, destellando desde lo profundo esmeralda de la hierba tupida o desde las copas inclinadas. Al mirar hacia el continente, apenas podía distinguir en la luz nivelada del sol la hondura de los bosques verdes resplandecientes revelados a lo lejos, pliegue tras pliegue de colinas y valles cubiertos densamente con el esplendor del verano. Pero mi puñado de hierba era más precioso para mí que millas de campos verdes, y me llevaba a considerar cada brizna allí donde había tan pocas. No hacía mucho los había visto perforar la tierra hacia la luz; ahora, ¡qué fuertes en su esbelta gracia eran esos tallos, qué perfecta la postura de las pesadas espigas que ondeaban con tal armonía de movimiento en la más leve brisa! Y noté al mediodía, cuando el rocío estaba seco, donde las altas lanzas florecientes se alzaban en compañías gráciles, que, antes de volverse púrpuras, marrones y maduras, al comenzar a florecer, desplegaban primero un anillo aterciopelado de polen en diminutos rayos amarillos, sostenidos por un hilo casi invisible, que se destacaba como un halo de cada espiga que se mecía lentamente,—un efecto de hadas.

En Seavey's Island (unida a la nuestra por una estrecha playa cubierta en pleamar por olas contendientes) crecía una sola raíz de helecho, la única dentro del círculo de mi pequeño mundo. Estaba a salvo en una profunda grieta, pero yo vivía en perpetua ansiedad de que mi pequeña vaca, que iba allí cada día a pastar, dejara el pasto y lo comiera algún día. ¡Pobre vaca! Una noche no regresó a casa para ser ordeñada como de costumbre, y al ir a buscarla encontramos que había atrapado un pie en una grieta y se había torcido la pezuña por completo. ¡Fue una calamidad! Pues nos vimos obligados a llamar a nuestros vecinos y sacrificarla en el acto.

Tenía un trozo de jardín, literalmente no más de un metro cuadrado, donde crecían solo caléndulas africanas, ricas en color como oro bárbaro. Nada sabía de John Keats en ese tiempo,—pobre Keats, "que dijo a Severn que pensaba que su mayor placer en la vida había sido observar el crecimiento de las flores,"—pero estoy seguro de que nunca sintió su belleza más devotamente que aquel pequeño ser medio salvaje que se arrodillaba, como un adorador del fuego, para observar

el despliegue de esos discos dorados. Cuando, más tarde, se me abrió el "valiente nuevo mundo" de los poetas, ¡con qué fuerza esas líneas ardientes suyas fueron directo a mi corazón!:

"Abrid de nuevo vuestros pliegues estrellados,
¡Oh ardientes caléndulas!"

Todas las flores tenían para mí tal interés humano, eran tan queridas y preciosas, que apenas me gustaba recogerlas, y cuando se marchitaban, las llevaba todas a un mismo lugar y las depositaba con ternura juntas, y nunca me gustaba pasar por el sitio donde estaban ocultas.

Una o dos veces cada año llegaba la vieja y pesada "goleta del aceite" que traía suministros para el faro, y el inspector, que examinaba gravemente todo para ver si estaba en orden. Dejaba pilas de chimeneas de vidrio rojo y blanco para las lámparas, y varias pieles de ciervo para pulir los grandes reflectores de cobre forrados de plata, grandes paquetes de mechas y diversos pares de tijeras para recortarlas, pesados toneles negros de maloliente aceite de ballena, y otras cosas, que se almacenaban en las redondas habitaciones tenuemente iluminadas de la torre. Muy sobrecogidos, los niños siempre nos escabullíamos a los rincones, susurrando y observando a los intrusos hasta que embarcaban en su antigua y torpe nave, y, izando sus velas oscuras y curtidas por el clima, se alejaban lentamente otra vez. Hace unos diez años aquel viejo faro blanco fue retirado, y en su lugar se construyó una nueva torre de ladrillo perpendicular. La linterna, con sus quince lámparas, diez doradas y cinco rojas, cedió lugar al poderoso quemador único de Fresnel, o más bien tres quemadores en uno, encerrados en su caja de prismas. El viejo faro era con mucho el más pintoresco; pero quizá el nuevo sea más eficaz, siendo la luz, sin duda, más poderosa.

A menudo, en días agradables, el jefe de la familia navegaba para visitar las otras islas, a veces llevando a los niños consigo, más a menudo yendo solo, y con frecuencia sin regresar hasta después del anochecer. El desembarco en White Island es tan peligroso que se requiere el mayor cuidado, si hay mar, para llegar a tierra con seguridad. Dos largos y muy sólidos maderos, separados unos noventa centímetros, se colocan desde la casa de botes hasta la marca de

bajamar, y entre esos maderos debe ser dirigida con precisión la proa de la barca; si se desvía a la derecha o a la izquierda, ¡ay de su tripulación, a menos que el mar esté tranquilo! Una vez asegurada en el canal, como se le llama, se arrastra hasta la casa de botes mediante un cabrestante, y se ata firmemente. El faro no daba ningún rayo a la roca oscura bajo él; enviando sus haces lejos hacia el mar, nos dejaba a sus pies en mayor oscuridad por su elevada luz. Así que cuando la barca estaba fuera hasta tarde, en suaves noches veraniegas sin luna, yo solía encender un farol, y, bajando hasta la orilla, tomar mi puesto entre los maderos del canal, y, con el farol a mis pies, sentarme esperando en la oscuridad, bastante contento, sabiendo que mi pequeña estrella era esperada, y que la seguridad de la barca dependía en gran medida de ella.
¡Qué dulce soplaba el viento de verano, qué suavemente chapoteaba el agua a mi alrededor, qué refrescante era el olor de la salmuera centelleante! Muy arriba, los rayos del faro se extendían hacia la húmeda oscuridad, y las ventanas de la cabaña eran rojizas por el resplandor interior. Me sentía tan parte del universo del Señor, que no temía más a la oscuridad que a las olas o los vientos; pero me alegraba escuchar al fin el crujido del mástil y el golpeteo de los toletes cuando la barca se acercaba; y, aún estando lejos, el faro tocaba su gran vela y la hacía visible, de modo que sabía que se aproximaba, y gritaba, escuchando la respuesta que alegremente me llegaba de vuelta sobre el agua.

Sin temor, también contemplábamos las tempestades de verano, y escuchábamos el profundo y melodioso trueno rodando a lo lejos sobre el océano calmado por la lluvia. Los relámpagos jugaban sobre las varillas de hierro que corrían desde la cima del faro hasta el mar. Allí donde se posaban en la afilada cumbrera del largo pasillo cubierto que atravesaba la garganta, el extraño fuego corría por las puntas colocadas a igual distancia, y ardía como una pálida llama en sus extremos. Era magnífico, desde el propio faro, observar la tormenta precipitarse sobre el mar y envolvernos en nuestra indefensión. ¡Cómo se derramaba la lluvia sobre los grandes cristales,—torrentes de dulce agua fresca que corrían por las rocas y se mezclaban con la amarga salmuera! Me preguntaba por qué esas

aguas dulces nunca hacían al mar salado más dulce. Aquellas pálidas llamas que veíamos arder en las puntas del pararrayos, supongo que eran idénticas al fuego de San Telmo que después he visto descrito como rondando los mástiles de los barcos en las tormentas.

Y aquí recuerdo una historia contada por unos caballeros que visitaban Appledore hace dieciséis o dieciocho años. Partieron de Portsmouth hacia las Shoals en una ballenera, una tarde de verano, con un isleño nativo de Star, llamado Richard Randall, para manejar la embarcación. Habían navegado aproximadamente la mitad del trayecto, cuando se sorprendieron al ver una gran bola de fuego, como una luna naciente, rodando hacia ellos sobre el mar desde el sur. La observaron con ansia mientras se acercaba, y desviándose pasó al este de ellos a cierta distancia, y luego por la popa, donde, por supuesto, esperaban perderla de vista; pero mientras se maravillaban y especulaban, alteró su curso, y de repente comenzó a acercarse de nuevo, regresando contra el viento y siguiéndolos con firmeza en su estela. Esto fue demasiado para el isleño. Se quitó la chaqueta y la volteó al revés para exorcizar al demonio, y he aquí que la aparición ciertamente desapareció. Escuchamos el relato emocionado de los caballeros y fuimos testigos del santo horror del barquero en la ocasión; pero nadie pudo imaginar qué había puesto a rodar aquella esfera de fuego sobre el mar. Alguien sugirió que podía ser una exhalación, una luz fosforescente, del cuerpo en descomposición de algún pez muerto; pero en tal caso debió haber sido arrastrada por alguna criatura viva, pues ¿cómo habría navegado directamente "contra el viento"? Nunca se explicó satisfactoriamente, y debe permanecer como un misterio.

Un otoño en White Island nuestra pequeña barca había ido a Portsmouth por provisiones, etc. Con el catalejo la observábamos regresar, luchando contra el viento de frente. El día estaba claro, pero había habido tormenta en el mar, y los rompientes rugían y bramaban a nuestro alrededor. El proceso de "ceñir" es tan tedioso que, aunque la barca había partido en la mañana, el sol enviaba su larga luz amarilla desde el oeste antes de que llegara a la isla. No había pausa en esas olas irresistibles que rodaban desde la Roca del Diablo sobre el canal; pero

aún así la pequeña embarcación seguía navegando, esforzándose por alcanzar el desembarco. La mano en el timón era firme, pero una enorme ola irrumpió de repente, desviando la barca a la izquierda del canal, y en un instante se volcó y fue arrojada contra las rocas, y su único ocupante lanzado alto sobre la playa, a salvo salvo por algunos moretones; ¡pero qué momento de terror fue para nosotros, que vimos y no pudimos salvar! Toda la carga se perdió excepto un rollo de alambre de hierro y un barril de nueces. Estos se extendieron en el suelo de una cámara oriental desocupada de la cabaña para secarse. Y se secaron; pero antes de que fueran recogidos vino una terrible tormenta del sureste. Rugió y desgarró al faro y la cabaña; el mar irrumpió en las ventanas de aquella cámara oriental donde estaban las nueces, y las arrastró hasta que bajaron danzando por las escaleras en espuma salada. El mar rompió las ventanas de la casa varias veces durante nuestra estancia en el faro. Todo temblaba tan violentamente por la conmoción de los rompientes, que los platos en los estantes del armario caían al suelo, y un miembro de la familia al principio siempre se mareaba en las tormentas, por el temblor y la confusión ensordecedora. Una noche, cuando desde el sureste parecía haberse soltado el alma misma del caos sobre el mundo, todo el pesado "pasillo" (el puente cubierto que conectaba la casa y el faro) fue arrastrado con estrépito por la garganta y llevado al mar embravecido.

Era una situación angustiosa para nosotros,—cortados de la preciosa luz que debía mantenerse viva; pues los rompientes desgarraban la garganta de tal modo que ningún ser vivo podía cruzar. Pero la marea no podía resistir el poderoso impulso que la atraía hacia abajo; estaba obligada a obedecer la voz silenciosa que le ordenaba retirarse; hinchada y furiosa y elevada como estaba, lenta y seguramente, en el momento señalado, se hundió lejos de nuestra roca, de modo que, entre las olas que aún intentaban aferrarse a la blanca, silenciosa torre coronada de oro, uno podía arrastrarse, escalar la altura, y dar cuerda a la maquinaria que mantenía la gran luz agrupada girando hasta que la grisácea luz del día llegaba para extinguirla.

A menudo me preguntaba cómo era posible que las aves marinas sobrevivieran a tormentas como estas. Pero, cuando se podía ver algo, las

gaviotas siempre estaban planeando en el tumulto más salvaje, y los petreles de tormenta medio volando, medio nadando en las honduras de las olas. ¡Ojalá fuera posible describir la belleza de la calma que seguía a tales tempestades! Las largas líneas de espuma plateada que rayaban el azul tranquilo, las "líneas suavemente curvas de rocío cremoso" a lo largo de la costa, el cielo claro y lavado, la luz amarilla pacífica, los suaves rompientes murmurando adormecedoramente.

De todas las tormentas que nuestros ojos infantiles contemplaron con asombrado deleite, una tormenta eléctrica permanece fija en mi memoria. A última hora de una tarde de agosto desplegó sus terribles nubes hasta el cénit y, después de que el tumulto se hubo calmado, extendió sus vapores aclarados como un techo gris bajo todo el cielo. Pronto esa solemne tapa gris se levantó en su borde occidental, y un esplendor insufrible se derramó sobre el mundo desde el sol poniente. Todo el cielo estaba en llamas escarlatas, sobre las cuales surgió un arco iris intacto hasta las nubes más altas, "con sus siete colores perfectos acordados en triunfo" contra el fondo ardiente; el mar respondió al rico rubor del cielo, y las rocas grises yacían sumergidas en una melancólica púrpura. Oculté mi rostro de la gloria,—era demasiado para soportar. Siempre anhelé hablar de esas cosas que hacían la vida tan dulce, hablar del viento, de la nube, del vuelo del ave, del murmullo del mar. ¡Un anhelo vano! Bien podría haber suspirado por el poderoso pincel de Miguel Ángel para blandir en mi impotente mano infantil. Mejor "callar y bendecirse con silencio"; pero siempre crecía el deseo. Frente a los atardeceres de julio, rojos y dorados de principio a fin, o contemplando las auroras boreales de verano,—batallones de brillantes resplandores avanzando y retrocediendo, disparándose hacia el cénit y brillando como velos de fuego ante las estrellas; o cuando el arco de niebla abarcaba la plateada bruma de la mañana, o la tierra y el mar yacían centelleando en una dorada neblina del mediodía; en tormenta o calma, de día o de noche, los múltiples aspectos de la Naturaleza me retenían y dominaban todos mis pensamientos hasta que fue imposible guardar silencio por más tiempo, y me vi

obligado a mezclar mi voz con sus innumerables voces, aspirando solo a estar en acorde con la armonía infinita, por débiles y quebradas que fueran las notas.

Ha sido mi buena fortuna presenciar pocos naufragios en las Shoals. Los desastres de los que apenas oímos desde el pasado fueron muchos y terribles; pero desde la construcción del faro en White Island, y también en Boone Island (que parece un vecino, aunque esté a quince millas de distancia), el peligro del lugar se ha reducido mucho. Un residente de Star Island me contó de un naufragio ocurrido cuarenta y siete años atrás, durante una fuerte tormenta del este. Soplando tan fuerte que todas las puertas de la casa se abrían tan pronto como las cerraban, y en la noche un barco se estrelló contra "Hog Island Head", que da frente al poblado en Star. Se hizo pedazos por completo. Por la mañana los isleños vieron la playa en Londoners cubierta con algún tipo de restos; no podían distinguir qué era, pero, en cuanto el mar se calmó, fueron a examinar y encontraron una masa de naranjas y marcos de cuadros, con los que el barco había sido cargado. No se salvó ni un alma. "Golpeó con tal fuerza que arrancó un gran clavo de su roda" en una grieta de la roca, que podía verse claramente hasta hace pocos años. Mi informante también me dijo que recordaba el naufragio del Sagunto, en 1813; que las playas estuvieron cubiertas de "almendras" mucho tiempo después; y que recogió chalecos curiosamente bordados y "bolsos de labor" en todas direcciones a lo largo de las costas.

Durante una tormenta en 1839, mientras vivíamos en White Island, nos sobresaltó el pesado retumbar de cañones a través del rugido del temporal,—un sonido que se acercaba más y más, hasta que al fin, a través de una súbita ruptura en la niebla y la espuma, vimos el casco pesadamente rodante de un gran navío que pasaba, rumbo seguro a su destrucción, hacia la costa. Era como si el viento hubiera desgarrado el vapor a propósito para mostrarnos esa visión lastimosa; y recuerdo bien la mano en mi hombro que me sostuvo con firmeza, niño tembloroso que era, y me obligó a mirar a pesar de mí mismo. ¡Qué día de dolor fue aquel! ¡Qué terrible el sonido de aquellas señales de cañón, y cuán más terrible la certeza, cuando cesaron, de que todo había terminado! Supimos después que era el bergantín Pocahontas, de regreso a casa desde España, y que

el barco y toda su tripulación se habían perdido. En años posteriores algunos costeros y pescadores han encallado en las islas, generalmente en los arrecifes ocultos de Duck. Muchos de estos habían sido cargados con cal,—una carga sumamente peligrosa; pues en cuanto el agua la toca hay un doble peligro; y entre fuego y agua hay poca posibilidad de escape.

Desearía poder recordar el lenguaje gráfico de un isleño de Star que me describió un naufragio de este tipo. Los isleños vieron al amanecer, un día amargo de invierno, una goleta encallada entre los terribles arrecifes de Duck Island, y, aunque el viento soplaba medio vendaval, tomaron sus botes y se lanzaron hacia ella antes del noroeste. Humo y vapor y espuma y llamas se alzaban de ella y a su alrededor cuando llegaron al lugar. Solo un hombre fue hallado con vida. De los pescantes, colgando cabeza abajo, estaba el cuerpo sin vida de un muchacho rubio de unos dieciséis años. Los rompientes lo arrastraban de un lado a otro, y, al retirarse, dejaban su largo cabello amarillo goteando con la salmuera helada. El relato del contramaestre fue que había ido a desatar el bote que colgaba en la popa, que una ola lo golpeó, y cayó de cabeza con los pies enredados en las cuerdas de los pescantes. Era el único hijo de su madre, que era viuda. Llevaron su cuerpo a esa madre tan desdichada. El barco fue pérdida total, con todos a bordo, excepto el contramaestre.

Una noche de invierno en Appledore, cuando soplaba con gran fuerza el viento del noroeste bajo un cielo despejado, fuimos despertados por un violento golpeteo en la puerta. Tan inusual sonido, y a esa hora de la noche, bastó para sobresaltarnos a todos, y quedamos muy asombrados. La puerta se abrió para admitir a cuatro o cinco náufragos, cuyas manos, pies y orejas estaban rígidos de congelación,—realmente eran objetos dignos de lástima. Su embarcación había chocado de lleno contra York Ledge, una roca situada frente a la costa de Maine, muy al este de nosotros, y habían tomado el bote intentando alcanzar tierra firme; pero el viento soplaba tan ferozmente desde tierra que fracasaron en su intento, sus manos se volvieron inútiles por el frío, soltaron los remos y, medio gobernando con uno de los asientos del bote, lograron llegar a Appledore, más

muertos que vivos. Se vieron obligados a permanecer allí varios días antes de encontrar oportunidad de ir a tierra, pues el vendaval era tan furioso. A la mañana siguiente, bajo el resplandor del sol invernal, vimos su embarcación, aún con todas las velas izadas, erguida sobre la roca,—una columna blanca elevándose a lo lejos.

Una de las experiencias más horribles que he escuchado le ocurrió a un joven noruego que ahora vive en las Shoals. Él y un compañero salieron de Portsmouth a colocar su palangre, en la pesca de invierno, hace dos años. Antes de llegar a la isla, se levantó de repente un chubasco de viento y nieve, helador y cegador. En pocos momentos no sabían dónde estaban, y el viento continuó arrastrándolos. Pronto se encontraron bajo la protección de White Island Head; lanzaron las cuerdas de su palangre, con la desesperada esperanza de que pudieran sostener el bote hasta que amainara el chubasco. Los guardianes del faro vieron a los pobres hombres, pero eran incapaces de ayudarlos. ¡Ay! las cuerdas pronto se rompieron, y el pequeño bote fue arrastrado nuevamente, sin saber ellos hacia dónde. La noche cayó sobre ellos, sacudidos en ese terrible mar negro; la nieve cesó, las nubes volaron ante el mortal viento frío del noroeste, el termómetro descendió bajo cero. Uno de los hombres murió antes del amanecer; el otro, solo con el cadáver, seguía siendo empujado sin cesar por el implacable vendaval. No tenía gorro ni mitones; los había perdido. Achicaba el bote sin descanso, pues el mar lo cubría constantemente. Él mismo me contó la historia. Miraba el rostro terrible de su amigo muerto y pensaba “qué pronto estaría igual que él”; pero nunca dejó de achicar,—era lo único que podía hacer. Antes de la noche pasó frente a Cape Cod y lo reconoció al volar junto a él. Otra noche indescriptiblemente horrible, y el vendaval no cedía. A la mañana siguiente estaba casi perdido por el frío, la fatiga y el hambre. Sus ojos estaban tan hinchados que apenas podía ver; pero a lo lejos, brillando más blanco que la plata al sol, aparecieron las velas de una gran goleta en el borde de aquel temible desierto. Logró izar un pedazo de lona vieja en un remo. Estaba entonces no muy lejos de Holmes’ Hole, ¡casi a doscientas millas de las Shoals! La goleta lo vio y se dirigió hacia él, pero el mar estaba tan alto que esperaba zozobrar en

cualquier instante. Al pasar junto a él, arrojaron desde la cubierta una cuerda con un lazo en el extremo, atado con un nudo de ballestrinque que no se deslizaría. Le cayó sobre la cabeza, y aferrándola con ambas manos en su garganta, en un instante se encontró en el mar entre las heladas y furiosas olas, arrastrado hacia la embarcación con toda la fuerza de su tripulación. Justo antes de emerger, escuchó al capitán gritar: "¡Lo hemos perdido!" ¡Ah, qué momento amargo! Pues un horrible temor lo atravesó: que pudieran soltar la cuerda un instante, y entonces sabía que todo habría terminado. Pero lo salvaron. El bote con el hombre muerto dentro, solo, siguió a la deriva, Dios sabe hacia dónde.

El gran vendaval equinoccial del 8 de septiembre de 1869 fue muy severo en las islas. Una goleta encalló en Cannon Point en Appledore, y fue un naufragio total, aunque no hubo pérdidas humanas. Estaba en "The Roads", entre Star y Appledore, amarrada con seguridad, según creía su tripulación; pero arrastró amarras, anclas, todo con lo que intentaron salvarla, y se estrelló contra las rocas, rompiéndose como una cáscara de huevo. Varios edificios fueron derribados; las ventanas en Appledore fueron arrancadas, en algunos casos con todo y marco, en otros el vidrio fue destrozado como si el viento hubiera metido un brazo a través.

Hacia las siete de la tarde un gran arco color cobre abarcó el cielo negro de oeste a este. El vendaval estaba entonces en su punto máximo. Después de que ese arco lúgubre se disolvió, volando hacia el norte en fragmentos dispersos y salvajes, el viento amainó, y comenzamos a respirar de nuevo. Un hombre en Star, en el borde de la tormenta, remó en su dory para asegurar mejor una embarcación mayor amarrada a poca distancia. Bajó el huracán y lo atrapó, arrastrándolo como una hoja muerta sobre la superficie del mar. Se dio por perdido, por supuesto; así también sus amigos. Pero se amarró con cuerdas al interior del bote y, sacudido de ola en ola, achicó por su vida toda la noche. Al amanecer, el viento calmando considerablemente, fue llevado a lo largo de la costa de Maine, y desembarcó en York, a poca distancia de la casa de su padre, y entró tranquilamente en la casa para unirse a la familia en el desayuno; luego tomó el tren hacia Portsmouth, y dejó atónito a todo el asentamiento de las

Shoals al aparecer en el vapor Appledore a tiempo para la cena. Todos lo suponían, sin sombra de duda, en el fondo del mar.
Boone Island es el lugar más desolado que pueda imaginarse. Las Isles of Shoals, por áridas que sean, parecen Jardines del Edén en comparación. El verano pasado escuché de una persona que había nacido y crecido allí; describía la soledad como algo absolutamente aterrador, y afirmaba que lo había perseguido durante toda su vida. Vivió allí hasta los catorce o quince años, cuando su familia se mudó a York. Mientras vivía en la isla descubrió algunos restos humanos que habían permanecido allí treinta años. Un carpintero y sus ayudantes, tras terminar una construcción, volcaron al intentar marcharse, y todos se ahogaron, excepto el maestro. Un cuerpo flotó hasta Plum Island, en la desembocadura del Merrimack; los otros el maestro los recogió, construyó una caja para ellos,—todo solo,—y los enterró en una grieta, cubriéndolos con piedras. El mar arrastró esas piedras, y treinta años después de haber sido enterrados, el muchacho encontró los huesos, que fueron trasladados a York y allí enterrados de nuevo. Fue a bordo de un vapor rumbo a Bangor que el hombre contó su historia. La luz de Boone Island brillaba a lo lejos. Hablaba con amargura de su vida en aquella terrible soledad, y de "la soledad que lo había perseguido desde entonces." Dijo que todos sus parientes habían muerto, y que no tenía lazo humano en el mundo salvo su esposa. Terminó maldiciendo todas las islas y, desvaneciéndose en la oscuridad, no volvió a ser hallado; ni su nombre ni rastro alguno suyo aparecieron, aunque lo buscaron en la mañana por todo el barco.

Una de las historias de naufragio más espantosas que recuerdo haber oído es la del Nottingham Galley, naufragado en esta isla en el año 1710. Existe una narración de este naufragio escrita por "John Deane, entonces comandante de dicho Galley, pero por muchos años después cónsul de Su Majestad para los puertos de Flandes, residente en Ostende," impresa en 1762. El barco, de ciento veinte toneladas, con diez cañones y una tripulación de catorce hombres, cargado en parte en Inglaterra y en parte en Irlanda, zarpó hacia Boston el 25 de septiembre de 1710. Avistó tierra el 11 de diciembre, y naufragó en esa roca

fatal. Al principio la desdichada tripulación “se trataba con bondad y condolencia, y rezaba a Dios por alivio.” Lo único que se salvó del naufragio fue un pedazo de lona y medio queso. Los hombres hicieron una tienda triangular con la lona, y todos se recostaban juntos bajo ella, de lado; ninguno podía girar sin el acuerdo general: giraban una vez cada dos horas tras aviso público. No tenían fuego, y vivían de algas y mejillones, tres por día para cada hombre. El hambre y el sufrimiento pronto produjeron una curiosa pérdida de memoria. Al cuarto día murió el cocinero. Cuando habían estado allí más de una semana, vieron tres velas al suroeste, pero ningún bote se acercó. Construyeron un tosco bote con los materiales que pudieron reunir del naufragio, pero se perdió al botarlo. Uno de los hombres, un sueco, es mencionado particularmente; parecía lleno de energía; con ayuda de los demás construyó una balsa; al botarla se volcó. De nuevo vieron una vela, esta vez saliendo del río Piscataqua; pronto desapareció. El sueco estaba decidido a intentar llegar a la costa, y convenció a otro hombre de acompañarlo. Al atardecer se les vio a medio camino hacia tierra; la balsa fue hallada en la costa con el cuerpo de un hombre; el sueco nunca volvió a ser visto. Una piel fue arrojada por el mar sobre las rocas de Boone Island; los pobres marineros la comieron cruda, picada. Hacia finales de diciembre murió el carpintero, y, enloquecidos por el hambre, devoraron la carne de su camarada muerto. El capitán, siendo el más fuerte del grupo, arrastró el cuerpo y lo escondió, repartiendo pequeñas porciones diarias a los hombres. Inmediatamente sus disposiciones sufrieron un cambio horrible. Se volvieron feroces e imprudentes, y eran los más miserables objetos de desesperación, cuando, el 4 de enero de 1711, fueron descubiertos y rescatados. Era de noche cuando entraron en el río Piscataqua, y a las ocho desembarcaron. Descubriendo una casa en la oscuridad, el capitán irrumpió en ella, aterrorizando a la dama y a los niños, y, abriéndose paso hasta la cocina, arrebató la olla donde se cocinaba algo y comenzó a comer vorazmente. Este antiguo registro menciona a John Plaisted y John Wentworth como los más “prontos en benevolencia” hacia esos pobres hombres.

Al visitar la isla por primera vez, hace algunos años, me mostraron la estrecha garganta donde los infortunados intentaron refugiarse. Era el más sereno de los días de verano; todo sonreía y brillaba mientras yo miraba hacia abajo en aquel hueco rocoso. Cerca, el faro se alzaba—una espléndida obra de mampostería—más de treinta metros en el aire, para sostener su advertencia en lo alto. Alrededor de su base, algún pensamiento amable había hecho que las campanillas trepadoras desplegaran sus violetas, blancas y rosadas corolas contra la piedra oscura y lisa. Pensé que nunca había visto flores tan hermosas. Apenas había un puñado de hierba en la isla, apenas suelo suficiente para sostener una raíz; por eso parecía aún más maravilloso contemplar esa encantadora aparición. Con mi mente llena de la historia del Nottingham Galley, miré las delicadas campanillas, las frescas hojas verdes, toda la gracia aérea de las enredaderas errantes, y fue como si una mano se extendiera para arrancarme de las terribles preguntas, nunca respondidas en este lado de la tumba, que pesaban tan fuertemente mientras pensaba cómo la pobre humanidad había sufrido aquí la mayor miseria que es posible soportar.

El aspecto de esta isla visto desde las Shoals es muy impresionante, tan solitaria yace en el horizonte oriental, su alto faro como una esbelta columna contra el cielo. Fácilmente puede confundirse con la chimenea de un vapor a ojos inexpertos, y a veces incluso el observador más familiar con su apariencia apenas logra distinguirla de las velas blancas distantes que pasan de un lado a otro. A veces se alza colosal en el espejismo del verano; en invierno yace difusa y fantasmal en el borde del mar helado y el cielo pálido. En la triste y extraña luz de los atardeceres invernales, su fiel estrella brilla súbitamente desde el oriente oscurecido, y envía un rayo amistoso hacia su vecina en las Shoals, esperando como ella espera, aprisionada por el hielo, azotada por tormentas y solitaria, a que lleguen días más benignos. Y al fin “las lluvias y ruinas del invierno” tienen su término.

A fines de febrero, después de diez días quizá de viento del noroeste, trayendo a las islas todo el frío de las colinas nevadas del continente, alguna tarde feliz

muere en una brisa razonable, y, mientras el sol se pone, asciendes la altura nevada y recorres con la vista todo el círculo del horizonte, sin nada que impida la visión. ¡Ah, qué triste se ve en la luz agonizante! Star Island cerca, con su pequeño pueblo silencioso y las velas de los botes de pesca tardíos apresurándose sobre el agua oscura hacia sus amarras; White Island a lo lejos "encendiendo su gran estrella roja"; por todos lados los largos promontorios blanqueados de granito extendiéndose hacia el mar, tan fríos y desolados; la línea de la costa, púrpura triste; y las pocas goletas plomizas y grises en la distancia. Sin embargo, hay un resplandor esperanzador donde el sol se ocultó, sugerente de la primavera; y antes de la dulzura rojiza del cielo occidental, el melancólico oriente se tiñe de violeta, y en ese delicioso color asciende una luna gradual, suave y dorada como en tiempo de cosecha, mientras muy arriba de ella comienza a brillar claro el gran astro Júpiter. En una tarde así, alguna sutil influencia de la primavera venidera se desliza al corazón, y los ojos que han observado pacientemente los cielos invernales se tornan anhelantes con el pensamiento de los días de verano por venir. En tierra, en estas últimas semanas de invierno, uno se da cuenta, por diversos delicados indicios, del hermoso cambio que se aproxima,—por el ahondamiento de los varales dorados de los sauces en un color más vivo, y por sus brotes plateados, que en lugares favorecidos rompen las vainas marrones; por el enrojecimiento de los arces desnudos, como si prometieran futuras flores carmesí; por el dulce canto del azulejo que regresa; por los alisos en la orilla del río. Si la estación es suave, los amentos comienzan a desenrollar sus cabelleras leonadas en las primeras semanas de marzo. Pero aquí no hay árboles, y los azulejos no llegan hasta abril. Quizá algún día se escuche el delicioso clamor de los gansos salvajes, y al mirar hacia arriba, ¡he aquí la larga cinta flotante que se extiende hacia el norte por el cielo! ¡Qué alegría traen a corazones tan cansados de esperar! Verdaderamente un maravilloso contento desciende con sus clamores salvajes desde las alturas nubladas, y un valor y vigor se esconden en esas voces fuertes que tocan al oyente con algo mejor que la alegría, mientras sigue con ansia las líneas ondulantes que buscan el norte con vuelo firme y medido.

Gradualmente los vientos amargos disminuyen; a principios de marzo llegan las primeras bandadas de cuervos, y se elevan con gracia sobre las caletas, posándose en las anclas varadas o en los mástiles de los botes que yacen en la orilla. Son muy bienvenidos, pues nunca se ven en invierno; y es agradable observarlos batiendo sus negras alas deshilachadas en el azul, mientras las gaviotas nadan más allá serenamente, brillando aún más blancas por su color negro. No llegan otras aves hasta alrededor del 27 de marzo, y entonces de pronto las islas se llenan de gorriones cantores, y estos cantan desde la mañana hasta la noche tan hermosamente que verdaderamente debe ser muy apagado y cansado el mortal que pueda resistir el encanto de su fresca música. Hay una dulzura incomparable y un buen ánimo en este valiente pájaro. El ruiseñor cantando con su pecho contra una espina puede ser divino; sin embargo, yo me apartaría de su tierna melodía para escuchar el canto fresco, alegre y saludable de esta pequeña criatura intrépida y feliz. Llegan en bandadas a ser alimentados cada mañana durante todo el verano, mansos y encantadores, con sus cálidas plumas marrones y grises, rayadas y moteadas con color de madera, y pequeños nudos marrones en cada lindo cuello. Construyen sus nidos y permanecen hasta que cae la nieve; con frecuencia permanecen todo el invierno; a veces entran en la casa en busca de refugio; una vez uno revoloteó dentro y entró voluntariamente en la jaula de los canarios, y allí se quedó cantando como una voz del cielo todo el invierno. Los petirrojos y mirlos aparecen con los gorriones; algunos mirlos construyen y permanecen; los petirrojos, al no encontrar árboles, vuelan al continente. Jilgueros y tiranos ocasionalmente anidan aquí, pero muy raramente. Para el primero de abril la nieve ha desaparecido, y nuestro pedazo de tierra está libre de esa máscara blanca muerta. ¡Qué hermosos entonces los suaves tonos neutros de los intervalos leonados de hierba muerta y arbustos marrones y piedras variadas, puestos en el mar vivo! Apenas hay un pie cuadrado de roca desnuda que no sea precioso por su suave colorido; y recién hermosos son los líquenes descubiertos que con paciente labor han ornamentado las ásperas superficies con sus maravillosos bordados. Florecen con gran vigor junto al mar; casas enteras en Star solían estar cubiertas con la

variedad color naranja, y he notado lo mismo en el bonito pueblo pesquero de Newcastle y en algunos de los viejos edificios junto al río en la adormecida ciudad de Portsmouth. Durante abril el clima se suaviza cada día, y para el 20 llegan días grises y tranquilos con viento suave del noreste; en las hondonadas la hierba se ha puesto verde, y ahora el color delicado parece desbordar y extenderse sobre el suelo en gradaciones cada vez más tenues. Un olor refrescante brota de la tierra húmeda, del césped corto y dulce que el ganado pasta con gusto,—una fragancia almizclada distinta a la de los pastos del interior; y con esto se mezcla la brisa pura del mar,—una combinación sumamente vivificante. Las hondonadas cubiertas de césped, sembradas de rocas y aún quietas, recuerdan las descripciones de Alexander Smith de su verano en Skye, de esos tranquilos y solitarios valles,—justo tal alfombra de hierba se extendía en sus honduras. Para el 23 de abril llegan la primera golondrina y bandadas de martines, pájaros carpinteros dorados y aterciopelados, el diminuto chochín de corona rubí, y tropas de muchas otras aves; martines pescadores que se posan en mástiles varados, pequeños trepadores que picotean entre las tejas buscando arañas ocultas, y alegran la mañana con dulces y curiosos cantos, tan activos, brillantes y amistosos. Todos estos se detienen solo un tiempo en su paso hacia el continente.

Pero aunque llegan las aves y el cielo se ha ablandado y vuelto tierno con sus nubes que se disuelven, el clima de Nueva Inglaterra tiene la costumbre de saltar de nuevo al pleno invierno en el espacio de una hora, y de pronto llega medio huracán desde el noroeste, cargado con el aliento de todos los montones de nieve que aún quedan en las lejanas cordilleras,—un “viento rugiente de mar blanco” que te devuelve a enero. Por la tarde, a través del cielo frío y transparente, una pálida media luna se desliza lentamente; hay un esplendor de nubes salvajes en la puesta de sol, montones oscuros con flecos escarlata, motas dispersas de fuego en un aire carmesí claro sobre el sol caído; luego la fría luz de la luna sobre el mar negro, con el destello y brillo de olas blancas durante toda la noche.

Pero el poderoso espíritu de la primavera triunfa al fin. Cuando el sol, en su viaje hacia el norte, pasa cierto grupo de altos pinos que se destacan claramente contra el cielo en Breakfast Hill, en Greenland, New Hampshire, que yace a mitad de la línea costera, entonces los habitantes de las Shoals se alegran con la convicción de que habrá "clima estable"; y no confían en ningún alivio de los elementos antes de ese momento. Después de esto pronto llegan días en que estar vivo es suficiente alegría,—días en que es dicha solo mirar y sentir cómo
"Dios renueva
Su antiguo arrebato,"
días en que el mar yace, coloreado como una turquesa, azul y quieto, y desde el sur una franja de neblina cálida gris-púrpura desciende en el horizonte como un brazo que rodea al mundo feliz. La más ligera película se extiende sobre el mar, perceptible solo por el centelleo de velas lejanas. Una especie de florecimiento, indescriptiblemente hermoso, suaviza sobre la blanca lona de las embarcaciones más cercanas, como un delicado velo. Hay fascinación en el movimiento de esas esbeltas goletas, una gracia maravillosa, mientras se deslizan ante un viento suave, inclinándose lentamente, doblándose, girando, con las velas curvas apenas llenas de la brisa, y sombras cayendo suavemente de vela en vela. Todas son tan pintorescas, tan sugerentes, desde la pequeña vela latina curtida que algún joven isleño despliega para ir y venir entre las rocas y arrecifes, hasta la majestuosa columna de lona que lleva al gran navío alrededor del mundo. La variedad de sus aspectos es infinita y siempre hermosa, ya sea que las observes desde lo alto del faro, soñando en el horizonte, o en la orilla; ya sea que se ahoguen en el torrente de sol sobre las olas, o se deslicen oscuras a través de la senda de la luz lunar, o vuelen hacia ti llenas de promesa, ala con ala, como algún magnífico pájaro, o se alejen enrojeciendo en el ocaso como si fueran a
"Hundirse con todo lo que amas más allá del límite."

No conozco nada más triste que su aspecto en la luz de los atardeceres invernales, cuando se desvanecen en el frío oriente, sonrojándose por un instante fugaz, dulcemente, tenuemente, bajo el último toque del día que cae. Para la imaginación de un niño todas están llenas de encanto y misterio,

cargadas de sueños celestiales. “Los pensamientos de la juventud son pensamientos largos, muy largos,” y la contemplación de las velas llenaba los solitarios y hermosos días de verano de un joven habitante de las Shoals con alegría suficiente y de sobra.

Cuántas imágenes permanecen en mi mente,—espléndidas, majestuosas apariciones de esbeltas goletas de aparejo completo, pasando muy cerca en las frescas mañanas ventosas de primavera, cada pulgada de lona en un resplandor de luz blanca, y toda la embarcación viva desde la quilla hasta el palo mayor. Y recuerdo bien en las suaves tardes de mayo cómo descendían desde Cape Ann, mientras el ocaso, filtrándose entre bajas franjas de nubes, apenas las tocaba con oro pálido, y las hacía medio luminosas y completamente hermosas; y cómo la niebla se aferraba en tiras plateadas a las velas oscuras y húmedas de los barcos inmóviles cuando todo el aire alrededor estaba claro y libre de bruma; cómo la flota de caballa rodeaba las islas, quinientas embarcaciones a veces entre las islas y la costa, de modo que uno casi podía caminar hasta tierra de cubierta en cubierta. Era maravilloso despertar en alguna mañana de pleno verano y encontrar el mar verde-gris, como crisoprasa translúcida, y el amanecer algo tormentoso pintando las velas de brillante color de llama mientras volaban ante el cálido y salvaje viento que soplaba con fuerza desde el sur. Por la noche, a veces, en una gloria de luz lunar, una embarcación pasaba cerca con todas las velas desplegadas, y apenas aire suficiente para llenar la lona, suficiente murmullo de la marea llena para ahogar el sonido de su movimiento,—un hermoso fantasma deslizándose suavemente, y pasando en luz misteriosa más allá del promontorio reluciente fuera de la vista. ¡Suficiente sugerencia había allí para una noche llena de visiones! Luego el correr de las velas antes de una tormenta,—cómo llegaban precipitándose desde la lejana y tenue línea del mar, corriendo hacia el puerto de Portsmouth, con rizos cerrados, o solo bajo mayor y foque oscurecidos, saltando sobre el largo oleaje, y hundiendo sus afilados bauprés en una nube de espuma nevada en cada salto. Luego, cuando la tormenta se había agotado, ¡qué hermoso verlos deslizarse tranquilamente desde

la boca del río, volviendo a reunirse hacia el mar, brillando blancos en el pacífico sol de la mañana! Observándolos en toda su infinita variedad, viniendo y yendo, soñando, derivando o volando, muchas veces me vinieron a la mente estas antiguas rimas curiosas:—

"Barcos, barcos, voy a descubrirlos
En medio del mar,
Iré y probaré
Qué están protegiendo,
Y proyectando,
Cuál es su fin y propósito.
Unos van al extranjero por mercancías y comercio,
Algún otro se queda para impedir que su país sea invadido,
Un tercero regresa a casa con rica y abundante carga.
¡Oh! Fantasía mía, ¿a dónde quieres ir?"

Así como el invierno es doblemente duro, también las estaciones más suaves son doblemente dulces y encantadoras, cuando uno queda encerrado con ellas, por decirlo así, y se ve obligado a observar todos sus cambios y peculiaridades, con tan pocos intereses humanos que interrumpan la relación con la naturaleza. Los días lluviosos de mayo en las Isles of Shoals me han parecido más hermosos que la propia luz del Paraíso, tan encantador era caminar bajo las cálidas lluvias por nuestra isla, y notar todos los musgos y líquenes empapados y brillantes con la humedad, los gruesos y dulces brotes en los arbustos de mirto, las ricas hojas verdes desplegándose aquí y allá entre las enredadas vides, y las brillantes anémonas creciendo entre ellas. La encantadora eyebright centellea por todas partes. La lluvia, si continúa varios días, blanquea las algas marinas alrededor de las costas hasta un tono más claro y dorado; el mar se vuelve gris, y el cielo se oscurece; pero todos esos tonos neutros son suaves y refrescantes.

Los barcos costeros se mecen perezosamente en el largo oleaje hacia Cape Ann, difusos bajo las nubes bajas; claramente llaman los correlimos, y siempre los gorriones cantores sorprenden con su estallido de música alegre. En las últimas semanas de mayo llega un período de días cálidos y suaves, con un viento constante del suroeste, el mar de un maravilloso azul grisáceo, con la tenue e impalpable neblina extendida sobre velas, islas, mar y costa. Un calor envolvente está en todas partes. El cielo está sin nubes, pero opaco,—una especie de efecto lechoso en la atmósfera, a través del cual se ve el sol como a través de vidrio ahumado, y mucho antes de que se ponga uno puede mirar la esfera carmesí hundiéndose lentamente en el rico oeste rojo; y la luna es como cobre, sin arrojar luz sobre el agua. Los isleños llaman a esto un "suave suroeste ahumado."
Ahora llegan deliciosos crepúsculos, con el silencio roto solo por murmullos misteriosos de las olas, y dulces, plenos cantos de los correlimos revoloteando alrededor de sus nidos en el borde de las playas,—notas tiernas y felices que estremecen el aire cálido, y resuenan suavemente en las caletas silenciosas iluminadas por la luna. Las velas en esta atmósfera crepuscular recogen la penumbra en sus pliegues; si el viento cálido sopla suavemente, hay encanto en el sonido de la lona que golpea perezosa y en el largo crujido del mástil. Una voz humana llevada por este viento palpitante llega como un soplo de música apenas oído sobre el agua.

Las mañanas ahora son exquisitas, el delicado rubor del amanecer a través de esta hermosa neblina es indescriptible. La isla es en verdad como
"Una piedra preciosa engastada en el mar de plata,"
tan fresca y verde, tan cubierta de flores y fragante, tan musical con las aves, y con la caricia continua de las olas veraniegas. De vez en cuando un bobolink nos visita fugazmente, y, inclinado sobre una rama de zarzamora, derrama su embriagadora canción; alguna mañana se escucha la trompeta de hada de un oropéndola; un tangara escarlata honra el lugar con medio día de estancia, siendo la maravilla de todas las miradas; pero comúnmente las golondrinas lo

poseen sin disputa. El aire está tejido de principio a fin con el brillo de sus alas bruñidas y sus claros, felices cantos. Son tan mansas, sabiendo cuán bien son amadas, que se reúnen en los alféizares de las ventanas, gorjeando y revoloteando, alegres y gráciles, girando sus cabezas de un lado a otro, mirándote de soslayo sin un rastro de miedo. Todo el día construyen sus nidos en los aleros, sin importarles que ojos amorosos observen su encantadora labor. Al caminar en estas agradables tardes, se encuentran muchos nidos de gorriones bajos en los arbustos de mirto,—copas suaves y marrones de hierba tejida, donde yacen los cinco huevos moteados, cada uno lleno de música silenciosa, cada milagro mudo esperando el dedo de Dios para despertar, para estar vivo, para beber el sol y la brisa, para llenar el aire con sonido dichoso. En la orilla se hallan los largos arrecifes cubiertos de percebes, y de cada concha rugosa se extiende una diminuta mano marrón y traslúcida, abriéndose y cerrándose con alegría bajo la marea entrante, sintiendo la frescura del agua que fluye. La costa rebosa de vida en múltiples formas.

A medida que la oscuridad se acumula, las ondas comienzan a romper en llamas pálidas contra las rocas; si la marea está lo bastante baja, es encantador descender en la sombra y, apartando la cortina de algas gruesas que cubre la cara de alguna roca lisa, escribir en la superficie debajo: el extraño fuego sigue tu dedo; y allí está tu nombre en llama extraña, todo vivo, temblando y vibrando, y finalmente desvaneciéndose y desapareciendo. En una poza tranquila dejas caer una piedra o tocas el agua con tu mano: ¡instantáneamente mil estrellas brotan, arden y se desvanecen en un momento! Solía ser agradable traer un trozo de madera flotante, empapado de agua y cubierto de finas algas, desde la orilla, y desde algún rincón oscuro pasar de repente mi mano sobre él: una hoja de llama blanca seguía, sorprendiendo al espectador.

Junio es, por supuesto, el mes más encantador aquí, todo está aún tan fresco; más tarde el sol ardiente seca y abrasa el delgado suelo, y destruye parcialmente la poca vegetación que encuentra espacio en la isla. Pero durante este mes el

suelo es hermoso con la estrellada stonewort púrpura; como pequeños soles brillan las flores del lion's-foot en lo más delgado del suelo; florece el herb-robert; la esbelta arenaria se eleva entre los arbustos, levantando una pequeña flor blanca hacia el sol; aquí y allá la acedera yace en manchas carmesí; en lugares húmedos los robustos grupos de helechos desenrollan su verde dorado con espléndido vigor de crecimiento; la sundew y la partridge-berry se arrastran a sus pies; y desde el pantano los juncos se alzan en filas, como un tenue vapor verde, lentamente, día tras día.

Los pocos arbustos de cerezo silvestre tienen cada uno su inevitable nido de orugas; uno no puede sino preguntarse cómo orugas y gusanos llegan a cruzar el agua. La presencia de serpientes verdes en estas rocas puede explicarse por haber sido halladas enroscadas en un trozo de madera flotante a muchas millas mar adentro. Las abejas encuentran su camino desde tierra en grupos, buscando las flores de trébol blanco que se alzan en frescos, cremosos y fragantes globos entre las hojas oscuras y la hierba. El trébol aquí es particularmente rico. Abundan muchas variedades de mariposas, entre ellas la hermosa polilla del gusano de seda americano. Una noche de junio, al atardecer, encendíamos las lámparas del faro, y como afuera estaba tan templado y quieto, la pequeña puerta de hierro de la linterna quedó abierta. No entró brisa alguna a agitar la llama que temblaba en el centro de cada reflector brillante, pero pronto se deslizó por la puerta la exquisita polilla Luna, verde pálido, con sus maravillosos crecientes, sus líneas de terciopelo marrón, y sus largas alas inferiores extendidas como la cola de una golondrina. Al principio navegó lentamente alrededor de la cúpula sobre las lámparas, pero pronto se agitó, y se habría lanzado contra las llamas de no haberla atrapado yo. ¡Qué maravilla era! Nunca soñé con la existencia de una criatura tan hermosa. La propia Titania no podría haberme interesado más.

En las tranquilas caletas a menudo se ven tropas de mariposas, ancladas para la noche, aferradas a las flores de cardo para estar a salvo de los vientos. Los

grillos nunca se escuchan aquí hasta después del 1 de agosto. En el continente comienzan alrededor del 28 de mayo, un tono otoñal triste y suave, que desde entonces acompaña el jubiloso coro del verano en un crescendo gradual, hasta que finalmente los días transcurren sin otra música que su dulce y melancólico chirrido. En agosto llega el colibrí de garganta rubí, y varias parejas revolotean por los pequeños jardines durante semanas. Para el 1 de julio florecen las rosas silvestres, y cada pedazo de terreno pantanoso está vivo con las ondeantes banderas del iris, cada flor llena de exquisita variedad de tonos y matices de oro y violeta. Por toda la isla sus manchas diversifican la superficie, incrustadas como amatistas en los ricos verdes y marrones del césped y los espacios musgosos.

Entre el enredo de hojas y hierbas las espigas de vara de oro se abren paso lentamente día tras día, listas para, al primer llamado del dedo del otoño, encender sus antorchas y unirse a la hermosa procesión; las hondonadas verdes se llenan de saúco floreciente, blanco como un lago de leche; la pimpinela está despierta; y los pesados y robustos tallos de los mulleins levantan sus brotes lanosos, que pronto se abrirán en cuadros de oro pálido. El mundo está en la marea alta del deleite.

A lo largo de la costa el espejismo corre en ondulaciones fluidas de calor, transformando las cordilleras en un muro sólido, para disolverlas y reunirlas de nuevo en racimos de torres y baluartes gigantescos; árboles, agujas, chimeneas, faros se convierten en techos, minaretes y cúpulas de alguna majestuosa ciudad de las nubes, y estas a su vez se deshacen, y toda la costa se reduce a la más mínima línea en el horizonte, inmediblemente distante. Cada uno de estos cambios, y los diversos aspectos de su pequeño mundo, son de valor inestimable para los niños solitarios que viven siempre en esa soledad. Nada es demasiado insignificante para ser precioso: el destello de un remo en la luz de la mañana; el centelleo de las alas de una gaviota a lo lejos, como una estrella en el sol amarillo de la somnolienta tarde de verano; el torbellino marino danzando ante

el viento salvaje que abre el mar desde la nube de tormenta que avanza; las lluvias distantes que marchan alrededor del horizonte, arrastrando sus sombrías franjas de lluvia sobre mar y tierra; cada fase de las grandes tormentas eléctricas que glorifican las semanas de julio y agosto, desde la primera película flotante de nube que se alza en el cielo hasta los fragmentos dispersos de la tormenta que fluyen hacia el este para formar un fondo para el arco iris,—todas estas cosas son de la mayor importancia para los habitantes de las Isles of Shoals.

Hay algo especialmente delicioso en los perfumes que cruzan el mar después de las lluvias, como un saludo celestial desde la tierra: aromas de heno y trébol, especias de los bosques de pinos, bálsamo de flores que flotan sobre las frescas olas en las alas del viento del oeste, y tocan a uno como un soplo del Paraíso. Pocos sonidos de la costa alcanzan las islas; el retumbar de cañones es audible, y a veces, cuando el viento es del oeste, el aire es atravesado por lejanos silbatos de tren, tan remotos, sin embargo, que apenas pueden reconocerse salvo por un oído entrenado.

Existe una superstición entre los isleños de que Philip Babb, o algún descendiente suyo de mala índole, todavía ronda Appledore; y ninguna consideración induciría a los más tímidos a caminar solos después del anochecer por cierta playa de guijarros en esa isla, en lo alto de una ensenada que lleva el nombre de Babb,—pues allí se ve con mayor frecuencia el espíritu inquieto. Se supone que fue tan desesperadamente malvado en vida que no hay descanso para él en su tumba. Su atuendo es una tosca bata de carnicero a rayas, con un cinturón de cuero, al cual está sujeto un estuche que contiene un cuchillo fantasmal, afilado y reluciente, que se complace en blandir ante la humanidad aterrada.
Uno de los Shoalers está absolutamente seguro de que él y Babb se encontraron, y tiembla con verdadero horror al recordar el encuentro. Esta es su historia. Fue después del atardecer (por supuesto), y venía doblando la esquina de un taller, cuando vio una figura salvaje y terrible avanzando hacia él; su primer

pensamiento fue que alguien quería gastarle una broma pesada, y gritó algo como que "no tenía miedo"; pero la cosa se acercó con rostro macabro y ojos hundidos, y, adoptando una expresión diabólica, sacó el cuchillo de su cinturón y lo agitó frente al Shoaler, quien huyó a la casa y entró sin aliento, llamando al que suponía había intentado asustarlo. Esa persona estaba tranquilamente cenando; y cuando el pobre hombre lo vio se agitó tanto que casi se desmayó, y su creencia en Babb quedó más firme que nunca.

Una noche de primavera alguien estaba sentado en la amplia terraza al atardecer; estaba calmado y templado; el mar murmuraba un poco; las aves gorjeaban suavemente; apenas había un soplo de viento en la atmósfera quieta. Mirando hacia la ensenada de Babb, vio una figura cruzando lentamente los guijarros hacia el sendero que conducía a la casa. Tras observarla un momento le llamó, pero no hubo respuesta; volvió a llamar, aún sin respuesta; pero la figura oscura siguió avanzando lentamente; y entonces reflexionó que no había escuchado pasos sobre los guijarros sueltos, que solían devolver cada pisada, y, algo intrigado, descendió lentamente los escalones de la terraza y fue a su encuentro. No estaba tan oscuro como para no ver el rostro y reconocer la bata de carnicero y el cinturón de cuero de Babb, pero no estaba preparado para la diabólica expresión de malicia en aquel rostro vacío, y, a pesar de su mente prosaica, se heló hasta la médula al verlo. Las rayas blancas de la bata brillaban como luz fosforescente, al igual que los terribles ojos. De nuevo gritó: "¿Quién eres? ¿Qué quieres?" y aún avanzaba, cuando de repente la figura se volvió indistinta, primero espesa y nebulosa, luego delgada, disolviéndose por completo, y, muy asombrado, regresó a la casa, perplejo y completamente insatisfecho.

Estas historias las cuento tal como me fueron relatadas. Yo nunca vi a Babb, ni creo que pudiera. Toda la familia Babb está enterrada en el valle de Appledore donde se levantan las casas, y hasta este año había una bolera sobre el lugar, y todas las bolas rodaban sobre los huesos de todos los Babbs; quizá esa haya sido una razón por la cual el jefe de la familia estaba tan inquieto; desde que el

último vendaval equinoccial derribó el edificio, tal vez descanse más en paz. Babb es, creo, el único verdadero fantasma que ronda las islas; aunque en el desván de la casa parroquial en Star (un simple escondrijo bajo el alero, inalcanzable por escalera alguna) se escucha, en tiempo ventoso, la más extraordinaria combinación de sonidos, como si dos viejos rudos se estuvieran maldiciendo uno al otro, ásperamente, con perseverancia digna de mejor causa. En verdad, ¡es un estrépito muy desagradable!

Una vieja mujer enjuta, morena y de ojos hundidos de Star solía contar cómo murió su nuera, de una manera que hacía palidecer las mejillas infantiles al escucharla; pues la moribunda pensaba que los fantasmas estaban arañando por ella afuera, contra la casa. "'Ma'y Hahner'" (Mary Hannah), "me dijo en un susurro: '¿Quién está arañando, derribando la casa debajo de la ventana?' 'No, no es nada,' le respondí; 'Ma'y Hahner, no hay nadie derribando la casa debajo de la ventana.' 'Sí, sí, lo hay,' dijo ella, '¡lo hay! ¡Los oigo arañando, arañando, derribando la casa debajo de la ventana!' Y entonces supe que Ma'y Hahner iba a morir, y así fue antes del amanecer."

Existe aquí y a lo largo de la costa otra superstición. Un hombre recogiendo madera flotante o lo que sea, ve una pala clavada en el suelo como invitándolo a cavar. No está del todo listo, va y vacía su canasto primero, luego regresa a investigar, ¡y he aquí! ya no hay nada, y queda atormentado el resto de su vida con el pensamiento de que probablemente una riqueza incalculable yacía bajo esa pala, que podría haber poseído si solo hubiera sido lo bastante sabio para tomar el tesoro cuando se le ofreció. Un hombre llamado William Mace, que vivía en Star hace mucho, mucho tiempo, juró que había tenido esta experiencia; y existe una vaga tradición de que otra persona, al ver la pala, siguió con sus asuntos, pero al regresar apresuradamente llegó justo a tiempo para ver lo último de la herramienta hundiéndose, y percibir también una plancha dorada desapareciendo en la tierra. La agarró, pero ningún poder humano pudo arrancarla del suelo, y se vio obligado a soltarla y verla hundirse fuera de su alcance anhelante.

Unos jóvenes, acampando en el lado sur de Appledore un verano, entre las antiguas tumbas, desenterraron un esqueleto; los huesos se desmoronaron en polvo, pero el cráneo permaneció intacto, y lo guardé por mucho tiempo. Los Shoalers movían la cabeza. "Hog Island no tendría 'suerte' mientras ese cráneo permaneciera sobre la tierra." Había yacido tanto tiempo en la tierra que no era más repulsivo que un trozo de piedra, aunque lo envolvía un temor innombrable. Al fin lo tomé en mis manos y lo examiné hasta que el escalofrío desapareció para siempre, y entonces nunca me cansé de estudiarlo. Sentado junto al fuego de madera flotante hasta altas horas de las tranquilas noches de otoño, solo en mi escritorio, me hacía compañía,—un florero de brillantes flores a un lado, el cráneo al otro, y la lámpara sombreada entre ambos, iluminando por igual a los dos.

Era una cabeza curiosa, gruesa como la de un etíope, sin espacio sobre los ojos, alta sobre las orejas, y pesada detrás de ellas. ¡Pero oh, esas cuencas donde los ojos alguna vez miraron, contemplando el mismo mar y cielo que vemos hoy! Esas grandes, melancólicas y vacías cuencas,—¿qué clase de criatura miraba desde ellas? Astucia y malicia, ira y odio, quizá ardieron en ellas con llama sombría; ¿quién dirá si alguna vez la belleza las iluminó? Si aquí ardió el odio, ¿alguna vez miró el amor y transfiguró el pobre y apagado rostro? ¿Alguna chispa del cielo lejano lo iluminó? ¿Algún toque de pensamiento elevado o aspiración convirtió la arcilla en fuego? Y cuando, hace tantos años, este ser se deslizó lejos de detrás de esas terribles ventanas y las dejó vacías para siempre, ¿encontró lo que en su vida aquí no pudo poseer, con esta cabeza, que él no hizo, y por lo tanto no era responsable de ella? Muchas preguntas silenciosas hice al silencioso cofre que había contenido un alma humana; no hubo sonido que me respondiera salvo el gran, suave susurro del mar tras las ventanas, y de vez en cuando un suspiro del viento otoñal.

Me vino al pensamiento el sentimiento de infinita paciencia de la humanidad, esperando tan indefensa y ciegamente el desenlace del enigma que ha inquietado a toda alma pensante desde el principio de los tiempos. Pequeñas raíces de plantas se aferraban a las sienes. Detrás de la oreja derecha había tres hendiduras, como hechas por algún instrumento afilado, sugiriendo un juego sucio. Un tomahawk indio pudo haber hecho esas marcas, o un sable de pirata: ¿quién puede decirlo? ¿Qué importa ahora? Guardé la reliquia durante meses, hasta que se desmoronó tan rápido cuando lo desempolvaba a diario que temí que desapareciera por completo; así que lo llevé silenciosamente de regreso y lo deposité en la tumba de donde había sido tomado, preguntándome, mientras echaba la tierra poco profunda sobre él, quién se habría reunido alrededor cuando fue enterrado por primera vez, hace siglos; qué clase de gente, y si estaban asustados o apenados. pero no hubo voz que me respondiera.

Tengo ante mí una extraña y romántica leyenda de estas islas, en un periódico ajado y manchado por el tiempo de hace cuarenta años. lamento que sea demasiado larga para darla completa, pues el escritor desconocido cuenta bien su historia. vino a las shoals en busca de beneficio para su salud quebrantada, y permaneció allí hasta bien entrado el otoño de 1826, “en la familia de un digno pescador.” se extiende sobre el placer que halló en la soledad del lugar, “la vasta soledad del mar; nadie que no la haya conocido puede captar la más mínima idea de ella.” “desde la hora en que aprendí la verdad,” dice, “que todo lo que vive debe morir, el pensamiento de la disolución me ha perseguido;—la caída de una hoja, un cabello gris, o una mejilla marchita, tiene poder para helarme. pero aquí, en los recovecos de estas rocas eternas, con solo un cielo despejado arriba y un océano delante de mí, por primera vez en mi vida he sacudido el miedo a la muerte y me he creído inmortal.”

Cuenta su extraña historia de esta manera: “era una de esas mañanas terriblemente quietas que los observadores de nubes recordarán como características de los meses de otoño. no había una sola guirnalda de vapor que

oscureciera el intenso azul del cielo, ni un soplo que agitara el casi inmóvil reposo del gran abismo; incluso la luz del sol caía aparentemente con un brillo más quieto sobre su superficie." estaba de pie en una baja y larga punta orientada al este, con los acantilados detrás de él, contemplando la calma, cuando de repente se dio cuenta de una figura que estaba cerca. era una mujer envuelta estrechamente en una oscura capa marina, con una profusión de cabello claro cayendo suelto sobre sus hombros. blanca como un lirio y tan inmóvil, estaba con los ojos fijos en la lejanía, sin un movimiento, sin un sonido. "pensando que era una de las habitantes de una isla vecina que esperaba el regreso de un bote de pesca, o quizá de un amante, no me dirigí a ella de inmediato; pero al no ver señal de ninguna embarcación, finalmente la saludé con: 'bueno, mi linda doncella, ¿ves algo de él?' ella se volvió al instante, y fijando en mí los ojos azules más grandes y melancólicos que jamás había visto, dijo tranquilamente: 'él volverá.'" luego desapareció tras una roca saliente y lo dejó maravillado, y aunque había venido a la isla (evidentemente appledore) para un paseo matutino, deseaba regresar a star y a sus propios aposentos tras esta interrupción. ya en casa, se inclinaba a considerar su aventura como un sueño, una mera ilusión surgida de su enfermedad, pero decidió buscar en su entorno algo que corroborara o disipara la idea. al no encontrar nada,—ninguna mujer en la isla semejante a la que había visto,—y "sin oír de ninguna circunstancia que pudiera corroborar la impresión inexplicable," resolvió volver al mismo lugar. esta vez soplaba medio vendaval; los pescadores en vano intentaron disuadirlo. estaba tan intensamente ansioso por asegurarse de la verdad o ficción de la impresión del día anterior, que no pudo contenerse, y lanzó su bote, "que saltaba con fuerza sobre las aguas blanqueadas," y, desplegando su única vela, rodeó una punta y pronto estuvo a salvo en una pequeña ensenada al abrigo del viento, probablemente la ensenada de babb.

Entonces saltó las grietas y se abrió camino hasta la escena de su desconcierto. el mar se estrellaba sobre la baja punta; el lugar donde había estado el día anterior, "era un caos de tumulto, y aun entonces podría haber jurado que

escuché con la misma profunda claridad las tranquilas palabras de la doncella, 'él volverá,' y luego una risa baja, lejana y resonante. toda la superstición latente de mi naturaleza se levantó sobre mí, abrumadora como las olas sobre las rocas." después de eso, día tras día, cuando el clima lo permitía, visitaba el lugar desolado para encontrar al fantasma de cabellos dorados, y a menudo ella estaba a su lado, "silenciosa como cuando la vi por primera vez, excepto para decir, como entonces, 'él volverá,' y estas palabras llegaban a la mente más que al oído. era consciente de ellas más que escucharlas,—todo era como un sueño, una intuición misteriosa. observé que las conchas nunca crujían bajo sus pasos, ni sus ropas se agitaban. en la brillante y terrible calma del mediodía y en el ímpetu de la tormenta había la misma pesada quietud sobre ella. cuando los vientos eran tan furiosos que apenas podía sostenerme en su barrido, el cabello claro yacía sobre la frente de la doncella sin levantar una fibra. sus grandes globos oculares azules nunca se movían en sus órbitas, y siempre brillaban con el mismo resplandor fijo y sobrenatural. el movimiento de su persona era imperceptible; yo sabía que ella estaba aquí, y que se había ido."

Un fantasma tan dulce difícilmente fue una influencia saludable en la vida de nuestro inválido. Ella "lo retenía con su ojo reluciente" hasta que él perdió por completo la calma. Esta descripción es tan buena que no puedo evitar citarla: "La última vez que estuve con ella fue justo al anochecer de un día tranquilo. Era una puesta de sol encantadora. Unas pocas nubes con bordes dorados coronaban las colinas del distante continente, y el sol se había ocultado tras ellas. El océano yacía sonrojado bajo los rubores del cielo, y hasta las antiguas rocas parecían sonreír bajo la mirada del día que partía. Paz, profunda paz era el poder que dominaba. Las aguas, deslizándose entre las cavernas, hablaban de ello, y era visible en el movimiento silencioso de los pequeños botes, que, soltando sus velas blancas en la ensenada de Star Island, salían lentamente, uno por uno, hacia la pesca nocturna." En el resplandor del ocaso él imaginó que el fantasma se volvía rosado y humano. En la luz suave sus fríos ojos parecían ablandarse. Pero de repente se sintió tan sobrecogido por el terror que "arrodillado en

tembloroso miedo, juró no volver jamás a mirar aquel lugar, y nunca lo hizo de nuevo."
Al regresar a Star se encontró con su viejo pescador, quien sin notar su agitación le dijo tranquilamente que sabía dónde había estado y lo que había visto; que él mismo la había visto, y procedió a darle los siguientes hechos. En la época del primer asentamiento, las islas estaban infestadas de piratas,—el audaz Capitán Teach, llamado Barbanegra, siendo uno de los más notorios. Uno de los camaradas de Teach, un Capitán Scot, trajo a esta encantadora dama aquí. Enterraron inmensos tesoros en las islas; el de Scot fue enterrado en una isla aparte de las demás. Antes de partir en un viaje "para saquear, cortar y matar" (en el cual, por cierto, encontraron un terrible destino al explotar un polvorín), la doncella fue llevada a la isla donde estaba escondido el tesoro de su amante pirata, y obligada a jurar con horribles ritos que hasta su regreso, aunque fuera hasta el día del juicio, lo guardaría de la búsqueda de todos los mortales. Así que allí sigue paseando todavía, según nuestro narrador. ¡Ojalá hubiera encontrado yo a este fantasma tan puro como un lirio! ¿Será ella, me pregunto, la que se lamenta como una Banshee antes de las tempestades, gimiendo por las gargantas de Appledore, "Él no volverá"? Quizá fue ella quien asustó a un alegre grupo de personas en Duck Island, adonde habían ido para pasar un día de diversión hace algunos veranos. En el centro de la baja isla se alzaba una choza abandonada que unos pescadores extraños habían construido allí varios años antes, y dejado vacía, habitada solo por los vientos lúgubres. Fue derribada el septiembre siguiente. Era una choza rústica con dos habitaciones toscas y una ventana cuadrada, o más bien una abertura para ventana, pues no tenía marco ni vidrio.

Uno de nuestro grupo propuso ir a revisar los botes, ya que la brisa se había refrescado y soplaba directamente sobre la ensenada donde habíamos desembarcado. Estábamos reunidos en el extremo oriental de la isla cuando regresó, y, arrodillado sobre la hierba marchita donde estábamos agrupados, dijo de repente: "¿Saben lo que he visto? Volviendo de los botes, me enfrenté a la

casa de pescado, y al acercarme vi a alguien observándome desde la ventana. Por supuesto pensé que era uno de ustedes, pero cuando estuve lo bastante cerca para reconocerlo, percibí que era el extraño semblante de una mujer, pálida como la muerte; un rostro joven, pero con una expresión de infinita antigüedad. ¡Viejo! era más viejo que la Esfinge en el desierto. Parecía como si hubiera estado observando y esperando por mí desde el principio de los tiempos. Entré directamente en la choza. No había vestigio alguno de ser humano allí; estaba absolutamente vacía." Toda la calidez y el brillo del día de verano apenas pudieron evitar que un escalofrío se deslizara por nuestras venas al escuchar esta declaración pronunciada con calma, y de hecho enviamos un bote de regreso a Appledore para traer un gran yate que nos llevara a casa, pues el viento se levantaba rápido y "el mar se volvía bravo," y medio esperábamos que la mujer pálida viniera y se llevara a nuestro compañero corporalmente ante nuestros ojos.

Desde que escribí estos bocetos imperfectos de las Shoals se ha convertido en un hecho histórico para los registros del Estado de New Hampshire que el pueblo de Gosport ha desaparecido, ha sido borrado de la faz de la tierra, habiendo sido comprados casi todos los habitantes, para que el lugar se convirtiera en un centro turístico de verano. En Appledore una gran casa de hospedaje ha estado ampliando sus capacidades durante muchos años, y el futuro de las Shoals como famoso balneario puede considerarse seguro.
La ligera dispersión de habitantes que aún permanecen en Smutty-nose y otros lugares, que parecen inclinados a hacer del sitio un hogar permanente, son principalmente suecos y noruegos; y son una raza fina, respetuosa de sí misma, tan laboriosa, limpia, bien educada y generalmente excelente que apenas se puede decir suficiente en su elogio. Se espera que un pequeño arroyo de la corriente de emigración que cada año fluye de esos países hacia América finalmente pueble las porciones desocupadas de las Shoals con una colonia que sea un crédito para Nueva Inglaterra.